



Universidad de Chile  
Facultad de Ciencias Sociales  
Departamento de Antropología

Memoria para optar al título de Antropología Social

**ORILLERO EN COBIJA**  
**Cazador recolector contemporáneo del desierto costero**



Alumno: Manuel Escobar M.  
Profesora Guía: Victoria Castro R.

2007

*A mis padres,*  
**Rubí y Gabito, la residencia**  
**Alejandro, la movilidad**

## ÍNDICE

<b>AGRADECIMIENTOS</b>	4
<b>INTRODUCCIÓN</b>	5
<b>PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA</b>	11
<b>OBJETIVOS</b>	17
<b>MARCO TEÓRICO</b>	18
<b>UNIDAD DE ESTUDIO Y METODOLOGÍA</b>	25
<b>PERSISTENCIA EN EL DESIERTO COSTERO</b>	30
<b>Entrada</b>	32
<b>Costa, desierto, quebradas y valles</b>	35
<b>Costa de arreísmo absoluto (y litoral subárido)</b>	47
<b>Periodos: Inicial, Medio, Intermedio Tardío y Tardío</b>	55
<b>Cierre</b>	60
<b>POST CONTACTO EUROPEO</b>	62
<b>La zona</b>	64
<b>Distintos nombres para distinta gente</b>	67
<b>Designaciones confusas</b>	73
<b>Cierre</b>	80
<b>ORILLERO EN COBIJA</b>	81
<b>Don Manuel Olivares Mercado</b>	84
<i>Breve historia de vida</i>	86

<b>Cazar, recolectar, extraer. Convertir en dinero</b>	91
<i>Descripción trabajo y equipo</i>	
<i>Convertir en dinero</i>	99
<b>Orillando: relato observación participante</b>	103
<b>Cómo aprendieron a orillar</b>	111
<b>Vinculaciones urbanas</b>	121
<i>Conexiones con la urbe</i>	122
<i>Ida a Tocopilla</i>	124
<b>DISCUSIÓN</b>	131
<b>Algunas perspectivas para la caracterización del orillero</b>	134
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	140

## AGRADECIMIENTOS

Al igual que las continuidades que persigo en este escrito, mis agradecimientos son profundos para mi profesora guía Victoria Castro Rojas, que me recibió en un momento en que todo parecía desvanecerse. Justo cuando yo buscaba de dónde sostenerme para idear una nueva fuga, aceptó llevarme al desierto costero para que comenzara.

Agradezco además, infinitamente la paciencia y generosidad de don Manuel Olivares Mercado, que aceptó las intromisiones y mi insufrible e inagotable “preguntoneo”. Sin su ayuda este trabajo no existiría.

También a los otros habitantes de Cobija que me apoyaron para la realización de esta investigación. A doña María Pinto, Danilo Araya y por supuesto, al asombrosamente creativo Ricardo Olivares Mercado, Centella.

Finalmente, vaya un saludo a todas y todos los integrantes del proyecto fondecyt “El desierto costero y sus vinculaciones con las tierras altas. De Cobija a Calama”.

## INTRODUCCIÓN

Esta investigación surge a partir del proyecto Fondecyt 1050991 “El desierto costero y sus vinculaciones con las tierras altas. De Cobija a Calama”, dirigido por la profesora Victoria Castro Rojas. El proyecto de carácter multidisciplinario, integra perspectivas arqueológicas y antropológicas. Específicamente esta memoria se sitúa en el marco de la etnografía y tiene como objetivo principal generar conocimiento acerca de la población que hoy habita Cobija, sus formas de subsistencia ligadas al mar, sus percepciones, condicionamientos y disposiciones, para de esta forma reconocer posibles líneas de continuidad o explicitar discontinuidades con las poblaciones que residieron antiguamente en el lugar. Es así, como el rescate de este conocimiento puede por un lado contribuir a la investigación arqueológica, al proveer saberes de la vida en la costa desértica, pero sobre todo se inclina por hacer visibles modos de vida que no figuran en el conocimiento público general y que sobreviven entre realidades que se ven obligadas a convivir.

Cobija, el centro de esta investigación, fue el puerto más importante de Bolivia hasta el siglo XIX;

*No sabemos con seguridad cuando Cobija aparece por primera vez en una fuente escrita, aunque se supone que varias referencias que existen sobre “la ensenada” o “puerto de Atacama”, a partir de mediados del siglo XVI hayan designado a este lugar (Bittmann 1979:329).*

Téllez (1990), relata que el 28 de diciembre de 1825, Simón Bolívar promulga un decreto en Chuquisaca, con el cual convierte a Cobija en el puerto principal de Bolivia debido a las condiciones que reunía para la comunicación con el interior. Fue bautizado como Lamar, en honor a don José Lamar, prócer de la independencia de Colombia y Mariscal del Perú.



*Cobija en 1842*

Con el paso del tiempo, Cobija se transformó en el balneario aristocrático de Bolivia, el lujo y las grandes fiestas definieron al puerto. Su población creció de 80 habitantes en 1824 a más de mil en 1867. Posteriormente el puerto comenzó a ser abandonado debido a catástrofes naturales, maremotos, terremotos, epidemias. La primera, desde que era puerto, fue el 13 de agosto de 1868, cuando se desató un terremoto que derrumbó más del 70% de las construcciones, lo que produjo muchas muertes y heridos, así como un despoblamiento general. El gobierno boliviano se hizo cargo de la situación; reconstruyó y repobló el puerto, pero cuando se estaba realizando esta reconstrucción, se produjo una epidemia de fiebre amarilla, lo que hizo nuevamente que la gente arrancara y que el gobierno tuviera que ayudar a los sobrevivientes para volver a repoblar. De todas maneras, en 1871 Cobija volvió a ser el puerto principal de Bolivia, hasta que se desencadenó el otro gran terremoto, el 8 de mayo de 1877, el cual derrumbó el 90% de las edificaciones, que fueron luego azotadas por un maremoto que terminó por destruir prácticamente todo (Téllez 1990).

Dos años después, luego de la Guerra del Pacífico, Chile anexa los territorios bolivianos. El desinterés del gobierno, que no tuvo (ni tiene) la intención de hacerse cargo de Cobija, hizo que fuera decayendo cada vez más hasta convertirse en una caleta de pescadores. Actualmente existen varias construcciones ligeras y unas cuantas casas, dentro de las cuales se encuentran unas pocas de veraneo. Sólo las ruinas de las construcciones, unos grandes murallones de adobe desgastados y los espacios que delimitan, permiten imaginar lo grande que fue el puerto.

Mucho antes, Cobija fue uno de los importantes asentamientos de poblaciones indígenas que vivían en la costa del desierto de Atacama,

*...existió una población relativamente estable aunque pequeña. Diversos autores destacan principalmente el pequeño tamaño y el gran aislamiento de la población de Cobija y sus alrededores. Tienden a verla como un conglomerado pequeño de familias indígenas sin un mayor nexo entre sí (Bittmann 1979:327).*

Con aguadas semi salobres, era de los pocos lugares que permitían la subsistencia de las poblaciones en un desierto implacable. Tenía una bahía protegida, ideal para la recolección, la caza, la pesca, además de la cercanía de la cordillera de la costa, que les permitía también internarse a cazar guanacos. Las poblaciones,

*...que vivían a lo largo de la costa del Norte Grande de Chile –y específicamente los que vivían al sur del río Loa- llamaron la atención de los europeos fundamentalmente en tres aspectos: a) su condición de vida miserable; b) su movilidad; y, c) el aprovechamiento de diferentes partes del lobo marino, especialmente para la construcción de balsas, pero también para viviendas, vestimenta, recipientes, cordelería y alimentos (Bittmann 1979:328).*



En este sentido, Bittmann (1979; 1984) nos indica que la información etnohistórica respecto a estos habitantes tiende a ser muy homogénea, lo que entiendo se debe a observaciones referidas principalmente a las condiciones materiales. Pero al mismo tiempo, expone información acerca de los diferentes etnónimos que se les dieron, lo que supone la existencia de distintos grupos y posibles particularidades.

Changos es la denominación que quedó luego del período colonial, para los habitantes de la costa desértica. Pero los investigadores e investigadoras (Bittmann 1984; Castro 1997; Martínez 1998; Murra 1964; Wachtel 2001 [1990]), indican que en los documentos de la época aparecen tres etnónimos más para estas poblaciones: Uros, Camanchacas y Pro-anches. Hasta el momento no se ha conseguido aclarar el por qué, ni se ha logrado determinar la especificidad de cada apelativo. Se piensa que las designaciones no necesariamente indicaban identidades, sino que podían señalar categorías religiosas, sociales o especializaciones productivas. Estas reflexiones se enfrentan a las realidades registradas en los documentos coloniales, que muestran cómo a estas personas se les identifica por los distintos etnónimos, encontrándose incluso matrimonios entre camanchacas y proanches (Bittmann 1984); lo que demostraría, por lo menos en el papel, que no era sólo un grupo étnico. En este sentido, se puede especular, que por una parte se estén reconociendo en esas poblaciones categorías de distinta índole, o que simplemente sea la manifestación de las ignorancias y arbitrariedades de los colonizadores, que al adueñarse de estas tierras y legitimar su autoridad, incluyen la designación de nombres unilateralmente. Por otro lado, si estas personas se identificaban con esos etnónimos, es algo que no aparece con certeza en los documentos y por lo tanto es un factor que prácticamente no opera en la discusión.

Volviendo al presente, vemos que Cobija es ahora una caleta de pescadores, más bien de buzos, con una población flotante que ha construido pequeños ranchos donde se quedan por temporadas o períodos más cortos, en los cuales trabajan y luego vuelven a sus ciudades (Antofagasta, Mejillones, Tocopilla, Coquimbo, San Antonio y otras).



*Cobija en 2005*

También hay gente que vive todo el año, pero son pocos. En general, la vida que se establece en Cobija es bastante precaria y parece que una de las razones fundamentales es la volatilidad del establecimiento de los habitantes; muchas son personas que no tienen un apego generacional con el lugar, que vienen de otras partes y que viven prácticamente al día; sacan, ganan y gastan. No parecen tener perspectivas a largo plazo. Obviamente, esto no quiere decir que todos sean así, ni es un juicio de valor sobre esa forma de existencia, pero sí es importante como reflexión para este estudio, ya que muestra como el mar facilita una opción de subsistencia, pues siempre está ahí para recibirlos y abastecerlos. En este sentido, Agustín Llagostera cuando se refiere a las poblaciones prehispánicas de la costa árida, aporta una explicación que también puede ser válida para los habitantes actuales, aunque necesita ser complementada con los factores socioculturales vigentes.

*El carácter sui generis del mar como medio de producción no consigue generar las condiciones básicas para sustentar una maraña social tan compleja ni un control político tan fuerte como el que potencialmente fomenta la tierra (Llagostera 1993 [1989]:79).*

En términos generales, este es el contexto en el que se desarrollará la investigación, desde lo documental y desde los habitantes actuales, para así lograr ampliar las reflexiones. Por tanto, se hará una revisión del material arqueológico sobre las características de las poblaciones que habitaron la costa del desierto de Atacama, hoy Segunda Región de Chile, estudiar sus formas de subsistencia, lo que se ha escrito sobre sus comportamientos y técnicas. Así mismo, estudiar los documentos etnohistóricos dedicados a la problemática de los diferentes nombres que se utilizaron y han utilizado para denominar a esas poblaciones, ver sus posibles orígenes e hipótesis de por qué variaron a lo largo del tiempo. Todas las informaciones que complementarán el estudio etnográfico, para caracterizar a personas que están subsistiendo en condiciones similares a como lo hacían esas poblaciones antiguas, que sabemos no descienden de aquellas<sup>1</sup>, pero de las cuales sí se pueden considerar algunas continuidades establecidas básicamente por su relación con el mar y las formas de subsistencia que éste permite e impone.

En este sentido, la idea etnográfica inicial de este estudio, descubrir y construir posibles modelos de continuidad, se complementa con la inquietud antropológica de estudiar la realidad de los cobijanos, dentro del contexto cultural y social actual. Por lo que será un objetivo principal, buscar la forma de unir estos dos intereses, generando conocimientos que logren dar cuenta de esos modos de vida que se conectan al pasado, pero que ineludiblemente deben responder al presente.

---

<sup>1</sup> No hay descendientes de los habitantes indígenas, la población es mestiza, y especialmente se vincula a las constantes migraciones que se han dado en el norte, principalmente desde el Norte Chico al Grande.

## PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Al ser esta investigación parte de un proyecto que pretende lograr un estudio integral de Cobija, bajo los marcos de una orientación antropológica general (Fondecyt 1050991), me he encaminado en un primer momento a establecer puentes entre lo que se conoce y se conocerá de las poblaciones originarias que habitaban Cobija, y lo que seamos capaces de reconocer en los habitantes actuales y sus modos de vida, lo que posteriormente me permita desarrollar otros aspectos.

Desde este punto de vista, la atención se concentra indiscutiblemente en las relaciones que establecen las personas con el mar. Fundamentalmente por dos razones; la principal, es que en un lugar como Cobija éstas han sido y siguen siendo la base de la sobrevivencia y por lo tanto eje fundamental de las construcciones sociales y culturales. Y la otra, es que la población actual no es descendiente de las etnias originarias y por lo tanto no existe una continuidad de tradiciones que tengan una carga cultural muy específica, como podrían ser ritos o elaboraciones materiales como vestimentas o utensilios, sino que su relación es posible en las labores de obtención de recursos marinos, donde las características de la costa desértica, fueron la orientación para el desarrollo de técnicas de gran eficacia y simpleza, que durante largos períodos de tiempo han sido transmitidas y reelaboradas, por los distintos habitantes del litoral.

La experiencia del trabajo en terreno, ha permitido que surjan nuevas perspectivas y puntos de interés sobre los habitantes de Cobija, poniendo atención a las condiciones socioculturales en las que se insertan sus modos de vida. Específicamente, me refiero a las condiciones dadas por el régimen económico de libre mercado, que ofrece posibilidades y necesidades correspondientes a modos de vida distintos, bastante ajenos a las formas de subsistencia de los cobijanos. Es necesario también explicitar, que en Cobija el grupo humano no logra conformar una comunidad, ya que la precariedad de lazos sociales, no permite alcanzar objetivos a nivel comunitario más allá del nexo económico. Las relaciones se dan principalmente en el ámbito personal.

El trabajo con las dos fuentes de conocimiento que he utilizado, por un lado lecturas, documentos que se han escrito sobre la costa desértica y sus habitantes, así como escritos antropológicos más teóricos, y por el otro, las observaciones hechas en los terrenos, que finalmente han ido determinando el curso de las reflexiones, me han permitido elaborar un problema de investigación, que intente dar cuenta de cómo se desenvuelven dentro de los actuales contextos, sujetos que han adoptado rasgos culturales litorales de larga data.

He observado y recorrido Cobija. He conversado con algunos de sus habitantes, que no son muchos, y he visto cómo trabajan. Acompañé a uno de ellos en sus labores durante los terrenos. Así mismo, al leer los textos pertinentes, he hecho el ejercicio de vincular las informaciones y las observaciones realizadas. En esas vinculaciones he logrado identificar y asociar algunos puntos en común que se dan en las formas de subsistencia. La pesca, la recolección y la caza de algunos animales. Sin embargo, como es de esperar, el devenir de esta relación de los habitantes y el mar ha sufrido varios cambios, y algunas de las costumbres que caracterizaban a las poblaciones del litoral del área centro sur andina, hoy norte chileno y sur peruano, han desaparecido o se han transformado.

Las referencias bibliográficas (Bittmann 1984; Castro 1997; Hidalgo 1978; Martínez 1998) nos hablan de pueblos pescadores, mariscadores y cazadores, de guanacos en la cercana cordillera de la costa y de lobos marinos. Esta última actividad, resaltada en todos los registros debido a la dependencia que tenían de este animal, que conformaba parte esencial tanto en la dieta, como en la elaboración de artefactos como viviendas, balsas y vestimenta. No obstante, esta práctica desapareció junto a las etnias que dependían de ella. Incluso cazar lobos en la actualidad está prohibido por ley y ahora sólo se consume su aceite con fines terapéuticos; aceite que se extrae (supuestamente) de los lobos que han muerto por accidente en las redes de los pescadores. Además de la desaparición de la caza del lobo, también desapareció la caza del guanaco. Tenemos registros orales, que indican que en la década del 60 del siglo pasado, fueron los últimos momentos de su realización.

En cuanto a la pesca, claramente la incorporación de técnicas e instrumentos nuevos la hacen diferente a cómo se hacía en tiempos pasados (Latcham 1910; Llagostera 1993

[1989]), a pesar de que igual se utilizan instrumentos como redes, anzuelos y embarcaciones (antiguamente balsas de cuero de lobo, ahora botes de madera), que difieren en su composición, pero que cumplen funciones muy similares. Sin embargo, ahora en Cobija prácticamente no se pesca; algunos de nuestros entrevistados lo adjudican a las consecuencias de una fuerte Corriente del Niño en los años ochentas, que habría hecho disminuir considerablemente la cantidad de peces, al punto de generar desinterés debido a la poca conveniencia económica de salir a pescar. Se sale a pescar sólo cuando es evidente que han entrado cardúmenes de peces que tienen un buen precio en el mercado. Otro factor influyente, según los entrevistados, sería la pesca industrial que arrasa con el fondo y con gran cantidad de especies.

Es así como el buceo se han transformado en la actividad más importante y eje del funcionamiento económico de la caleta. Por eso se puede decir, que más que caleta de pescadores, por estos días es de buzos. Sobre todo ahora que alguien de Cobija, la señora María Pinto, ejerce el oficio de rematador<sup>2</sup> haciendo más fluida la cadena productiva y comercial, y por lo tanto más directa la obtención de dinero, posicionando al buceo como la labor principal. Trabajo que en Cobija tiene dos formas de realizarse. Una que se conoce como “a resuello”, que es la técnica de apnea; bucear, recolectar y cazar, aguantando la respiración. Y la otra es con compresor de aire. Técnica y equipamiento que aparece en la década de los 60, y que consiste en que el buzo baja conectado a una manguera, por la que se le suministra aire mediante una máquina compresora. Esto implicó una mayor productividad, que junto a la comercialización de los productos, nos alejan de las relaciones que estamos buscando entre los grupos de personas de distintas épocas, pues sin lugar a dudas, la tecnología de compresión de aire cambió el modo de enfrentar el trabajo y la interacción con el mar. Tampoco he escogido al buzo a resuello como el sujeto para desarrollar la investigación, pues si bien técnicamente está relacionado a lo que conocemos de los pueblos más antiguos (hay evidencias arqueológicas de exostosis en los conductos auditivos de los cuerpos encontrados), las relaciones que he visto que mantienen estos buzos con el mar es demasiado comercial, utilitaria quizás y tecnificada. Ocupan trajes de

---

<sup>2</sup> El rematador es la persona que hace el vínculo entre los buzos y los compradores de la ciudad, principalmente la industria conservera. Compra la producción de primera mano y luego la re vende.

goma, aletas, snorkel y mascarilla. Además, generalmente los buzos a resuello vienen de Tocopilla. Llegan en automóviles o camionetas en grupos de cuatro o cinco, extraen y se van nuevamente a la ciudad; no tienen un modo de vida directamente relacionado al mar, sino que más bien lo utilizan. Con esto quiero decir que al no ser habitantes del lugar, el nexo establecido con el mar se reduce a la extracción y finalmente a la comercialización, ya que no están constantemente expuestos al rigor, y el placer, de vivir en la costa.



*Buzos a resuello*

Por lo tanto, es otro trabajo y trabajador, al que quiero apuntar en este estudio. El orillero. Persona que aún con técnicas bastante elementales, se dedica a la caza y la recolección por la orilla del mar y que considero se acerca más a las formas de subsistencia descrita en los documentos y que durante mucho tiempo se han desarrollado en Cobija.

Orilleros en Cobija hay dos. Los hermanos Olivares, don Manuel y don Ricardo. Sin embargo don Ricardo, si bien hace el mismo trabajo que su hermano, vive en Tocopilla. Va todos los días de la semana a Cobija a orillar y se vuelve en la tarde. Es como un trabajo regular, guardando las proporciones por supuesto. En cambio don Manuel vive en Cobija y por lo tanto su relación con la naturaleza es continua. Su día gira en torno a las subidas y bajadas de las mareas, arreglar su vivienda y sus artefactos, alimentar a sus perros. Cortar madera para hacer fuego y cocinar, recibir de los buzos pescados para en otro momento

retribuir con lapas, conversar con ellos, o simplemente estar sentado leyendo un diario viejo por enésima vez.



*Hermanos Olivares, Manuel y Ricardo ,tomando desayuno antes de salir a orillar*

Se puede decir que don Manuel tiene un modo de vida, por lo menos una parte importante, de cazador recolector. Se dedica a la obtención de productos y no a la producción. Recolector, porque sus labores incluyen la recolección de algas, específicamente huiro y la extracción de mariscos; y cazador porque la actividad que guía y que más remunera su trabajo, es la caza del Pulpo. Si bien tiene una relación monetaria con su forma de subsistencia y participa en la cadena de producción económica de mercado, creo que su modo de vida continúa teniendo rasgos de cazador recolector.

Sin embargo, como escribía, don Manuel está inserto dentro de una cadena de producción mayor y dentro de patrones culturales que tienen que ver con modos de vida contemporáneos, que incluyen otras necesidades y por el cual circulan imaginarios aparentemente distantes a sus formas de subsistencia. Es por eso que el interés de mi investigación se centrará en conocer y describir el modo de vida don Manuel, como representante de sujetos que aún mantiene referentes con las poblaciones originarias que habitaron Cobija, pero que además están insertos en las actuales redes sociales y culturales,



ligadas al fuerte influjo del mercado y a modos de vida que tienen como base la búsqueda de satisfacción de necesidades infinitas.

Por lo tanto, las interrogantes que quisiera responder son: ¿Es posible establecer una continuidad entre las formas de subsistencias precolombinas y las de los orilleros? ¿Cómo es la vida de un sujeto que ha adoptado un modo de vida cazador recolector, pero que participa del sistema de libre mercado? ¿Se encuentra en la intersección de modos de vida diferentes, y si es así, qué implicancias tiene?

La intención es distinguir cuánto hay de percepciones cazadoras recolectoras y cómo influyen las relaciones de mercado, además de las mezclas posibles de estas dos vertientes, que podrían estar constituyendo un sujeto particular. Junto a esto, aunque exceda los objetivos de la investigación, se planteará de forma exploratoria lo que podría ser considerado un proceso cultural, del cual don Manuel sería representante. Éste se refiere a la apropiación por parte de personas que no tienen una ascendencia indígena (en este caso proveniente de poblaciones que se han forjado en un constante proceso de migración y mestizaje), de tradiciones creadas por pueblos originarios y que han perdurado a pesar de la extinción de esos pueblos. Cuando hablo de tradición, coincido en que no se trata de “un conjunto estático de saberes y representaciones ancestrales” (Boccarda 1999:27), por tanto, estas poblaciones “allegadas” dejarían de ser ajenas a la tradición, una vez que la adoptan, reelaboran y le dan continuidad. Perspectiva que hace mucho más interesante el proceso, pues deja de lado la presencia del pueblo creador de una tradición para que ésta exista y la ubica más bien como una potencialidad capaz de ser tomada por otros. Situación que para la población latinoamericana que no es descendiente directa de los indígenas, tiendo a pensar que está más presente de lo que se cree, pues no siempre se debe expresar en ejemplos concretos como el de los orilleros de la costa desértica chilena.

## **OBJETIVOS**

### **Objetivo General**

- I Comprender un modo de vida cazador recolector contemporáneo en la costa de Antofagasta.

### **Objetivos específicos**

- 1 Describir el modo de vida cazador recolector tradicional de la costa desértica.
- 2 Caracterizar el modo de vida de un orillero de Cobija,
- 3 describir sus técnicas de caza y recolección, así como los procesos de mercantilización de productos obtenidos.
- 4 Identificar y describir sus vinculaciones con la vida urbana, a partir de sus relaciones familiares y de las conexiones de su imaginario con la producción simbólica de la sociedad de libre mercado.

## MARCO TEÓRICO

Como en una relación recíproca, las construcciones desperdigadas y abandonadas en Cobija, no encuentra una comunidad que se sustente como tal. Lo que se observa es un grupo de gente, de los cuales sólo unos cuantos viven constantemente ahí, que se reúne en torno a las actividades de explotación de recursos marítimos, pero que no tiene un apego al lugar. No hay actividades, a parte de las extractivas, que los aglutinen y generen en ellos un sentido de pertenencia e identidad que les haga establecer relaciones sociales que vayan más allá de lo económico y los impulsen a constituir una colectividad. No hay tampoco una continuidad directa en tradiciones ancestrales, porque no hay una descendencia cultural que los vincule con las poblaciones originarias. Su conexión a una idea comunitaria está dada por la participación en las dinámicas socioculturales de las ciudades aledañas, de las cuales varios son originarios, y donde por ejemplo pasan las festividades para estar con familiares, o para ir a algún boliche. A veces pienso a Cobija como si fuera sólo un lugar de trabajo, donde se va para obtener el sustento, pero en el cual, como en una fábrica u oficina, no se construye nada propio que trascienda esos lugares.

Esa es una de las razones, por las cuales la investigación girará en torno a un individuo, en este caso don Manuel Olivares Mercado, pues él, que es una de las pocas personas que está prácticamente todo el año en Cobija, es además de alguna manera continuador de una forma de subsistencia que si bien no responde directamente a una continuidad étnica, si lo conectan a lo que las poblaciones antiguas establecieron y dejaron a disposición de la gente que fue llegando, que aprendieron a trabajar en el mar con técnicas muy similares a las de los cazadores recolectores precolombinos, técnicas que además fueron reelaborando según sus propias necesidades.

Es por tanto ineludible, precisar algunos puntos en cuanto a la condición de cazador recolector de don Manuel. En general las caracterizaciones de los cazadores recolectores se basan en lo grupal y no en lo individual (Sahlins 1983 [1974]; Service 1973); es la banda la entidad a través de la cual se hacen las descripciones de este modo vida, pues es el nivel

social que ha permitido su reproducción. Service (1973) propone algunas características comunes a las bandas de cazadores recolectores. Parte por la que considera la más obvia y crucial, que es el nomadismo. Ésta a su vez genera otras particularidades, como la simplicidad y la pobreza de la cultura material, debido a la necesidad que tienen de llevar consigo sus pertenencias. Asimismo, la condición nómada implica que el tamaño de la comunidad sea restringido, constituyendo una sociedad simple y estableciendo a la familia como eje de la organización social y cultural. Por su parte Sahlins (1983 [1974]) contribuye con una visión más económica, donde contrasta los supuestos de la sociedad de mercado con los de los cazadores recolectores, en relación a la idea de una sociedad de la opulencia,

*Pero existe también un camino Zen hacia la opulencia por parte de premisas algo diferentes de las nuestras: que las necesidades materiales humanas son finitas y escasas y los medios técnicos, inalterables pero por regla general adecuados. Adoptando la estrategia Zen, un pueblo puede gozar de una abundancia material incomparable...con un bajo nivel de vida. (Sahlins 1983 [1974]:14)*

Junto a esta diferencia fundamental, el autor plantea que las horas diarias de trabajo de los cazadores recolectores son bastante menos que la de otros, como los agricultores o las de los trabajadores industriales. Agregando que, “Los trabajos de subsistencia de los cazadores son intermitentes, esa es su característica, un día de trabajo y un día libre [...]” (Sahlins 1983 [1974]:50).

Tomando en cuenta estas definiciones y comparándolas con lo que hasta el momento conozco de la vida de don Manuel, podría decir que se cumplen algunas similitudes aunque no sean totalmente precisas. Obviamente, todas las características que involucran la vida en banda no son aplicables, por eso para establecer un modelo de análisis es necesario concentrarse en las características comunitarias que sean individualizables. En este sentido, lo primero es destacar que don Manuel tiene un nivel de vida diferente al resto de sus pares cobijaneros. Se puede observar que sus necesidades materiales en general son

finitas, no hay un interés material mayor a sus necesidades básicas, a pesar de que existen opciones a las que podría intentar acceder. Es necesario eso sí, aclarar que don Manuel consume alimentos o artículos que compra con el dinero que le da su producción, lo que es parte de sus conexiones con la sociedad de mercado, pero que el alcance que tiene en su modo de vida este consumo, es tan leve, que se puede considerar parte de las necesidades finitas que tiene un orillero.

También se asemejan sus requerimientos de medios técnicos, ya que son bastante elementales (fierros, gomas, recipientes de plástico, etc.) y de fácil acceso, la mayoría los puede obtener de los residuos de otras actividades, o a través de sus conocidos. Cada vez que alguna de sus herramientas se deteriora, como la bicicleta, una lámpara o sus instrumentos de caza, busca entre las piezas que guarda de aparatos en desuso, e intenta repararlos. Esto es destacable, porque muestra la autonomía que tiene dentro del contexto tecnológico con que se rodea, y al igual que un cazador tomaba una piedra para transformarla en punta de flecha, él recoge un pedazo de goma y un fierro para convertirlos en herramienta de caza.

Otra característica es la cantidad de tiempo de trabajo, que también es asociable a la de los cazadores recolectores. Don Manuel trabaja diariamente unas 5 horas más o menos, y según las condiciones climáticas también puede ser que algunos días simplemente no trabaje. De todas maneras, esto no arriesga su subsistencia, pues también tiene la opción de recurrir a préstamos de dinero con la señora María Pinto (la rematadora), que le solucionan sus carencias monetarias, situación que revisaremos más adelante.

Sin embargo, la característica más obvia y crucial, según Service, en el caso de don Manuel no se cumple. El nomadismo. Don Manuel es una persona sedentaria, tiene una vivienda fija aunque de materiales ligeros. Ahora bien, quizás lo interesante es considerar la situación particular de don Manuel y asociarla a lo que Sahlins dice sobre la inminencia de la disminución de los ingresos dentro de la praxis de la caza y la recolección, debido al agotamiento de los recursos. “La solución es, por supuesto, dirigiese a otro sitio. De ahí la primera y fundamental contingencia de la caza y la recolección: exige movimiento para

mantener una producción ventajosa.” (Sahlins 1983 [1974]:47). En este sentido, el trabajo de don Manuel es perfectamente asimilable a la necesidad de movimiento (fundamento principal del carácter nómada planteado por Service), ya que su trabajo diario se basa en los recorridos que hace por la costa en busca de la caza y de lo que recolecta. Estos recorridos se programan según el desgaste que tengan los lugares (rocas y cuevas), y eso depende de la cantidad de veces que él ha ido, y de la cantidad de personas que haya andando por ahí. De todas maneras, como los orilleros en Cobija son básicamente él y su hermano Ricardo y los buzos, la sobre explotación nunca es tanta, aunque si lo suficiente para que no pueda quedarse en un solo lugar. Además siempre va buscando una mejor zona, donde la corriente haya permitido el ingreso de los pulpos y del huiro que vara.

Al centrar la investigación en un individuo en vez de una comunidad, me estoy acercando a una forma de abordar los estudios antropológicos que se concentra

*en la persona, el yo y las emociones...(que) es una forma de llegar al nivel en el que más profundamente arraigan las diferencias culturales: los sentimientos y las complejas reflexiones autóctonas sobre la naturaleza de las personas y las relaciones sociales (Marcus 2000 [1986]:82).*

De esta forma, lo que pretendo es a partir de la experiencia individual conocer un modo de vida, que tendrá inicialmente una versión particular, pero de la que espero se puedan extraer conocimientos generales sobre la temática que estoy estudiando. Respecto a la idea de modo de vida, es necesario plantear cómo se entenderá en esta investigación y cómo se diferencia de las formas o modos de subsistencia. Lo primero se refiere a la manera en que una persona se desenvuelve en los distintos ámbitos de su vida, lo que se estructura (a grandes rasgos) según sus percepciones y necesidades. Éstas, a su vez, están muy ligadas a las formas de subsistencia, que son las actividades que le permiten acceder a los medios con que se mantiene. En este caso la recolección, la caza y la venta de esa producción. Es por eso, que si bien en un comienzo podemos reconocer mucho en don

Manuel de un modo de vida cazador recolector, sobre todo a partir de sus formas de subsistencia, hay que incluir en el análisis su correlación con la producción mercantil y con los rasgos culturales de la sociedad contemporánea, pues eso genera otras perspectivas a su modo de vida, que no invalida lo cazador recolector, sino que lo complementa según las exigencias de los contextos en que acepta participar.

Adscribo a la concepción de que la cultura son redes de significaciones en las cuales nos insertamos y “que el análisis de la cultura ha de ser...una ciencia interpretativa en busca de significaciones” (Geertz 2003 [1973]:20); por eso la investigación se basará en la observación e interpretación que logre realizar sobre los dichos y reflexiones de don Manuel, y de lo que vaya captando acerca de su quehacer diario y sus relaciones con el resto de las personas y su medioambiente. En este sentido, se pondrá especial atención a los lazos de su imaginario con lo urbano, pues creo que es la manera en que constantemente se vincula y participa de esa realidad, especialmente a través de los medios de comunicación, que también es parte de su cotidianeidad.

Otra concepción que guía mi estudio, es la referida a la idea de frontera cultural. Como escribía, considero que don Manuel se encuentra en un espacio de tensión entre su existencia de cazador recolector y su participación de las redes de producción económica de mercado; esta tensión, que seguramente para él jamás ha sido teórica, sino que se le aparece en formas concretas a diario, es según mi criterio producto de la ubicación fronteriza en la que se encuentra, en la cual hay sujetos que mantienen formas de subsistencia que no responden a todos los marcos establecidos por el libre mercado, pero que igual logran de alguna forma ser cooptados por él aunque sea parcialmente. Es lo que no entra en esa parcialidad lo que genera un contrapeso, creando el espacio donde se pueden detectar procesos de tensión o conflicto que son propios de una transición entre modelos de vida diferentes. Lo particular en este caso es que este proceso de transición sería un estado permanente, donde la no resolución, que claramente es propensa a que desaparezca este cazador recolector contemporáneo, se establece como constitutiva de la forma de vida de don Manuel.

En una primera instancia, las consideraciones que propone Renato Rosaldo son las que más se acomodan a la forma en que considero esta situación, ya que él explicita que,

*Aunque la visión clásica de patrones culturales únicos ha demostrado su mérito, también posee limitaciones serias. Enfatiza los patrones compartidos a expensas de procesos de cambio e inconsistencias internas, conflictos y contradicciones. Si se define a la cultura, como un grupo de significados compartidos, las normas clásicas de análisis dificultan el estudio dentro de zonas de diferencias y entre culturas...Las fronteras emergen no sólo en los límites de las unidades culturales reconocidas internacionalmente, sino también en intersecciones menos formales como las de género, edad, estatus y experiencias únicas. (Rosaldo 1991 [1989]:37-38)*

Lo importante de esta concepción del límite o la frontera, es que valida la mirada sobre los fenómenos que están en contradicción para describir las realidades estudiadas, lo que en la situación de don Manuel es para mí fundamental. Sólo la descripción de los patrones culturales que comparte con sus pares, como sus formas de subsistencia que obviamente también son necesarios de establecer, restringiría los alcances del estudio y dejaría de lado el proceso más importante que él está protagonizando.

Finalmente, quisiera indicar que en esta investigación la escritura tiene un papel central. Por sobre la necesidad de que lo escrito intente dar una visión aparentemente objetiva, lo que prima es el deseo de reconstruir la experiencia del terreno con imágenes que permitan recrear las personas, los contextos, así como las reflexiones que nacieron mientras era un extraño en Cobija. La escritura, como hilo conductor y pegamento de las ideas propias y de las ajenas, del trabajo de campo y las lecturas, se toma entonces un espacio en las concepciones que sostienen este estudio. Clifford Geertz en su libro *El antropólogo como autor*, lo evidencia de esta forma,



*La habilidad de los antropólogos para hacernos tomar en serio lo que dicen tiene menos que ver con su aspecto factual o su aire de elegancia conceptual, que con su capacidad para convencernos de que lo que dicen es resultado de haber podido penetrar (o, si se prefiere, haber sido penetrados por) otra forma de vida, de haber, de uno u otro modo, realmente <<estado allí>>. Y en la persuasión de que este milagro invisible ha ocurrido, es donde interviene la escritura.*

(Geertz 1997 [1988]:14)

## UNIDAD DE ESTUDIO Y METODOLOGÍA

Ya he establecido que mi interés y unidad de estudio es la categoría de orillero, que en Cobija y al parecer a lo largo de la costa de la segunda región de Chile, es reconocido como la persona que caza y recolecta especies por el litoral y que sobrevive tanto del consumo como de la venta de lo que ha obtenido.

El orillero sigue manteniendo una relación de dependencia muy fuerte con el medio ambiente, la cual está mediada por un conjunto de técnicas de caza y recolección y con un modo de vida que lo acercan a los pueblos prehispánicos cazadores recolectores que habitaron estas zonas. Sin embargo, el orillero además debe lidiar con el sistema económico actual para conseguir dinero y satisfacer necesidades que las sociedades cazadoras recolectoras no tenían, lo que tiene otras implicancias en su vida y que desde mi punto de vista genera un sujeto particular, que se encuentra entre formas de estar y aprehender la realidad que son diferentes. El objetivo, por tanto, será dilucidar su situación y caracterizar la posición en que se encuentra. Paradójicamente, se podría especular que la vida changa necesita dinero para seguir existiendo.

Por tanto, esta investigación se adscribe a los estudios de caso. Según Gundermann (2001), hay dos concepciones generales para este tipo de estudios. Una que considera la especificidad del objeto de estudio, como lo que define y guía una investigación; y la segunda que “pone énfasis en la investigación social a través de casos como un medio y no como un objeto del estudio” (Gundermann 2001:256). En esta segunda perspectiva, se estudia una entidad particular, para generar un conocimiento que permita el desarrollo de una teoría o la comprensión de alguna problemática mayor. Esto implica que la finalidad de investigar casos, pueda ser intrínseca o instrumental. En la primera, el caso es el foco final de interés, ya que no se pretende conocerlo para representar otros casos, situaciones o problemas de investigación. En cambio en la segunda, bajo una óptica instrumental, se aspira mediante el caso a descubrir y desarrollar propuestas más amplias que el propio objeto de estudio.

Reconociendo estas nociones, considero que este estudio de caso se encuentra a medio camino entre las dos, tanto en sus definiciones como en sus finalidades. En principio no se ha tratado de una estrategia metodológica, sino que el punto de partida ha sido siempre el estudio de la vida de orillero de don Manuel. Sin embargo, también existe un interés para que los conocimientos adquiridos, me permitan reflexionar acerca de problemáticas mayores, a lo menos para dejar establecidas ciertas líneas de investigación que puedan ser retomadas en trabajos posteriores. Esta posición es justificada por Gundermann en una nota al pie de su artículo, donde expone que “En la práctica, la dicotomía intrínseco-instrumental se maneja de manera más laxa. Una investigación particular diseñada como estudio de caso suele presentar intereses más matizados” (Gundermann 2001:257).

Además, esta investigación se enmarca dentro del paradigma cualitativo, ya que fundamentalmente las reflexiones se harán a partir de los saberes que logre captar del orillero, lo que si bien puede contener aspectos cuantificables, lo principal para comprenderlo son los aspectos que muestran sus cualidades. Por tanto, es el método etnográfico el apropiado. Básicamente porque me da la posibilidad de conocer de primera fuente las perspectivas, formas de subsistencia, necesidades de una persona y otros aspectos, además de permitir reflexiones en, y a partir, de la observación directa de los fenómenos.

*El etnógrafo, o la etnógrafa, participa, abiertamente o de manera encubierta, de la vida cotidiana de personas durante un tiempo relativamente extenso, viendo lo que pasa, escuchando lo que se dice, preguntando cosas; o sea, recogiendo todo tipo de datos accesibles para poder arrojar luz sobre los temas que él o ella han elegido estudiar (Hammersley 1994 [1983]:15).*

Es necesario para mi insistir en lo reflexivo de la observación, ya que me parece importante tener en cuenta no transformarla sólo en una recolección de datos, sino que

también en una instancia de asociación y desarrollo de ideas, que a veces únicamente surgen en esos momentos. Por supuesto que también tengo claro, que hay situaciones en las que sólo se puede observar y anotar, pero la intención es no perderlo de vista, ya que me parece una pieza fundamental del trabajo de campo.

Junto a la observación directa, participante y reflexiva, pretendo utilizar otras técnicas también propias, pero no exclusivas, del método etnográfico. Las entrevistas; en profundidad y semi estructuradas. Estas últimas básicamente me ayudan a establecer ciertas temáticas que son importantes y que deben ir siendo descubiertas de a poco. Es más, con anterioridad a este tipo de entrevistas, lo que he realizado y seguiré realizando, son conversaciones informales, en las cuales se van detectando los puntos que pueden ser importantes y que se reafirman o desechan en la entrevista semi estructurada. Sin embargo, considero que la especificidad de las entrevistas es un proceso que va decantando en forma paulatina, es decir, no serán los resultados de las entrevistas semi estructuradas las que determinen finalmente “la entrevista”, sino que soy consciente que incluso el paso hacia una entrevista en profundidad no necesariamente logrará ser definitivo en las temáticas, sino que ésta también puede entregar nuevos puntos de vista que sean determinantes para hacer más completa la investigación.

De esta forma, una vez depuradas las temáticas principales, que saldrán de las entrevistas semi estructuradas y en profundidad, como también de la observación participante reflexiva, comenzaré a elaborar una caracterización de la vida del orillero que pretenderá ser definitiva, pero que estará sujeta a posibles cambios en relación a lo que vaya sucediendo antes del fin de la investigación, principalmente con los contrastes que surjan del diálogo con la persona involucrada, que siempre serán considerados como referente para despejar interrogantes.

Como es evidente, la mayoría de la información obtenida girará en torno a la historia de vida de don Manuel. Sin embargo, no es mi intención hacer uso del método de la historia de vida para describir íntegramente su existencia, sino más bien buscar e intentar comprender los episodios y razones que hayan influenciado en su opción por el modo de

vida que lleva, los cambios producidos en los tránsitos de un contexto a otro, como también las conexiones que quedan entre ellos.

Jorge Aceves (1999) hace una distinción del enfoque metodológico de las historias de vida, que me ayuda a reforzar la distinción que quiero hacer. Para él, al trabajar con historia oral se puede optar por dos caminos que no son excluyentes, sino complementarios: a) producir historias de vida y b) realizar una historia oral de carácter temático; incluso habría una tercera, la investigación con base en la tradición oral. Dentro de las historias de vida, el autor distingue tres tipos: “la ‘historia de vida completa’, lo que significa que el narrador abarca toda la existencia memorable y comunicable en la situación de investigación”. Un segundo tipo que son las historias de vida focales o temáticas, y un tercero que serían las historias de vida “armadas” o “editadas”, es decir elaboradas por el investigador. Según mis propósitos, la que más se adecua es la focal o temática, ya que

*...serían construidas igualmente, pero enfatizando sólo un aspecto problemático de la vida del narrador, es decir, abordando un solo tema o cuestión en el curso de la experiencia de vida del entrevistado. Esto permite realizar una variante que serían las “historias de vida cruzadas” o “múltiples”, de personas pertenecientes a la misma generación, conjunto, grupo, territorio, etc., con el objeto de realizar comparaciones y de elaborar una versión más compleja y “polifónica” del tema/problema objeto del interés de la investigación (Aceves 1999:49)*

Método también apropiado, ya que la posibilidad de cruzar información con otras personas que compartan ámbitos con don Manuel, como la vida en la costa, el pertenecer al mismo territorio, o más directamente la vida de orillero que comparte con su hermano, pueden ayudar a obtener conocimientos más precisos.

Finalmente, quisiera contar que hemos realizado ya tres terrenos, dos durante el año 2005 y uno en el 2006. Los primeros en agosto y en octubre, de aproximadamente 10 días

cada uno y el tercero también en octubre. Metodológicamente, en el primero tuve la suerte de conocer a don Manuel y poder establecer una buena relación con él, donde le conté en qué andaba y le pedí su ayuda. En el segundo, ya establecidas mis prioridades de observación, pero sin tener aún total claridad en los objetivos, me dediqué a la observación participante, acompañándolo en sus labores de caza y recolección, aprendiendo su oficio y profundizando más en su cotidianeidad. Fue una etapa en la que pude conocer y comprender bastante de su modo de vida, y de la cual comenzaron a surgir los primeros indicios de hacia dónde podría dirigir la investigación, ya que pensaba que una mera descripción de sus formas de subsistencia no lograba abarcar una situación que me parecía más compleja.

Ya de vuelta en Santiago, junto con la revisión de la información recolectada y las lecturas, logré fijar las líneas de investigación que en el tercer terreno profundicé en los ámbitos ya observados. También me dediqué a indagar más en las relaciones que mantiene con lo urbano, para establecer cómo y qué lo une a esa realidad distante de su vida costeña, pero que sigue estando presente.

## PERSISTENCIA EN EL DESIERTO COSTERO

La jornada de la tarde ha concluido. Las arqueólogas y arqueólogos comienzan a aparecer llenos de tierra, con las manos cargadas de bolsas con materiales encontrados y las herramientas. Saludo desde la terraza y continúo escribiendo en el diario lo que he logrado recolectar durante el día. Llega la tarde a Cobija. Algunas frases y modos importantes de don Manuel y de otros cobijanos, que me ayudan a comprender de qué manera se vive en la costa y a imaginar las posibles conexiones, con las formas de habitar perdidas que buscan los arqueólogos. Al rato aparece la Vicky, y con cara alegre me pregunta si vi lo que encontraron. Le digo que no. Entonces saca de una bolsa algo envuelto en papel y le da unas vueltas hasta que lo desenrolla. Aparece un pequeño aparato medio blanco, medio amarillo. Le pregunto qué es y me dice que no lo sabe bien, pero que es un instrumento hecho en hueso. Después toma la lupa y me dice que me acerque, me muestra como en uno de sus extremos tiene unas marcas que parecen de amarras. Lo tomo y lo pongo bajo la lupa, efectivamente ahí están las marcas. Se lo devuelvo y le comento la emoción de tomar algo tan antiguo y fabricado por personas que vivieron acá hace tanto tiempo. Si, me dice y sonrío. Disfrutando seguramente por enésima vez, esa emoción que para mí es novedad.

Un par de días después partí de Cobija rumbo a Arica. Paula me había prestado el libro de Arriaza sobre las momias Chinchorro, así que mientras el bus salía de Tocopilla y avanzaba por la carretera de la costa, comencé a leerlo. Sentí un entusiasmo particular al leer sobre personas que habían vivido en el territorio por el cual el bus avanzaba y me dediqué un rato a imaginar bandas de hombres, mujeres y niños vagando por las playas que veía. Sobre todo cuando pasamos por la desembocadura del río Loa junto a esas playas enormes. Al mismo tiempo me pareció que el paisaje cambiaba con respecto a la costa cercana a Cobija, más aún, que cambiaba desde la salida de Tocopilla. Los cerros se arrimaban a la costa y cambiaban de color.

Seguí leyendo sobre Chinchorro y sus momias, sobre la expansión de su influencia hasta la costa arreica. Unas momias encontradas en el hipódromo de Antofagasta, su

hábitat, sus patrones de asentamiento; se decía que todos los cazadores recolectores y pescadores precerámicos y premetalúrgicos de la costa desértica, desde el sur del Perú hasta las costas de Atacama, pertenecían a Chinchorro. Propuesta que Arriaza sostenía por la forma en que esas personas enterraban a sus muertos. Me quedé pensando en eso y en principio no me convenció del todo. ¿No habrá sido una influencia cultural sobre otros grupos de personas, no adscritos a los supuestos Chinchorro? Pensé entonces en nuestras ciudades y en la proliferación de cementerios tipo parque de origen estadounidense, y no me gustó seguir la misma línea argumental. Sin embargo, pasando esas páginas llegué al capítulo de las tecnologías de subsistencia marítima, patrones culturales no exclusivos de una sola etnia, y grande fue mi sorpresa al ver los dibujos que las representaban. Había ahí una pieza muy parecida a lo que me mostró la Vicky en Cobija, quizás le faltaba un pedazo, pero tenía la forma y las marcas para las amarras que habíamos visto bajo la lupa. Era un gancho de anzuelo compuesto fabricado en hueso. Quise contarle a la Vicky de inmediato, pero no tenía cómo. Comentarle al tipo que iba a mi lado me pareció un despropósito, así que me lo guardé y seguí leyendo. Esperanzado en llegar a Arica, para luego volver a Santiago a estudiar. Lo que sigue es el resultado.



## ***Entrada***

El extremo meridional del amplio desierto costero peruano-chileno, es lo que corresponde a la costa norte de nuestro litoral. Esta se extiende desde Arica hasta Chañaral y tiene como características fundamentales ser una faja muy estrecha, discontinua, árida y que se despliega por acantilados y playas de poca anchura. Además, en su parte norte existen valles que han generado diferencias culturales importantes y que inducen a dividir este territorio en dos. La costa árida de valles y quebradas, que va desde Arica a Pisagua, y la costa árida de arreísmo absoluto, que se extiende de Pisagua a Chañaral (Llagostera 1993 [1989])<sup>3</sup>.

Las diferencias geográficas que sustentan esta división, también han establecido particularidades en el devenir de las poblaciones que han habitado este litoral, ya que la presencia de los valles abre la posibilidad del desarrollo agrícola, que el arreísmo absoluto impide y que ha sido fundamental para que las poblaciones hayan ido complementando y transformando sus modos de vida. No obstante, la omnipresencia del océano implicó la creación de un conjunto de tradiciones que se han extendido a lo largo del territorio y del tiempo, y que llegaron a un gran nivel de especialización, que Llagostera agrupa bajo la denominación de “núcleo de pescadores andinos”:

*Las sociedades costeras andinas fueron las primeras poseedoras del principio básico del anzuelo; principio que se fue difundiendo hacia el sur en la medida que estas poblaciones o sus aportes culturales se desplazaban en esa dirección. El centro de mayor desarrollo de este núcleo de pescadores andinos, sin duda, se consolidó en el norte de Chile, tal vez por la necesidad de extraer del mar todos los elementos de subsistencia (Llagostera 1993 [1989]:59)*

---

<sup>3</sup> Llagostera toma como base para la segmentación del litoral la división biogeográfica de Quintanilla que aparece en Geografía de Chile, Tomo III, Instituto Geográfico Militar, Santiago 1983. Además con algunas modificaciones de acuerdo a otros autores y a observaciones de él mismo.

El autor refrenda esta aseveración, citando las comparaciones hechas por Michael E. Moseley entre las tecnologías de subsistencia del norte chileno y las de la costa peruana que muestran menos elaboración. Por ejemplo, se puede ver en la tabla de comparaciones de tecnologías que presenta (Moseley 1975:54), la ausencia de anzuelos compuestos en el litoral peruano, herramienta que requiere de un grado mayor de especialización y que en la costa chilena está bastante divulgada. Pero a su vez, Llagostera hace un llamado de atención respecto a esto, pues los desarrollos culturales de la costa peruana han sido siempre considerados más complejos que los de sus vecinos del sur, lo que establece una contradicción bien interesante.

Para aprehender y conocer el desarrollo de este núcleo de pescadores andinos, Llagostera (1982) ha propuesto tres etapas sucesivas para la relación económica de las poblaciones con el mar, las que llamó dimensiones. La primera dimensión es la longitudinal, es decir, el acceso a los recursos de las orillas, “específicamente de la franja de mareas, y aparentemente sin otro instrumental para la pesca que las redes.” (Llagostera 1982:224), la que tiene sus primeras evidencias en la costa de Antofagasta, con fechas radiocarbónicas de 9.400 y 9.680 a. p. La segunda etapa es la dimensión batitudinal, en la cual se logra el acceso a los recursos ictiológicos de profundidad mediante la aparición del anzuelo, entre el 7.500 y 7.000 a. p. en la costa norte de Chile, lo que generó una gran transformación en la vida económica y social de las poblaciones, que se vería reflejada en el paso de una organización de bandas a una de tipo tribal. Y por último, la tercera etapa o dimensión latitudinal, donde gracias a la invención de la balsa se logra abarcar una mayor extensión de mar, facilitando el acceso tanto a recursos conocidos como nuevos, y logrando que el abastecimiento fuera permanente, suficiente y de mayor calidad, lo que “supone menos tiempo dedicado a las actividades de subsistencia y en consecuencia un excedente de tiempo social.” (Llagostera 1982:231).

Los investigadores dedicados a este territorio, han logrado establecer características que han sido agrupadas de distintas maneras; en complejos culturales, períodos precerámicos, culturas o tradiciones. Llagostera (1993 [1989]) por su parte,

propone la existencia de seis complejos, cuatro de los cuales registran su mayor datación en la costa árida de valles y quebradas, de los cuales a lo menos dos posteriormente avanzan hacia el sur, donde habrían tenido expresiones locales; y dos complejos que registran sus fechas más tempranas en la costa árida de arriamiento absoluto, uno de los cuales tiene las fechas más tempranas para toda la costa norte. Sin embargo, en un trabajo reciente, Llagostera (2005) escribe que en vista de los nuevos descubrimientos de sus colegas y de los reanálisis efectuados, se hace posible considerar la coexistencia de grupos culturalmente distintos. Lo que además de hacer más compleja la situación, hace muy difícil tomar un complejo como prototipo de un momento determinado. Es por eso que arma la secuencia en relación a fases, permitiendo de esta forma incorporar en períodos de tiempo determinados, a diferentes grupos culturales. De esta manera, cada una de las ya nombradas divisiones de la costa norte tiene sus fases, que pueden o no estar vinculadas entre sí. Hay eso sí, un cambio en la consideración del territorio, ya que el autor incorpora, al sector del litoral árido de arriamiento absoluto, el litoral subárido, dando como razones fundamentales las similitudes tanto en sus condiciones ecológicas, como en los rasgos culturales analizados.

## Costa, desierto, quebradas y valles

### *Fase I (10.000 a 7.500 a.p.)*

A esta fase corresponden las evidencias estratigráficas tempranas de los sitios que se nombrarán, en las cuales hay ausencia de anzuelos de concha, pero que igual muestran modos de vida ligados a la explotación marítima desde el décimo milenio a.p.

Llagostera (1993 [1989]) expone una fecha muy temprana en la costa árida de valles y quebradas de 9.130 a. p., fecha que corresponde a la ocupación inicial de Tiliviche-1 b (Nuñez 1977-78). Sitio que se encuentra 40 km al interior de la costa, pero que a pesar de la distancia, las evidencias relacionan a esos grupos con el litoral. El estudio de la primera ocupación de este sitio, sirvió para conformar el llamado Complejo Tiliviche, el cual se caracteriza por la ausencia de anzuelos, lo que implica un modo de vida ligado a la explotación marítima de la dimensión longitudinal, es decir, a grupos de cazadores recolectores. A este complejo corresponderían grupos “arcaicos portadores de la tradición de implementos líticos lanceolados y hojas-cuchillos elaboradas a partir de gruesas preformas bifaciales, junto con artefactos para molienda” (Llagostera 1993 [1989]:61). Sin embargo, posteriormente Llagostera (2005) agrega una fecha de 9.769 a.p para Tiliviche 1-b, la que sirve de inicio a la zona estratigráfica temprana que se extiende hasta los 7.850 a.p., cuando aparecen las primeras basuras asociadas con anzuelos de concha.

Siguiendo esta secuencia cronológica, vienen los sitios Acha 2 y Acha 3, ubicados en la quebrada de Acha al interior del valle de Azapa. El primero de ellos entrega una fecha de 8.900 a.p., obtenida de una estructura habitacional (viviendas de plantas circulares con evidencias de postes); y otra de 8.970 a.p. correspondiente al enterratorio de un cuerpo. Se encontraron además puntas pedunculadas romboidales y lanceoladas sin pedúnculo (menos frecuentes), pesas de hueso, cabezal de hueso para arpón y anzuelos de espigas de cactáceas. En cambio, Acha 3 entrega fechas de 8.120 y 8.380 a.p. que corresponden a dos

entierros, uno de tres cuerpos y otro de uno. A uno de los cuerpos encontrados, se asocian un anzuelo compuesto confeccionado en hueso (pesa y gancho) y una hoja lítica.

Si bien los sitios Tiliviche 1b y Acha 2 son contemporáneos, la correspondencia a un mismo complejo cultural se ve obstaculizada debido a los datos disponibles de la ergología. No hay coherencia en cuanto a la morfología de las puntas líticas, así como por otro lado, en Tiliviche 1b no se encuentran los anzuelos de espinas de cactáceas que sí aparecen en Acha 2 (Llagostera 2005). Esto empuja al investigador a esbozar dos posibilidades explicativas; que sea positivamente como se observa, o que la diferencia puede que corresponda a un sesgo debido a lo reducido de la muestra en cada caso. Si fuese lo primero, continúa el autor, estaríamos frente a dos grupos culturalmente diferentes, suposición que se ve reforzada por la ausencia, en la estratigrafía posterior de Tiliviche, del anzuelo de espina.

Otro sitio contemporáneo a los anteriores, es Aragón 1 que se encuentra a 34 km. de la costa en la quebrada de Jazpampa. El inicio de la ocupación está fechado hacia los 8.660 a.p. Aparecen puntas lanceoladas en la ocupación temprana, además de manos, morteros, machacadores y fibra vegetal. En la estratigrafía intermedia se presentan puntas pedunculadas y anzuelos de espinas. Los registros de la estratificación temprana demuestran que esta comunidad basaba su economía en el medio costa-pampa-quebrada, inclinándose fuertemente a la recolección de vegetales, actividad que en los estratos superiores continúa pero asociado a un aumento en la extracción pesquera. Debido a la semejanza de las puntas encontradas en la ocupación inicial de Aragón 1, se podría asociar a Tiliviche 1b, pero la diferencia en los tipos de anzuelos contrarían esta posibilidad (Llagostera 2005).

Hay coincidencia entre los investigadores, indica Llagostera, que estas poblaciones tuvieron un manejo integrado de los espacios ecológicos de costa y valle. Por eso, a pesar de que los sitios con dataciones más antiguas se encuentran en el interior, aparecen en sus basurales restos marinos, así como en los cuerpos encontrados se presenta exostosis del conducto auditivo, que se atribuye a las actividades de buceo. Esto lleva a deducir, que habría un campamento principal en la costa debido a la estabilidad de los recursos marinos,

y que el acceso a los lugares interiores permitiría la recolección de vegetales y la caza esporádica del guanaco.

*Las pocas evidencias de que disponemos para las poblaciones colonizadoras del litoral árido de valles y quebradas hacen predecir que éstas deben haber tenido residencias más estables, aunque dispersas a modo de bandas, en el litoral, con desplazamientos temporales hacia el interior. (Llagostera 2005: 113)*

Respecto a los anzuelos, el autor afirma que al parecer estos grupos no disponían de anzuelos de concha, suposición basada en la no presencia de éstos en los estratos inferiores de Tiliviche, pero que sí habrían utilizado los de espigas de cactáceas que son los que aparecen en Acha 2. La utilización de este instrumento indicaría que estos grupos llegaron a la zona con esta tecnología, lo que implica una trayectoria previa de experimentación y adaptación marítima, que a su vez refuerza la hipótesis de un flujo costero en las migraciones más tempranas de Sudamérica.

Respecto de los enterratorios de esta fase, se observa que el cuerpo de Acha 2, que pertenece a un individuo adulto masculino, se encuentra en posición decúbito lateral flectado, a diferencia de los cuerpos encontrados en Acha 3 que se encuentran todos en posición extendida en decúbito dorsal. Esto adquiere relevancia, pues la manera distinta en que se colocan los cuerpos, refuerza la diferenciación cultural de estos grupos. La posición flectada es propia de las poblaciones arcaicas tempranas, la que algunos siglos después cambiará a extendida y que persistirá varios siglos. En este sentido el estudio sobre Acha 3 de Standen y Santoro (1997 en Llagostera 2005), pone atención en las marcadas relaciones entre el patrón funerario de este sitio con la tradición funeraria Chinchorro, lo que los hace postular que Acha 3 pertenecería a los inicios de esta extendida tradición.

## ***Fase II (7.500 a 5.500 a.p.)***

En su texto de 1993 ([1989]), Llagostera nos indica que es el Complejo Camarones el primero que con propiedad se puede considerar de pescadores. Este tiene sus fechas más tempranas en el sitio Camarones 14, ubicado en la desembocadura del río Camarones, con  $7.420 \pm 225$  a. p. en un conchal, que los investigadores obtuvieron de una muestra de carbón proveniente de un piso de ocupación a 0,56 m de profundidad y otra fecha de  $7.000 \pm 135$  a.p. tomada de una muestra del tejido muscular del tronco de una momia “con preparación complicada” (Schiappacasse 1984). A este complejo corresponden,

*anzuelos simples confeccionados en concha de choro zapato (Choromytilus chorus) a los que se agregan anzuelos compuestos, que consisten en una pesa alargada (de piedra, concha o hueso) amarrada a un gancho; arpones para mamíferos marinos con cabezales desprendibles y dotados de barbas de hueso; puntas líticas aguzadas en los dos extremos [...] además, instrumentos y punzones de hueso; raspadores líticos [...] raederas, cuchillos e instrumentos de piedra lascada [...] cordelería en fibra vegetal y, en menor porcentaje, lana de camélido; tejidos en técnica de malla o red y técnica de estera. (Llagostera 1993: 63)*

A esta descripción, Llagostera (2005) agrega que junto a los anzuelos de concha circular y a los otros artefactos encontrados, se asocian estratigráficamente anzuelos de espina de cactáceas, lo que abre nuevas posibilidades de vinculación entre distintos sitios. Como veníamos anunciando, la nueva disposición para agrupar y presentar la información, que conforma esta Fase II, nos lleva a asociar parte de ella a otros sitios que comparten similitudes y cronologías; como los niveles precerámicos más profundos individualizados por Bird en los concheros de Quiani 1 (Capa G) y de Punta Pichalo; así como la zona intermedia de Tiliviche 1b, los sitios Quiani 9, Camarones 17 y Camarones 15c.

Considerando el contexto de Quiani 1 y Punta Pichalo, Bird (1946) lo nombró en sus estudios como “Primer Período Precerámico”. Ahí se presentan anzuelos de concha circular, asociados con puntas de proyectiles y con anzuelos compuestos (con pesa de hueso); agregándose en Punta Pichalo pesas de anzuelos compuestos hechas en concha, con ganchos confeccionados en hueso y anzuelos de espinas de cactáceas. En la zona estratigráfica intermedia de Tiliviche 1b, que se fecha entre 7.850 y 6.060 a.p., se encuentran pisos habitacionales, se presentan los primeros desperdicios vegetales junto con un incremento de *Concholepas* y se ha planteado la coexistencia de anzuelo de concha con maíz (Llagostera 2005).

En cuanto a Quiani 9 (Muñoz y Chacama, 1982 en Llagostera 2005), se ve un sector habitacional junto a un conchal, con un patrón de estructuras semicirculares, que tienen rangos cronológicos entre 6.370 y 5.250 a.p. Aquí también encontramos cuchillos lanceolados, pesas y barbas de hueso, anzuelos de cactus y de concha. Un caso un tanto especial sería el de Camarones 17 (Muñoz 1993), que con fechas iniciales de 6.780 y 6.930 a.p., entrega materiales de cordelería y tejidos de algodón, hilados en lana de camélidos, cuchillos en concha de choro, morteros y manos de moler, pesas cigarras, barbas de hueso, anzuelos de concha y de espinas. Además se encontró un fardo funerario con cuatro cuerpos y una punta semilanceolada, en el estrato más profundo. Si bien, para el caso de Camarones 15c trabajado por Schiappacasse (1995 en Llagostera 2005), no hay fechas absolutas, los artefactos encontrados hacen irremediablemente que se asocien a esta fase, pues también se encuentran preformas de anzuelos circulares de concha y de puntas tipo “doble punta”, semejantes a Camarones 14.

A su vez, Llagostera (1993 [1989]) indica que el Complejo Camarones se puede dividir en dos fases. La primera definida por el contorno circular de los anzuelos de concha y porque aparecen asociados a limas de arenisca y a pulidores de piedra. Esta fase está representada por los sitios, Tiliviche-1 b (zona estratigráfica intermedia), como también los estratos más profundos de los basurales de Quiani y Punta Pichalo. Es interesante destacar dos aspectos de los análisis que Schiappacasse y Niemeyer (1984) hacen de estos artefactos; primero que no hay certeza en la manera en que operaban los anzuelos de



concha, ya que no se encontraron en ninguno de ellos (95 ejemplares completos) restos de amarras que indicaran la manera en que se fijaban al extremo de la lienza, como también el modo en que se enganchaban a los peces, ya que su apertura es muy pequeña para que fuera en la boca, lo que indicaría que esto ocurría una vez que se lo tragaban. Y lo segundo, es que las limas de arenisca utilizadas para la elaboración de estos anzuelos son muy escasas, sólo 4 ejemplares, por lo que los investigadores suponen que estos instrumentos “admitían un uso prolongado y eran conservados celosamente.” (Schiappacasse 1984:32).

La segunda fase se caracteriza por la aparición de anzuelos con vástago recto y por la presencia de cuencos de lava. A esta fase corresponden los estratos que se superponen a los anteriores en algunos de los sitios nombrados, como también en Caramucho-3, primer asentamiento interfluvial que aparece en la secuencia (Sanhueza 1980 en Llagostera 1993 [1989]) y Camarones Sur (Rivera 1983 en Llagostera 1993[1989]). Si bien esta división de fases fue hecha para el Complejo Camarones, en la nueva presentación de datos Llagostera (2005) la mantiene, pero como dos subfases dentro de la Fase II. Subface temprana asociada al anzuelo de concha circular y la Subface tardía vinculada al anzuelo de vástago recto.

Es en esta Fase donde se inicia con mayor seguridad la tradición mortuoria Chinchorro. Las momias, que se consideran las manifestaciones ideológicas más antiguas de los pescadores arcaicos y que además representan las técnicas de momificación más antiguas del mundo, están asociadas a las características funerarias de los sitios Acha 3, Camarones 14 y Camarones 17 y los cuatro cuerpos extendidos de Quiani. En este sentido, para Schiappacasse y Niemeyer (1984) existe una alta probabilidad que los dos Períodos Precerámicos propuestos por Bird (1946), serían etapas sucesivas del Complejo Chinchorro.

### ***Fase III (5.500 a 4.000 a.p.)***

Es la desaparición del anzuelo de concha y el predominio del anzuelo de cactácea, lo que identifica a esta fase. Lo que esta directamente asociado al “Segundo Período Precerámico” de Bird (1946), que surge de su trabajo en la estratigrafía superior de Quiani, y que Llagostera (1993 [1989]) denomina Complejo Quiani. Éste se caracteriza, como ya hemos dicho, principalmente por la desaparición de los anzuelos de concha y el reemplazo por los de espinas de cactáceas, como también por la presencia de cabezales de arpones para peces hechos en hueso. Además persisten varios de los elementos de la fase anterior (del complejo anterior) pero con variaciones, observándose un aumento en popularidad de algunos de ellos. Las fechas de inicio para el complejo Quiani, son de 5.630 a. p., pero con un desfase más tardío hacia el sur (Llagostera, 2005). Según este autor, la desaparición de los anzuelos de concha se debería a un cambio climático, en el que las condiciones oceánicas habrían hecho replegarse al *Choromytilus* hacia el sur, dejando a los pobladores sin el acceso a su concha y obligándolos a cambiar de materia prima.

Además de la segunda ocupación de Quiani 1, también se incluye en la Fase III a la segunda ocupación de Quiani 9, la que se identificaría con Quiani II (Muñoz y Chacama, 1982). Asimismo, Camarones Sur, ocupación que se había iniciado al final de la fase anterior, logra su apogeo en esta fase incorporando al grupo de artefactos iniciales piedras-molinos y manos para moler.

Es durante este período en que se intensificaría la utilización de las quebradas intermedias, Llagostera indica que en Aragón-1 que está a 32 km de la costa, se encuentran en todos los estratos restos de mariscos en gran variedad, pero en poca cantidad. Además da una fecha de 5.170 a. p., que indicaría una fuerte intensificación del consumo de pescado, así como de mariscos.

Es también durante esta Fase donde Llagostera dice que existe la mayor proliferación de las clásicas momias Chinchorro. Respecto a esto, podríamos indicar que entre los investigadores hay distintas consideraciones para clasificarlas dentro de una

entidad; como Cultura (Arriaza 2003 [1995]:43), Tradición (Rivera 1975 en Arriaza 2003: 38), Complejo Cultural (Bittman y Munizaga 1976 en Arriaza 2003: 38), Aborígenes de Arica (Uhle 1917, 1919 en Arriaza 2003: 38), Complejo (Núñez 1965 en Arriaza 2003: 38), entre otros. En cambio para Llagostera (1993 [1989]), solamente son una tradición dentro del Complejo Camarones, que continúa en el Complejo Quiani, es decir, abarca las Fases II y III de su nueva clasificación. Esta perspectiva es discutida por Bernardo Arriaza (2003), quien considera que a los habitantes arcaicos de la costa desértica, más que segmentarlos en distintos complejos, o en este caso, Fases o grupos culturales distintos, se los puede agrupar bajo la denominación de Cultura Chinchorro. La que define como,

*grupos de pescadores precerámicos y premetalúrgicos (prefundiciones) que habitaban la costa del desierto de Atacama, la costa sur del Perú y el norte de Chile desde el año 7.020 a.C. al año 1.500 a. C., y sepultaban a sus muertos en una posición extendida practicando la momificación natural y la momificación artificial.* (Arriaza 2003: 43)

Arriaza (2003) escribe que en vez de caracterizar y clasificar mediante las tecnologías de subsistencia, lo que él propone es hacerlo a través de las fechaciones radiocarbónicas de los distintos tipos de momias; ya que a parte de ser un mejor instrumento de fechación, para él, las creencias comunes que se ven reflejadas en los tratamientos mortuorios, expresarían una unidad identitaria e ideológica del grupo que trascenderían las particularidades de subsistencia locales. En este sentido, es relevante el llamado de atención que hace respecto de la contemporaneidad en algunos sitios de los anzuelos de concha y los de cactáceas, incluso entregando un registro proveniente del sitio Acha 2 en Arica, donde se encontraron anzuelos de espigas con una datación de 7.020 a. C, lo que pone en entredicho las secuencias de Bird y de Llagostera. Sin embargo, he aquí un tema interesante que plantear, que es definir a los grupos humanos según sus tradiciones mortuorias. Tiendo a pensar que las tradiciones referidas a la muerte conllevan un peso que puede trascender las particularidades de cada cultura, lo que podría distorsionar la

definición de un grupo humano. Podríamos pensar entonces, en una etnia que adopta la funebria de otra, permitiendo que grupos diferentes tengan tradiciones mortuorias comunes, lo que no necesariamente sería reflejo de que esos grupos compartan otros aspectos de su existencia.

Este entredicho o invalidación que asume Arriaza, de las cronologías utilizadas por Bird y Llagostera, es replicada por este último (Llagostera, 2005) argumentando lo siguiente. Si bien es cierto que en los sitios Quiani 9, Camarones 14 y 17, los anzuelos de concha y cactáceas coexisten desde fechas muy tempranas, en otros sitios esa coexistencia no se da; por ejemplo Acha 2 y Aragón 1, donde sólo han aparecido anzuelos de espinas, o como en Tiliviche 1b, donde sólo se registra el anzuelo de concha. Por lo tanto, concluye que hay que poner atención a esta segregación de tipos de anzuelos, ya que su persistencia no es casual ni producto de sesgos de muestras.

#### ***Fase IV (4.000 a 3.500 a.p.)***

El último complejo preagroalfarero que Llagostera (1993 [1989]) presenta para esta parte del territorio, es el Complejo La Capilla que lo componen los sitios La Capilla-1, Quiani-7 y Camarones-15. Sobre este Complejo cita a Lautaro Núñez (1983), quien establece que “la presencia de rasgos intrusivos procedentes de las tierras bajas orientales, cultígenos iniciales, restos de camélidos domesticados y metalurgia en estos sitios, son señales de arribo de grupos procedentes de tierras altas y más distantes” (Llagostera 1993 [1989]: 67), que estarían mediante sus medios de producción de alimentos y su alta complejidad, alterando la vida de los pescadores arcaicos y generando nuevos desarrollos para estas poblaciones.

Sin embargo, en el nuevo orden planteado por Llagostera (2005), este complejo de alguna manera se fracciona, ya que Quiani 7 no se incluye en este IV estadio, sino que se traslada a la fase siguiente. No obstante, la descripción citada de Lautaro Núñez, respecto a las nuevas características de estos grupos y sus vinculaciones con tierras más distantes, se

mantienen. Para esta fase, Llagostera expone tres yacimientos residenciales en relación a varios cementerios. Dentro de los residenciales, encontramos al más típico que sería Cañaño 1, y dos considerados atípicos, pues no son lugares de vivienda continua, que son La Capilla 1 y Conanoxa Wa.

Cañaño 1 se encuentra a sesenta y cinco kilómetros de Iquique, y es un conchero de tipo monticular, que mostró una ocupación continua desde tiempos precerámicos hasta la temprana aparición de la alfarería, y que tiene un fechado inicial de 3.960 a.p. (Núñez y Moragas, 1977). Aquí se encuentran anzuelos de espinas de cactus, anzuelos en barbas de ballena, cuchillos y puntas líticas, anzuelos compuestos, barbas de hueso, cordelería y tejidos de fibra vegetal, cabeceras de arpones y cestería en espiral.

El sitio La Capilla 1, una cueva ubicada a siete kilómetros al sur de Arica, es considerado un yacimiento residencial atípico pues se le califica como un lugar de culto; entre otros aspectos, por la presencia de 23 faldellines de totora macerada, que se encuentran doblados y amarrados sin aparente uso. Con fechas de 3.670 a 2.790 a.p. (Muñoz y Chacama, 1982), la cueva tiene pictografías en sus paredes y un depósito de basuras domésticas en el que se encuentran pesas líticas de anzuelo compuesto, anzuelos de quisco, astiles de madera para arpones, cabezales de arpón de hueso, manos de moler, cuchillos de concha de choro, cestería. Estos aparatos, más los restos orgánicos hallados, de moluscos, camélidos, camote, calabaza y mandioca, indican que la población que habitaba este lugar eran pescadores relacionados con los espacios de valle y con muestras de una incipiente agricultura.

El otro de los sitios residenciales es Conanoxa Wa. Ubicado a 40 kilómetros de la costa, se considera como un campamento temporal de una población costera. Similar es lo que ocurre con la estratigrafía intermedia de Aragón 1, incluida en esta fase, y que también se encuentra a 40 kilómetros de la costa. En ambos contextos se presentan puntas lanceoladas, y en ninguno de ellos aparecen anzuelos. Conanoxa Wa arroja tres fechas, que van desde los 4.020 a los 3.960 a.p.

El resto de los sitios correspondientes a este estadio, son cementerios. Aquí encontramos a varios cementerios excavados por Uhle en la falda norte del Morro de Arica, así como en Chinchorro, con fechas de 3.730, 3.690 y 3.660 a.p. (Llagostera, 1998; Costa-Junquera et al., 2000a; Costa et al., 2000b en Llagostera 2005). También está Morro 1-6 (Focacci y Chacón, 1989 en Llagostera 2005) fechado entre 4.310 y ca. 3.500 a.p. Así como Camarones 15, que es un cementerio situado en la desembocadura del río Camarones, el cual ha sido delimitado en cinco sectores (A-E), encontrándose evidencias precerámicas en C y D.

Este último sector, Camarones 15D (Rivera, 1994 y 2002 en Llagostera 2005), entrega datos en cuanto a la mixtura de elementos propios de los pescadores arcaicos y del manejo de los espacios de valle. Allí se obtuvieron 24 cuerpos con dos fechados de 4.240 y 3.650 a.p., algunos de sus elementos más diagnósticos son cuerpos extendidos con mascarilla, pelucas impregnadas con pasta ocre; faldellines de fibra vegetal, bolsas de fibra vegetal en punto de red, miniaturas textiles de lana de camélido de colores naturales, adornos pectorales de cobre, arpones, pesas, anzuelos de espina de cactus. “Según su investigador ser trataría de las últimas fases Chinchorro en contemporaneidad con la primera fase Alto Ramírez” (Llagostera, 2005: 123).

Los aportes nuevos de esta fase, son la aparición de la cestería, las prácticas con alucinógenos, los tejidos decorados, las calabazas pirograbadas, los cultígenos, la delimitación de espacios rituales, pictografías y porta-párvulos.

### ***Fase V (3.500 a 3.000 a.p.)***

Sólo tres cementerios representan a esta fase. El ya nombrado Quiani 7, Camarones 15 E y Tiliviche 2.

En Quiani 7, los cuerpos arrojan fechas de 3.590, 3.280 y 3.240 a.p. y están cubiertos con esteras de totora o pieles de guanaco o mantos decorados con pieles y plumas

de pájaros. La vestimenta que los envuelve es tejida en lana y algodón. Hay cestería con decoraciones geométricas, espátulas de hueso quizás para el consumo de sustancias psicotrópicas.

Camarones 15 E entrega una fecha de 3.060 a.p. Allí se encuentran momias de niños sobre cunas transportables de madera y envueltos en pieles de aves y mamíferos, algunos con mascarillas de barro. También hay entierros de adultos, pero sin momificación artificial. En las ofrendas se encuentran cestería decorada de fina factura, bolsitas de lana en tejido de punto, calabazas pirograbadas, barbas de hueso, pesas y anzuelos de espinas (Muñoz et al., 1993).

Completa esta fase el cementerio Tiliviche 2 (Standen, 1982; Núñez, 1983; Standen y Núñez, 1984 en Llagostera 2005), que es el último episodio de la secuencia global de Tiliviche, y que como sabemos se encuentra lejos de la costa. Éste proporciona una fecha de 3.780 a.p. y destacan en sus ofrendas arpones, cestería, bolsas de fibra vegetal en punto red y estructuras portapárvulos. Según Llagostera (2005), este grupo estaría pasando de tradiciones precerámicas costeñas hacia formas de vida más compleja, lo que se entendería por el uso de peines, brochas, tejidos de malla con adornos escalerados, teñidos, penachos de plumas (Standen y Núñez, 1984 en Llagostera 2005). Remata Llagostera apuntando hacia la falta de osteoma, lo que los “desvincularía de la costa, demarcándolos más bien como una fracción poblacional mediterránea que mantiene una interacción indirecta con el litoral.” (Llagostera, 2005: 124).

## **Costa de arreísmo absoluto (y litoral subárido)**

Al litoral árido de arreísmo absoluto, el último segmento del extenso desierto costero peruano-chileno, se le agrega en el nuevo texto de Llagostera el litoral subárido. Las razones son básicamente que sus condiciones ecológicas no difieren mucho y que los rasgos culturales encontrados son muy similares. La costa árida de arreísmo absoluto se encuentra desde Pisagua hasta Chañaral y el litoral subárido va desde Chañaral hasta Quebrada Los Choros.

### ***Fase I (19.700 a 9.500 a.p.)***

Esta fase esta representada por las ocupaciones iniciales de los sitios La Chimba 13, El Obispo 1 y Los Médanos 2 (Llagostera et al., 2000 en Llagostera 2005).

La Chimba 13, es el sitio que anteriormente se llamaba Quebrada Las Conchas (Llagostera 1979.; 1993 [1989]). Este sitio, que se ubica cerca de Antofagasta, tiene dos eventos ocupacionales. El primero es el que corresponde a esta fase, tiene un rango de fechas entre 10.000 y 9.500 a.p. y en él se encuentran residuos orgánicos y desechos líticos, pero escaso en representación de artefactos. Según los estudios arqueozoológicos, allí se consumieron básicamente peces y mariscos, así como camélidos, pinnípedos, cánidos, roedores y aves, pero en baja proporción.

El Obispo 1 (Cervellino et al., 2000 en Llagostera 2005) se encuentra en el litoral de Copiapó y es un sitio que tiene las mismas características de La Chimba 13, pero más extenso y menos denso. Aquí hay tres eventos ocupacionales, de los cuales el primero y el segundo pertenecen a la Fase I, con fechas entre 10.700 y 10.400 a.p. Se encontró un posible cuchillo realizado con una valva de *Choromytilus*, dos hojas pedunculadas y desechos líticos. A su vez, en Los Médanos 2 (Cervellino et al., 2000), unos cuantos kilómetros al norte de El Obispo 1, se reconocen los mismos tres eventos ocupacionales y



con características bastante parecidas. Las dos primeras ocupaciones pertenecen a ésta fase y se supone que deberían tener la misma cronología del sitio anterior.

En cuanto a los recursos utilizados, en El Obispo 1 y Los Médanos 2, se encuentran restos de fauna malacológica, seguida por peces, aves y en menor porcentaje mamíferos terrestres y marinos. Entre los moluscos se registra un mayor número de fisurélidos que de *C. concholepas*, a diferencia de La Chimba 13, así como también un stock de peces bastante menor.

Ya que los resultados de las investigaciones han demostrado que estos grupos capturaban, no sólo mariscos de la intermareal sino que también los peces del borde costero, Llagostera (2005) los define como verdaderos pescadores, como grupos que manejaban una tecnología específica y eficiente. En este sentido, deduce que estamos frente a una tradición que no es experimental, sino que ya está adaptada de forma madura a la vida costera y que en períodos tempranos tiene que haber arribado a este litoral. Por lo tanto, se puede comparar a otros sitios tempranos como Acha 2, a partir del cual, si es correcta la evidencia del anzuelo de espina, se podría colegir que estos grupos también utilizaban este artefacto. Ahora bien, el no registro de los anzuelos de espina para estos sitios, se explicaría según el autor, por su composición altamente arenosa que dificulta la conservación de material vegetal.

### ***Fase II (9.500 a 9.000 a.p.)***

Aquí encontramos al segundo evento ocupacional de La Chimba 13, que tiene el mismo rango cronológico de la fase. La principal característica de este sitio y que hace la diferencia con la fase anterior, son los litios geométricos. Objetos confeccionados básicamente en arenisca, de gruesas formas discoidales, y poligonales, aunque en menor cantidad. Existen también otras formas hechas de arenisca, pero que no se pueden determinar con precisión, al parecer son facsímiles de artefactos de otras materias. Las especies ícticas encontradas continúan en igual variedad y tamaño que en la ocupación

anterior, lo que hace suponer que no hubo grandes cambios en el equipo tecnológico. Por lo tanto, se piensa en la continuidad de la población anterior, pero con nuevas manifestaciones culturales (Llagostera, 2005).

Llagostera escribía sobre este sitio,

*La alejada y atípica ubicación de este sitio y otros similares, en relación al mar (3km); la numerosa presencia en él de 'objetos simbólicos', como piedras geométricas y puntas de proyectil hechas en arenisca y los extensos fogones estratificados, sugieren una estructura social de bandas que recorrían las playas y roqueríos, y se reunían periódicamente en estos sitios para celebrar ceremonias totémicas (Llagostera 1993 [1989]: 69)*

Según el autor, estos grupos que se juntaban en ceremonias rituales, deben haber tenido sitios habitacionales en la costa, pero seguramente deben haber quedado cubiertos por la transgresión Flandriense. Las similitudes ergológicas con la llamada Cultura Huentelauquén (Iribarren 1961 en Llagostera 2005), hacen que Llagostera proponga el establecimiento de otro complejo, que nombra Complejo Huentelauquén. Este complejo se habría extendido por el litoral árido arreico y el subárido, y se caracteriza por los ya nombrados litos geométricos, como también por las puntas de péndulo ojival, que se encuentran también al interior de la costa subárida.

También son parte de esta fase, los terceros eventos ocupacionales de El Obispo 1 y Los Médanos 2, cuyas evidencias se encontrarían entremezcladas con los restos de la última parte de la Fase I. Los contextos artefactuales de La Chimba 13, El Obispo 1 y Los Médanos 2, demuestran cierta similitud en sus rasgos tecnológicos, con un patrón común en cuanto a heterogeneidad y escasez de ellos en los sitios, así como en la utilización de materias primas similares.

Otros sitios de la costa de Copiapó deben agregarse a esta fase; Soldado 1, Piquero 4, Puntilla 1, Los Médanos 1, Taisani 1 (Cervellino et al., 2000 en Llagostera 2005).

Una última observación respecto a un enterramiento encontrado en La Chimba 13, nos indica que la posición de piernas muy flectadas, es comparable a la del cuerpo encontrado en Acha 2, lo que hace postular a Llagostera un patrón funerario propio de los primeros poblamientos costeros.

### ***Fase III (9.000 a 6.000 a.p.)***

No hay evidencias arqueológicas documentadas para este período (Llagostera, 2005).

### ***Fase IV (6.000 a 5.000 a.p.)***

Esta fase se considera una extensión hacia el sur de la Fase II del litoral árido de valles y quebradas, coincide con el “Primer Período Precerámico” de Bird (1946), que es la extensión del Complejo Camarones (Llagostera 1993 [1989]). Como sea, esta Fase, Período o Complejo, está dividida en dos subfases; la Subfase Temprana caracterizada por el anzuelo de concha circular y la Subfase Tardía por el anzuelo de concha con vástago recto. En Cobija se encuentran superpuestas ambas subfases, en tanto que en Taltal sólo se han encontrado indicios de la Subfase Tardía.

Ubicado en las ruinas de lo que fuera el puerto de Cobija, se encuentra el sitio Cobija 13 (Cruz y Bravo, 1980; Bittmann y Munizaga, 1984 en Llagostera 2005), un conchal en el cual la ocupación precerámica se encuentra dividida por una costra salina muy dura. La más temprana contiene sólo anzuelos de concha circulares, y se fecha entre los 6.030 a.p. y los 5.510 a.p. Además se encontraron barbas de hueso para arpón, anzuelos compuestos de piedra, barbas de concha y hueso, para anzuelos (seguramente la pieza de

hueso que Vicky me mostró en Cobija) y puntas líticas. En este sitio también se encuentra la Subfase tardía, registrando una fecha de 5.060 a.p. Aparecen los anzuelos de concha con vástago recto y unos de igual forma pero hechos en hueso; también pesas de anzuelo compuesto en piedra y concha, barbas de hueso para anzuelo compuesto y barbas de hueso para arpón. Aquí además se encuentran estructuras de piedras, las que sirvieron tanto de viviendas como de recintos funerarios.

La Subfase con anzuelo de vástago recto registra su inicio en Abtao 1, cerca de Antofagasta, a los 5.350 a.p., lo que en Taltal es algo más tardío. En ambos lugares las ocupaciones comienzan con esta Subfase de la Fase IV. Bird (1943), excavó un par de sitios cerca de Taltal, Cerro Colorado y Punta Morada, donde a parte de encontrar anzuelos de concha con vástago recto, se hacen presente otros elementos distintivos como la lima de piedra para afilar y pulir anzuelos, instrumento escaso en Arica, así como también un tipo de sierra delgada de arenisca. Esta subfase, además se registra en Punta Blanca y Punta Guasilla (Llagostera 2005).

Lo más al sur que se ha encontrado ocupaciones con estas dos subfases, es al sur de la desembocadura del río Copiapó, en el litoral subárido. En el sitio Bahía Maldonado 3, aparece el anzuelo de tipo circular, y en Bahía Maldonado 1, se registra el anzuelo con vástago recto (Cervellino, 1995 en Llagostera 2005). Cerca de la desembocadura del río Huasco, Puerto Guacolda, también se encontraron anzuelos de concha (Iribarren, 1969 en Llagostera 2005).

Llagostera concluye, a raíz de la amplia distribución espacial, así como por la potencialidad de los yacimientos, que se fortaleció una exitosa adaptación que produjo enclaves persistentes a lo largo de los litorales, árido y subárido.

### *Fase V (5.000 a 4.000 a.p.)*

En este estadio también se presenta una extensión de una de las fases del litoral de valles y quebradas, la Fase III; coincidente con el “Segundo Período Precerámico” de Bird (1946) y con el Complejo Quiani postulado por Llagostera (1993 [1989]); su principal rasgo es la desaparición del anzuelo de concha y su reemplazo por el de espinas de cactáceas. En este sentido, es Caleta Huelén 42 en la desembocadura del río Loa, el único sitio que presenta exclusivamente anzuelos de espinas, a pesar de no exhibir con claridad otros aspectos del sitio-tipo de Quiani. Allí existe una mixtura entre tradiciones rezagadas de la fase nortina, con tradiciones propias de la costa árida arreica. Por ejemplo, la posición extendida de los cuerpos y restos de mascarillas de arcilla, indicios de la funebria Chinchorro y la tradición “arquitectónica” regional, constituida por estructuras semicirculares de piedras. Caleta Huelén 42 es una aldea, concepto cuestionado por Zlatar (1983)<sup>4</sup>, compuesta por 75 a 100 estructuras habitacionales de plantas circulares y que tiene una fecha para su ocupación inicial de 4.780 a.p. Se han encontrado allí “puntas lanceoladas, grandes hojas-cuchillos, pesas-cigarros, manos, morteros y micro morteros; dardos arrojados y propulsores, barbas de arpones compuestos, poteras, cabeceras de arpon, anzuelo compuesto” (Llagostera, 2005: 130).

Existe para la costa árida arreica, lo que Schaedel (1957 en Llagostera 2005) llamó “el fenómeno de poblaciones marítimas con arquitectura”, que según Llagostera (1993 [1989]) correspondería a una manifestación regionalizada del Complejo Camarones y que consiste en construcciones muy sencillas compuestas por semicírculos de una hilera de piedras, la mayoría considerados asentamientos transitorios. También se han encontrado sitios con construcciones similares, pero que incluyen un emplantillado de lajas en algunas de ellas, como también pequeñas estructuras anexadas como apéndices. Las fechas iniciales para este tipo de construcciones son de 5.060 a. p. en Cobija-13 (Bittman 1984) y de 4.780 a. p. en Caleta Huelén-42 (Núñez, et al., 1975 en Llagostera 2005). A este rasgo, Llagostera agrega en su último texto, que al contrario de lo que pasa en Caleta Huelén 42, hacia el sur

---

<sup>4</sup> Para Zlatar, sería solamente un campamento semiestable, ya que no existen evidencias que demuestren la ocupación total del sitio contemporáneamente, sino que pequeños grupos en reducidos sectores a la vez, que colmaban la capacidad de las estructuras, para luego abandonarlas y levantar otras.

de la desembocadura del río Loa, todos los sitios con estructuras aparecen asociados a anzuelos de concha.

### ***Fase VI (4.000 a 3.000 a.p.)***

Llagostera (1993 [1989]) estructura un último complejo para la costa árida de arreísmo absoluto, el Complejo Abtao. Éste toma su nombre del sitio Abtao 1, sitio que le sirvió para clarificar los cursos que siguen los complejos anteriores. Sin embargo, sólo toma la segunda y tercera ocupaciones de este sitio (la primera la asimila al Complejo Camarones), para bosquejar la Fase VI, ya que presentan condiciones que difieren de las ya expuestas (Llagostera 2005).

Al parecer la Península de Mejillones tuvo una evolución propia, mezclando los anzuelos de espina de cactáceas con los de otros tipos de materias primas. La primera ocupación de Abtao 1 se asimila a la Fase IV (Complejo Camarones), y las siguientes parecieran saltarse la V para constituir directamente la VI Fase. La segunda ocupación mantiene los anzuelos de espina y de concha, pero además presenta un anzuelo de hueso, que tiene el mismo patrón de forma que los de concha con el vástago recto y aguzado, lo que según Llagostera demostraría una transición de materias primas. La fechación estimativa para esta ocupación es de 4.000 a.p. y por sus particularidades se consideraría una fase de transición hacia la tercera ocupación, que es una fase más definida.

A los 3.500 a.p. se inicia la tercera ocupación. Ésta solamente cuenta con anzuelos de espinas y anzuelos de hueso con cabezal de retención, los anzuelos confeccionados en concha de *Choromytilus* desaparecen, posiblemente el repliegue del molusco haya sobrepasado esta latitud. Existen también anzuelos compuestos, que tienen la particularidad de que el gancho, confeccionado en hueso, tiene una barbilla tallada. Estos igualmente son descritos para los estratos tardíos de Cobija 13, así como en el sitio Las Conchas y en el estrato superficial de Punta Grande, estos últimos sitios ubicados en la costa de Taltal.

Las estructuras más tardías de Caleta Huelén 42 (“semisubterráneas”), muestran características disímiles a las presentadas en la fase anterior. A éstas se les agregan pisos selladores de argamasa de ceniza de algas, entre los cuales se dispuso a los muertos, transformando los recintos habitacionales también en estructuras funerarias. Para Núñez (1975), esta situación comenzó cuando el “patrón aldeano” estaba expandido, lo que habría sucedido hacia los 3.780 a. p. En Cobija también se reconoce este patrón de pisos encementados, postulándose su incorporación entre los 3.400 y 3.000 a.p. (Bittmann, 1984). Asimismo, han aparecido estas estructuras en Los Canastos (Península de Mejillones) y en Punta Guasilla.

Por último, más al sur se encontraron otros cuerpos extendidos, pero no en estructuras. Tres cementerios documentados por Capdeville para su “Civilización Dolménica” en Cerro Colorado (Taltal). Y un enterratorio de tres cuerpos (mujer, hombre y niño) más restos de a lo menos tres individuos, que se encontraron en el Hipódromo de Antofagasta y que fueron emparentados en algún momento con la funebria Chinchorro, filiación que actualmente Llagostera (2005), debido a las nuevas investigaciones, no se atreve a afirmar.

## **Periodos: Inicial, Medio, Intermedio Tardío y Tardío**

La información expuesta hasta el momento hace referencia básicamente al período Arcaico de esta zona. Sobre los períodos que a continuación expondré no he encontrado tanta documentación, por lo que los he agrupado para presentarlos. La información esta tomada fundamentalmente de un trabajo hecho por Cora Moragas (1995), en el cual resume los períodos en cuestión, concentrándose en la costa de interfluvio o arreísmo absoluto, entre Iquique y la desembocadura del río Loa. Segmento de la costa que al estar más cercano a la zona de valles y quebradas, permite que sus habitantes reciban las influencias de los grupos costeros de ese territorio, al contrario de la evidencia marginal de esa influencia en el sector de arreísmo absoluto donde se desarrolla nuestra investigación.

*El Período Inicial*, también designado por Moragas como el período de comunidades formativas, se ubica en el primer milenio a. C., y estaría caracterizado por las influencias de las tierras altas, que en la costa de valles y quebradas actúan como agentes de cambio socioculturales, transformando sus modos de subsistencia depredadores en productores. Sin embargo, en la costa de interfluvio las limitantes condiciones del medio, impidieron esas grandes transformaciones, pues la agricultura es algo incompatible con el arreísmo absoluto. Aún así, los sitios arqueológicos igual evidencian productos cultivados en los valles y oasis de esta zona, incorporando además la tecnología cerámica, la textilería a telar y la metalurgia.

Sobreviven en las comunidades de la costa, rasgos del complejo Chinchorro, como turbantes, coberturas públicas de colgantes de lana, figurinas, y especialmente la tecnología tradicional de explotación marítima.

Las poblaciones formativas generalmente se asentaron en zonas con condiciones favorables para la horticultura, la vida de aldeas y otros rasgos establecidos; comunidades que en el litoral de interfluvio son escasas. El sitio Cãamo-1, es uno de los que registran innovaciones tecnológicas del interior, fechadas en promedio en 860 a. C. y se caracteriza por la presencia de maíz, asociado a tipos cerámicos café alisado homogéneo, café alisado



imperfecto, así como estriados muy finos y paleteados. Los bordes son gruesos y no hay asas. Luego de los análisis ceramográficos se pudo establecer que los tipos cerámicos alisados fueron confeccionados en la costa. De todas formas, los productos foráneos son minoritarios en relación a todo el aparataje tecnológico y producción marítima presente.

Otro sitio costero con características atribuibles al Formativo, es Punta Gruesa-2 (18 km al sur de Iquique). Destacan un cráneo enturbado, con deformación craneal tubular erecta y un gorro de malla sobre el turbante, entre otros objetos y diseños de influencia altiplánica. Es interesante para nuestra investigación el dato y pregunta expuestas por Moragas, *“Llama la atención la escasez de instrumentos de explotación marítima. ¿Se trataría de una población que proviene de valles interiores no adaptada aún al ambiente marítimo?”* (Moragas 1995: 69), pues refrendaría la idea de la costa como una continua receptora de allegados, y de la incorporación de las tecnologías de explotación marítima como parte de ese proceso (dice escasez, no inexistencia). Sin embargo, es en la desembocadura del Loa donde se han encontrado mayores evidencias formativas, principalmente relacionadas con enterramientos en túmulos. Los sitios son Caleta Huelén-10, Caleta Huelén-20, Caleta Huelén-43 y Caleta Huelén-7, en los cuales se encuentran a parte de los enterramientos en túmulos, otros rasgos del interior como productos agropecuarios, metalurgia de cobre, implementos de inhalación de narcóticos, quinoa y lana de camélidos, asociados a contextos de explotación marítima que son mayoritarios. Sus fechaciones fluctúan entre los 450 a. C. y 215 d. C., exceptuando una fecha tardía de CaH-43 al parecer incongruente, pero que podría manifestar el fin del complejo Loa Túmulos. Los enterramientos en túmulos con rasgos típicos de las poblaciones altiplánicas Alto Ramírez, se ubican en los valles bajos y sus costas inmediatas, por eso es bastante excepcional que se hayan encontrado en la zona de arreísmo absoluto, específicamente en la aguada de Cobija (Moragas 1982), donde casi no existen.

La autora advierte cierta diversidad en las comunidades formativas; no habría una población temprana homogénea, sino que están representados distintos grupos como los enturbantados en valles, aunque pocos en la costa interfluvial, entierros en túmulos básicamente en la desembocadura del Loa, patrones habitacionales nucleados (Caserones) y

dispersos (Pircas) dentro de un mismo valle, más otras características, que estarían demostrando que esa amplia variedad de población formativa, sería resultado de una expansión desde la cuenca del Titikaka, que también llega a la costa vía oasis y valles intermedios, continuando luego sus desplazamientos a lo largo del litoral. Poblaciones que debieron adaptarse a la subsistencia en la orilla del océano.

*El Período Medio* está caracterizado por las influencias Tiwanaku. Influencias que en la costa de interfluvio son muy débiles, aunque su expresión se amplía temporalmente, incluyendo el Período de Desarrollos Regionales. El único sitio con fechación absoluta para la presencia Tiwanaku en la costa, es el cementerio Cañaño-3 de la Fase IV o Cañaño Patache (Nuñez y Morgas 1983 en Moragas 1995), con una data de  $1190 \pm 60$  a. p. (760 d. C). Aquí nuevamente los contextos de explotación marítima son mayoritarios, y las evidencias Tiwanaku se manifiestan en un textil policromo decorado y los instrumentos de inhalación de alucinógenos.

En el texto de Moragas se caracteriza el *Período Intermedio Tardío*, por el desarrollo del complejo Pica-Tarapacá. Este complejo sería la representación de una unidad sociopolítica que habría abarcado la zona Camiña- río Loa inferior, incluyendo las quebradas principales y otras pequeñas, más los oasis de Pica y Matilla. A su vez, esta unidad sociopolítica habría estado dividida en dos señoríos: Pica y Tarapacá, de los cuales Tarapacá habría sido la cabecera política. La investigadora indica que la alta productividad agrícola del valle de Tarapacá generó un incremento demográfico, que sostuvo densas poblaciones, y que entre otras cosas produjo una búsqueda de mayores espacios de producción diferenciada, uno de ellos la costa inmediata. Esta incorporación de zonas ecológicas diferenciadas por parte de este sistema sociopolítico y económico, aseguraba una explotación de recursos y posterior distribución excedentaria. Es por eso que las evidencias arqueológicas del segmento de la costa aquí referido, muestran su estrecha relación con los centros agrarios del interior. Entre los sitios del litoral se pueden nombrar a Bajo Molle, que acogió en torno a una aguada una densa población nucleada y de donde se obtuvieron la mayor cantidad de materiales desde un cementerio; Platillos-1, que consiste en un cementerio de rasgos similares a los de Bajo Molle, con instrumental de explotación

marítima, tabletas y tubos para inhalación de alucinógenos con decoraciones talladas, escasa cerámica, y a diferencia de Bajo Molle, en este sitio se encuentra mayor presencia de metalurgia. Las evidencias Tiwanaku de ambos sitios, se supone que llegaron junto a poblaciones piqueñas que habrían ido en busca de recursos costeros.

Otro sitio costero que se postula como colonia Tiwanaku en su fase final, es Los Verdes-1, cementerio ubicado en una caleta a 24 km al sur de Iquique. Aquí las influencias habrían llegado en forma indirecta, al igual que en Patillos y Bajo Molle, a través de las comunidades de Pica. Moragas lo resume así,

*Es evidente que poblaciones de valles y oasis mantuvieron asentamientos estables a manera de colonias en sectores preferenciales de la costa [...] consistentes en caletas abrigadas con recursos acuíferos cercanos, adaptándose plenamente al medio y desarrollando una tecnología avanzada en relación a la pesca y caza marítima, pero manteniendo a su vez el bagaje cultural de tierras altas y de valles y oasis. (Moragas 1995: 73)*

También hay una referencia bastante llamativa para el área de Soronal ubicada entre los cerros de la costa, donde se observa un desplazamiento inverso de comunidades costeras hacia los cerros aledaños, para la explotación de recursos líticos, de caza y recolección terrestre de manera temporal. Situación que complementa una circulación que aparece siempre como más unilateral, desde el interior hacia la costa. Otros sitios representativos de este período son el cementerio Cñamo-2, dos tumbas en la Caleta Vicente Mena, 40 km al sur de Iquique; Chipana muy cerca de la desembocadura del Loa, con un cementerio grande y dos pequeños; y Chanavalla, caleta a 75 km al sur de Iquique.

Nuevamente Moragas propone para este período, la existencia de contextos multiétnicos. En el tramo bajo del valle del Loa (Quillagua-desembocadura), habrían ocupaciones simultáneas de poblaciones venidas del Loa Medio, de los oasis de Atacama,

del complejo Pica-Tarapacá y de la cultura Arica; seguramente esta coexistencia estaba determinada por la atracción que producía el tramo bajo del Loa, ya que proporcionaba recursos diversos como marítimos, agrícolas, forestales (*Prosopis*) y mineros; situación que marcó el período de mayor explotación costera. Asimismo, la autora indica que debieron existir grupos netamente costeros que mantuvieron contacto con estas poblaciones venidas del interior, mediante el trueque o el intercambio. Poblaciones que al sur del Loa, cercanas a Cobija, supongo eran más comunes.

Finalmente, Cora Moragas hace una revisión del *Período Tardío*, el cual se identifica por las influencias Inka en la zona, que también para la costa desértica son escasas. Es el sitio Cerro Esmeralda, en la cordillera de la costa frente a Iquique, el que muestra una mayor presencia. Ahí se ha encontrado el entierro ceremonial de una joven y una niña, donde además se registra textilería policroma decorada, tipos cerámicos inka cuzqueños, brazaletes de oro y plata, topus de plata, conchas de *Spondylus*, chuspas con hojas de coca, escudillas tipo Saxamar de carácter inka altiplánico, bolsitas decorada con plumas verdes, tocado de plumas blancas y otros. Artículos de procedencia multiecológica que fueron llevados hasta la cordillera de la costa. Otro sitio costero con influencia inka, aunque débil, es Patillos; así como también el sitio Caleta Huelén-23, que es un extenso cementerio del Período Intermedio Tardío, donde se encontraron influencias inkas en su fase final.

## Cierre

Es mediante la recolección y síntesis, de los trabajos arqueológicos, que he podido dimensionar la profundidad y el peso de la vida en el litoral. Reconocer, diez mil años más tarde, movimientos y pertenencias muy similares en los habitantes actuales de la costa desértica, no hace más que validar las reflexiones acerca de la continuidad de algunos rasgos, a pesar de las transformaciones obvias que promueven el paso del tiempo y los nuevos contextos socioculturales que se van desarrollando. El ejercicio de reconstrucción imaginaria que permite y exige la información arqueológica, se ha hecho carne en el trabajo de campo, donde conociendo esos modos de vida y con un poco de “imaginación inversa”, es decir, tratando de evadir algunos elementos contemporáneos, se pueden comenzar a levantar los puentes que nos unen al pasado prehispánico.

La propuesta del “núcleo de pescadores andinos” hecha por Llagostera (1993 [1989]), establece un marco conceptual, que expresa la fuerza de los conocimientos surgidos de la relación de los humanos con el ecosistema marino. Da cuenta, sobre todo para las poblaciones que habitaron el área de arreísmo absoluto, de la trascendencia del ingenio y compenetración alcanzada, con el prácticamente único, abastecedor de elementos para la subsistencia.

Como hemos visto, el devenir de las poblaciones costeras, va desencadenando en una cada vez mayor especialización de las acciones y tecnologías de subsistencia, que el autor grafica en el modelo de las tres dimensiones en la conquista del mar (Llagostera, 1981). Ahora bien, esta investigación se ha propuesto como objetivo, el estudio de un modo de vida que comparte aspectos con la primera de esas dimensiones, la longitudinal. Es por eso, que ha sido un gran aporte conocer las características prehispánicas de la explotación intermareal, pues da cuenta del alcance temporal de estas sencillas técnicas, y por tanto, de lo efectivas que son. Es muy relevante ver como, a pesar del desarrollo de las tecnologías más elaboradas, como los distintos tipos de anzuelos, de concha circulares o con vástago recto, de espinas de cactáceas o de los compuestos con barbas de hueso, así como posteriormente los arpones y las balsas de cuero de lobo, el trabajo de orilla se mantuvo

siempre, permitiendo el acceso a los recursos más inmediatos que constitúan una parte importante de la subsistencia de estos grupos. Es así como vemos que en los distintos sitios, de las distintas fases o complejos, se encuentran constantemente moluscos, peces de orilla y algas, que incluso fueron utilizadas para hacer argamasa selladoras de pisos de algunas construcciones, como también redes para la pesca de orilla, chopes, desconchadores y cuchillos.

También es importante destacar del conocimiento prehispánico, las relaciones de los grupos costeros con las tierras del interior y la movilidad de los mismos, pues es otro aspecto que podríamos incluir en las continuidades.

## POST CONTACTO EUROPEO

Hemos visto como la arqueología ha hecho un trabajo importante respecto a estas poblaciones, infiriendo y rearmando las formas que dieron a su existencia. Sin embargo, para generar un panorama diacrónico, que es el objetivo de este capítulo, es necesario examinar lo que la etnohistoria, la historia y la antropología nos pueden mostrar. En este sentido, en general los documentos más antiguos, mayoritariamente de cronistas, viajeros o funcionarios coloniales, nos muestran una visión bastante uniforme de estos grupos, las cuales describen vidas muy precarias, casi comparables a animales, haciendo hincapié sólo en algunas características de sus modos de subsistencia. Esta situación se ve además incrementada, debido a las condiciones “marginales” de estos territorios en la colonia, lo que aumentaba los prejuicios y las distinciones arbitrarias.

Actualmente esas poblaciones, que dejaron de existir como fueron descritas, se les llaman Changos, que fue la denominación que se mantuvo luego del proceso que se dio durante la colonia y que incluyó tres etnónimos más; Uros, Camanchacas y Pro-anches. Los investigadores e investigadoras que han estudiado el tema, no han logrado dilucidar el por qué de esas variaciones, ni han podido determinar lo que cada denominación representaba, pero se especula que podían hacer referencia a categorías religiosas, sociales o de especializaciones productivas y no necesariamente a identidades étnicas, como si ocurría con otros pueblos de la región (Bittmann 1984; Castro 2001; Martínez 1990; Murra 1964).

La complejidad aumenta cuando se sabe por documentos de la época, principalmente religiosos, que convivían en esa zona personas que eran identificadas por las distintas denominaciones, encontrándose por ejemplo matrimonios entre camanchacas y proanches, lo que explicita la duda acerca de la pertenencia de los distintos etnónimos a un sólo grupo étnico, y destaca las posibilidades de que por un lado, se estén reconociendo categorías de distintos ámbitos, o expresando las confusiones e ignorancias de parte de los colonizadores, que en su afán por dominarlo todo legitimaban la autoridad de adjudicar nombres unilateralmente; sin desconocer que en algún momento pudieron las mismas

personas reconocerse con alguna de esas denominaciones, cuestión que no aparece en los documentos.



*Ilustraciones de Changos en balsas de cuero de lobo*



## **La zona**

El territorio en el que se encontraban las poblaciones reconocidas como Changos, era la “franja del Pacífico entre quizás los 17° Lat. S. (sur del Perú) y los 30° Lat. S. (Tongoy en la costa chilena)” (Bittmann 1984: 111). Sin embargo, quisiera particularizar el sector en el que estamos desarrollando la investigación, de acuerdo a sus delimitaciones coloniales administrativas y a sus características ambientales. Victoria Castro (1997), nos indica que el territorio que hoy pertenece a la Provincia del Loa, durante la Colonia se llamó Atacama, territorio que a su vez fue parte de la Audiencia de Charcas que en 1560 se creó por necesidades administrativas. Ésta Audiencia tenía como sede la ciudad de La Plata o Chuquisaca, cercana a Potosí.

*De acuerdo a las delimitaciones administrativas coloniales, el Corregimiento de Atacama quedó comprendido dentro de la Audiencia de Charcas, con sede en la ciudad de La Plata hasta 1776, fecha en que pasa a formar parte del virreinato de Buenos Aires y a depender directamente de la Intendencia de Potosí. Internamente, el Partido de Atacama fue dividido en Atacama La Alta y Atacama la Baja. La primera tenía como cabecera y doctrina a San Pedro de Atacama y sus ayllus [...] Atacama La Baja comprendía los pueblos de Chiuchiu –como cabeza y doctrina- Ayquina, Caspana, Calama, el asiento de Conchi y localidades de estancias en los pisos altos a partir de los 3000m de altitud. En su jurisdicción, quedaba incluida la ensenada de Cobija en la costa. (Castro, 1997: 58)*

Además, Victoria Castro nos indica que desde 1534 ésta era una zona considerada de paso hacia el sur, en la cual se sabía habitaba una población hostil a los colonos, llegando la paz jurídica recién en 1560. En general, esta zona era concebida por los españoles como aislada y muy difícil de habitar debido a sus características, con elevadas cumbres nevadas por un lado y con planicies donde sólo se veían salitrales. Sin embargo, sabemos que ahí vivían personas desde hace mucho tiempo y que habían desarrollado

culturas en base a óptimos niveles de adaptación. La visión inhóspita de los españoles, era más bien muestra del conocimiento insuficiente de la zona y sus habitantes, y de la tendencia generalizada a homogeneizar según concepciones previas. Martínez lo expresa así,

*...esos espacios aparecen ante la concepción y la imaginación de cualquier español de la época que oyera hablar de ellos, como uno de los paradigmas de los mundos no poblados. De aquellos espacios que en el universo cultural y en las etnocategorías de la España de los siglos XV y XVI eran, precisamente, los no aptos para los hombres. (Martínez, 1998:45)*

Situación que evidentemente tenía consecuencias en las nociones acerca de los pueblos que habitaban la región, principalmente sobre el grupo humano costero y sus particularidades, que tanto más aislados y “salvajes” aparecían en las categorías europeas.

Hay que recordar también, en contraposición a la idea del desamparo, que esta región fue abordada por sociedades expansionistas como Tiwanaku o Inka, que interaccionaron con los distintos pueblos que ahí vivían, generando un intercambio de productos que fue pilar de la ecocomplementariedad, para Murra (1975) un antiquísimo patrón andino que llamó “el control vertical de un máximo de pisos ecológicos”. Es más, como plantea Murra, esta complementariedad ecológica es muy temprana, pues ya se realizaba durante el período Arcaico, vinculando a cazadores recolectores de altura con la obtención de productos marinos. Fenómeno que numerosos datos arqueológicos confirman, como por ejemplo la exhumación hecha por Grete Mostny (1952) de unas sardinas secas en un contexto funerario tardío de Chiuchiu.

Hago estas referencias al intercambio y a la complementariedad de la región y sus poblaciones, para insistir en la concepción simplista de los europeos, pues tiendo a pensar

que esa misma disposición influyó en la manera en que se determinaron los nombres de los pueblos de la costa.

### *Distintos nombres para distinta gente*

Como indicaba, los pueblos de la costa del Pacífico desde el sur de Perú hasta Tongoy, fueron nombrados de cuatro maneras diferentes. Camanchacas, Changos, Uros y Proanches. Aún no se tiene certeza de las posibles distinciones a las que hacían referencias estos nombres, pero si se han planteado algunas hipótesis interesantes a raíz de los documentos consultados y de las asociaciones que han hecho los investigadores.

Quizás lo primero que habría que decir y repetir, es que los conquistadores y cronistas metieron a todos los grupos costeros en una misma categoría (con distintos etnónimos, según quién los nombraba), o para decirlo de otra forma, igualaron a esas poblaciones hasta convertirlas en un “tipo” que se podía observar a lo largo de todo ese territorio. En este sentido, es sugerente para comprender las designaciones de los europeos, pensar en las condiciones que rodean la sobrevivencia en la orilla del mar, ya que establece algunas características de adaptación bastante particulares. Sólo como ejemplo podemos pensar en las balsas de cueros de lobos, rasgo llamativo y determinante para las observaciones europeas, o en la precariedad material que permite el océano, es decir, las pocas vestimentas, las viviendas ligeras y por sobre todo la posibilidad abundante de la recolección, “de cosechar”, sin necesidad de plantar. Obviamente esto no justifica las concepciones europeas, pero si nos da una herramienta para comprender sus razonamientos, sobre todo si pensamos en lo que dice Thérèse Bouysse- Cassagne acerca de los criterios de clasificación de los españoles,

*Hay que insistir, desde nuestro punto de vista, sobre el hecho de que durante esta primera etapa de la implantación española el más importante criterio de clasificación de los individuos es la pertenencia a la clase rica o pobre, y no un criterio de clasificación étnico –aunque sí, éste, puede ser eventualmente un indicio de poder económico-. (Bouysse-Cassagne 1975:328)*

Algunos de los adjetivos que aparecen en distintos textos y con los cuales se refieren a estos habitantes eran, “gente bruta”, “bárbaros”, “miserables” (Bittmann 1979; Castro 2001). Como el relato que hace el corsario Sir Richard Hawkins de su viaje por las costas de Chile, donde comenta “...estos eran nativos de Mormoreno, y los más brutos que hasta ahora había visto; y excepto que tenían forma humana y lenguaje, parecían estar exentos de aquello que pertenece a los hombres” (Bittmann 1984: 106). También llamó la atención de los europeos su movilidad a lo largo de la costa y junto a esto las balsas de lobos, que aparecen en la mayor parte de los relatos acerca de estos pueblos, así como también la dependencia que tenían de ése animal, ya que de él utilizaban todo lo que podían, cueros, tendones, sangre y huesos.

Bittman (1984) plantea que la mayoría de las fuentes coloniales se refieren a estos indígenas como pescadores de la costa simplemente, sin darle un nombre en particular, apareciendo los cuatro nombres ya expuestos sólo en algunos documentos de la época y más tardíamente. Esto permite sugerir que las asignaciones de etnónimos estuvieron sujetas a la presencia de algún personaje con conocimientos empíricos pero especulativos y del poder que tenía para “bautizar” a los habitantes sin necesidad de certezas.

Uno de los primeros trabajos hechos acerca de los pueblos que habitaron estas costas, es el de Ricardo Latchman (1910), “Los Changos. De la costa de Chile”. En él se hace una clasificación antropológica, principalmente física, de los distintos grupos que existieron, basada en mediciones de los cuerpos encontrados, la distribución espacial y las formas de sepultura. Dice que la denominación Chango parece ser de uso relativamente “moderno”, pone 1788 como fecha de la primera aparición del término, en la “Descripción Jeográfico Histórico del Reino de Chile”, de Vicente Carvallo i Goyeneche. Sus estudios le hicieron concluir que las consideraciones de los pocos autores que hasta ese momento habían trabajado el tema, que incluían a todos los grupos humanos en una misma entidad étnica, no eran correctas. Escribe,

*...en esto existe un grave error; i que los habitantes de la zona en cuestión, antiguos i modernos, han pertenecido a varias razas, cuyas costumbres, grado de cultura i aptitudes han sido mui parecidas, siendo por el contrario mui diversos sus caracteres físico. (Latchman 1910: 5-6)*

Concluyendo que el término Chango finalmente no sería más que “...un término genérico con el significado de pescador, o bien de indio de la costa o costino” (Latchman 1910: 6). Anticipándose a otros investigadores, que años después también la consideraron una posibilidad bastante cierta (Castro 2001; Martínez 1990; Murra 1964).

Latchman, luego de los análisis físicos de los cuerpos encontrados, establece 6 tipos: 1) Paleoamericano; 2) hiperbraquicéfalo; 3) los changos de Coquimbo i Atacama; 4) los changos del norte (Atacama i Antofagasta); 5) los Aimarás y 6) los uros. Demostrando distintos orígenes para estos habitantes. Sin embargo, hay que considerar que este investigador no contaba con todas las herramientas y los conocimientos para hacer sus investigaciones más precisas, por lo que sus conclusiones vistas ahora no son siempre correctas. De todas formas es significativa la propuesta acerca de la denominación Chango y de los distintos orígenes de los habitantes costinos del norte de nuestro país, pues son ideas que tiene una correlación con las investigaciones posteriores que ya hemos expuesto, sobre todo las arqueológicas, que establecen con mayor claridad la existencia de más de un grupo habitando la costa.

Finalmente, quisiera plantear otra idea que puede aportar a la discusión de la etnonimia, pero tratando de acercarme a la posición (hipotética) de los habitantes de la costa, a diferencia de la mayoría de las reflexiones que se han hecho a partir de la postura de los europeos. Básicamente, la propuesta es que los litoraleños hayan tenido una doble adscripción identitaria. Una particular, y más “íntima”, respecto a una categoría grupal pequeña, como una banda o una familia extendida; y otra adscripción más general fundada en los modos de subsistencia, que a su vez podía aglutinar a los distintos grupos. Estas adscripciones habrían funcionado de manera complementaria, permitiendo a los individuos

identificarse en los dos niveles, pues uno siempre incluiría al otro, situación que habría facilitado los llamados de autoridad coloniales a partir de observaciones inexactas.

Para argumentar esto, quisiera volver a los datos arqueológicos y hacer hincapié en la compenetración de estas poblaciones con la adaptación tecnológica, que les permitió llevar por siglos un modo de vida muy preciso y sencillo. Esto especialmente en la zona de arreísmo absoluto, donde se configura con ciertas particularidades que avalarían la propuesta, debido a dos factores que expone y desarrolla Llagostera (1982). Uno tiene que ver con el sistema de producción y las relaciones inherentes al sistema. Situación que se comprende mejor al compararlo con la producción agrícola (a la que los habitantes de la costa de valles y quebradas si tuvieron acceso), ya que ésta se fundamenta en la propiedad de la tierra que conlleva un mayor control socio político, lo que a su vez necesita de una complejidad social mayor. De esta forma, al ser el mar un ambiente de alta productividad natural no hay propiedad, por consiguiente no se genera una mayor complejidad social pues no hay necesidad de controles sociopolíticos sobre la producción. A este sistema sociopolítico débil, como lo llama Llagostera, se le agrega otro factor determinante, que es el escaso número y con escuálido flujo, de las aguadas. Esto implicó que no se hayan podido establecer grandes grupos humanos, sino que hayan tenido que moverse en pequeños grupos de no más de 5 o 15 familias.

Tenemos entonces, que por un lado el propio sistema productivo impedía una complejidad sociocultural mayor, que generara un grupo humano relativamente homogéneo, al compartir características más allá del modo de subsistencia (éste último, factor que establecería una identidad genérica); y por el otro, la necesidad de existir en pequeños grupos con los cuales seguramente se reproducían los procesos de identificación más exclusivos. Por lo tanto en este contexto, se puede suponer, que los habitantes de la costa no tenían necesidad de rechazar una adscripción identitaria que se fijaba (para los extranjeros, únicamente) en sus modos de subsistencia, pues era cierta, lo que simultáneamente tampoco negaba una identidad más específica, que los hacía parte de un grupo determinado.

Es pertinente también para argumentar esta idea, referirme a las propuestas de Fredrik Barth (1976 [1969]), en cuanto a la importancia que se les atribuye a los grupos étnicos como portadores de cultura, *“lo que propendería a identificar y distinguir a los grupos étnicos por las características morfológicas de las culturas de que son portadores”* (Barth 1976: 12). Rasgos que el autor propone que sean considerados más como una implicancia o resultado, que como una característica primaria y definitiva de la organización del grupo; ya que si no es así, se corre el riesgo de clasificar a los individuos como miembro de un grupo étnico, dependiendo del nivel en que muestren aspectos particulares de esa cultura, convirtiendo las diferencias entre grupos en simples distinciones de un inventario de rasgos, dejando de lado lo fundamental para una adscripción étnica que son las categorías y prejuicios de los actores. Esto se adecua bastante bien a lo que planteaba sobre las designaciones étnicas, a partir de los modos de subsistencia costeros (características morfológicas de la cultura), y al no reconocimiento de ese otro nivel de adscripción más “íntimo” de los litoraleños, que tendría más relación con las categorías y prejuicios de los actores. Sin embargo, esta propuesta asume que en el caso de los habitantes de la costa, se generaba una adscripción identitaria general con los modos de subsistencia, pues en las sociedades costeras éstos tenían una valoración esencial para la vida de los sujetos, lo que abre la posibilidad de la doble adscripción. En este sentido la definición del autor *“Una adscripción categorial es una adscripción étnica cuando clasifica a una persona de acuerdo con su identidad básica y más general, supuestamente determinada por su origen y su formación”* (Barth 1976: 15), permite para la costa, vincular varios aspectos de la formación de una persona a los modos de subsistencia, lo que deja intacta la determinación a partir del origen (bandas o familias extendidas) que sería la adscripción identitaria particular.

Siguiendo a Barth (1976), tenemos entonces que son los límites étnicos los que definen al grupo y no los rasgos culturales evidentes que portan. Lo que convertiría a los otros en extraños y en miembros de otro grupo étnico, son las limitaciones para entenderse mutuamente, es decir, las diferencias de criterio de juicios de valor y de conducta. Lo que aplicado a la idea planteada, supone que esos límites entre etnias costeras hayan quedado fuera del alcance de los europeos, no únicamente porque veían sólo “brutos pescadores”,



sino porque las interacciones entre los litoraleños debieron formar parte de una dinámica interna.

Una última idea de este autor ayuda a solventar la propuesta, y tiene que ver con la interacción entre los grupos. Para Barth, cuando interactúan personas de distintas etnias las diferencias deberían reducirse, ya que la interacción requiere y genera una congruencia de códigos y valores, es decir una similitud o comunidad de cultura. Se crea por tanto, una estructura de interacción que a su vez permite la continuidad de las diferencias culturales. Lo que seguramente para los grupos de la costa se generaba en los contextos de subsistencia marítima, a los cuales sólo ellos habrían tenido acceso.

## ***Designaciones confusas***

### ***Uros (o Urus)***

La denominación Uro vendría a relacionar a las poblaciones de la costa del Pacífico con los indios Uros del altiplano. Pescadores que vivían en lo que se ha denominado el eje acuático, desde el lago Titicaca hasta el lago Coipasa. Éstos subsistían sólo de la pesca, la recolección y la caza y eran considerados por los aymaras seres inferiores; de hecho el término Uru es un término que para ellos insulta. En cambio para los Urus, la palabra que los autodetermina es *kot 'suns*, es decir “hombres del lago” (Wachtel 2001 [1990]). Estas dos acepciones para un mismo grupo humano, una de los propios urus y otra para los aymaras y luego para españoles, que señala inferioridad, desprecio por sujetos que llevan una forma de vida considerada salvaje, para este autor son “...*definiciones complementarias más que contradictorias; estamos sin duda en presencia de uno de esos casos complejos en los que se entremezclan pertenencia étnica, especialización económica (en función del medio lacustre) y estratificación social.*” (Wachtel 2001: 336)

En ese mismo libro sobre los indios urus de Bolivia, Wachtel trata el tema de la denominación Uro en la costa del Pacífico, que en principio llama la atención por lo distante al eje acuático del altiplano. Indica que esta es una problemática que se viene arrastrando desde principios del siglo XX, con los estudios hechos por autores como Latchman, Rivet, Boman, Uhle o Cúneo Vidal, investigaciones que a pesar de la caducidad actual de sus propuestas, mantienen vivas las interrogantes sobre la identidad de esos grupos humanos. Debate que sigue en pie para Wachtel, debido a que se refieren prácticamente a un solo documento del siglo XVI, que es la relación escrita en 1581 por Juan Lozano Machuca quien describe las provincias de Lipes, Tarapacá y Atacama, y que al no existir otras fuentes para verificar su información, dificultan la interpretación de algunos datos. De todas formas del documento se extrae que,

*”en la bahía de Atacama donde se encuentra el puerto (tal vez Cobija), hay 400 indios pescadores urus, que no son bautizados ni reducidos ni sirven a nadie, aunque abastecen con pescado a los caciques de Atacama en señal de reconocimiento. Son gente muy grosera, que ni siembra ni cosecha nada, y sólo subsiste de pescado”* (Wachtel 2001: 569-571)

El problema que aún no ha sido resuelto según el autor, surge del hecho que no aparece el término uru en otro documento del siglo XVI referente a esa zona; sin embargo, Bittman (1984) nos da otro dato, que sin ser determinante, muestra una referencia a urus en un documento del Archivo General de Indias de Sevilla, citado por Cúneo Vidal, en el que refiriéndose a un traspaso de encomienda en 1550, se menciona a Choquechambi “cacique de los urus sujetos y de los pescadores camanchacos que están en la costa” (Bittman 1984: 108). Es curioso que Wachtel se refiera a esos mismos títulos de encomienda de Lucas Martínez Vegaso, pero sin hacer mención a urus, sino que simplemente a pescadores de la costa, quizás considere el atributo de “cacique de los urus sujetos” de Choquechambi como independiente a la relación con los “pescadores camanchacos”. Pero en definitiva, la reflexión más significativa de Wachtel sobre estos documentos, gira en torno al buen conocimiento que tenía Lozano Machuca de los indígenas de las tierras altas y cómo basándose en él, seguramente hizo extensiva la denominación Uro a los pescadores de la costa del pacífico, asociando directamente (y superficialmente) las condiciones de vida de ambos grupos. Pescadores, cazadores, recolectores, “indios inferiores”.

Hay otro dato interesante que da Wachtel y es el referido a que la vertiente del Pacífico había recibido a muchos grupos de mitamas (mitimaes) de diversos señoríos de las tierras altas, los cuales se encargaban del abastecimiento de algunos vegetales y de productos marinos. Dentro de esos enviados por los curacas de “arriba”, situación que se remonta al parecer a tiempos preincaicos, podrían figurar urus. Este dato se puede reforzar o asociar, a otro que da Latcham en su clasificación del tipo Uro, que indica que “*En estatura, forma de cráneo, i grado de cultura coinciden los restos hallados en varios puntos de las costas de Tarapacá i Tacna con los de los Uros del lago Titicaca.*”

(Latchman 1910: 35-36). Lo que mantendría la posibilidad de que efectivamente grupos uros se hayan establecido en las costas del Pacífico, avalando la aparición del etnónimo.

### ***Pro-anches***

Bente Bittman (1984) nos indica que la denominación pro-anche, aparece entre 1646 y 1662, en algunas de las inscripciones del “Libro de varias ojas: 1611-1698” de la parroquia de Chiuchiu, editado por J. M. Casassas. Ahí se hace mención con este nombre a personas naturales de Cobija, Morro Moreno, Copiapó y Puerto Loa, en informaciones respecto de bautismos, matrimonios y defunciones. Particularmente, Bittman hace mención de matrimonios entre personas calificadas como camanchacas y pro-anches respectivamente, lo que estaría indicando la convivencia de dos grupos distintos. En opinión de Casassas, según Bittman, el término pro-anche

*...representaría la transformación por parte del sacerdote firmante de la palabra quechua promauca (o una de sus variantes) con el sentido original de “salvajes”, “indios de guerra”, “indios no sometidos” o “rústicos” y que fue aplicado en el caso bajo estudio a indígenas que no vivían de la manera considerada “normal”. (Bittman 1984: 110)*

Para Victoria Castro (2001), si bien es ésta una especulación interesante, aplicada tal vez a camanchacas no sometidos, la argumentación es débil aunque sugerente. Como no hay más datos sobre esta denominación, sigue siendo lo más interesante la inscripción hecha en el Libro de varias Ojas del matrimonio entre personas de grupos diferentes, pro-anches y camanchacas. Lo que quizás este indicando la existencia a una adscripción identitaria más específica, como proponíamos anteriormente, que en una situación más institucionalizada como un matrimonio sean reconocidas y comunicadas por los propios sujetos. Así como también, se podría especular que esos nombres no necesariamente tienen

que indicar diferencias étnicas, sino que como han sugerido algunos autores (Martínez 1990; Murra 1964), podrían estar representando otras diferencias, como las referidas a especializaciones productivas. Supuesto que se puede apoyar en una cita sobre las observaciones hechas por Bibar en 1558 “...*los que matan lobos no matan otros peces como habemos dicho y los que matan toninas es en ejercicio. Así que cada género de pescador mata el género de pescado a que se aficiona y no otro.*” (Castro 1997: 71).

### **Changos**

Este término es el que ha sobrevivido para denominar a las poblaciones de la costa septentrional de Chile. Se supone que es un término aplicado desde aproximadamente la mitad del siglo XVII, a todos los grupos cazadores recolectores de la costa del Pacífico, entre el sur de Perú y Tongoy. Respecto a la distribución de los changos hay una referencia, “*indios camanchacas y chiangos, pescadores y no pescadores, que de mi encomienda estuvieran en Cobija y costa de Atacama.*” (Bittman 1984: 111). Sacada de un documento otorgado en la ciudad de La Serena en 1659 y que se refiere a la encomienda de Fernando de Aguirre Riberos, que incluía la costa entre Copiapó y Mejillones, desde donde esos indígenas habían huido. Posteriormente, Victoria Castro expone en una de sus investigaciones, parte de un documento de Francisco Otal fechado en 1644, donde ya se hablaba de chiangos, “*enseñando e industriando a los indios de este su beneficio de atacama la baja y camanchacas y chiangos avitadores en estos puertos de mar*” (Castro 1997: 72).

Sin embargo, el término comienza a aparecer en letra impresa en la segunda mitad del siglo XVIII, con referencia específica al litoral de las “provincias” de Copiapó y Coquimbo. Después de aquello, Bittman (1984) escribe que el término se vuelve relativamente común, incluso abarcando a los pescadores que vivían al sur del Loa. Advierte también, que no tiene conocimientos de poblaciones designadas Changos en la costa sur del Perú en la época colonial.

Para Latcham (1910), los changos se ubicaban en el territorio entre el río Loa por el norte y el Choapa por el sur y los dividía en dos grupos, los changos de Coquimbo i Atacama y los del norte (Atacama i Antofagasta). Para este autor, ocurrió que los changos del sur, así como los de más al norte, emigraron a la región costera del desierto de Atacama ya que ahí podían vivir casi en absoluta libertad, debido a que fue una zona poco dominada por los conquistadores, así como también luego de la independencia fue por muchos años “tierra incógnita”. Bird concluyó que eran un grupo étnico independiente, y que su cultura (Chango culture) por lo menos de Paposo al sur, habría sido “*a blend of elements drawn from the various cultural divisions in evidence at Arica and Punta Pichalo*” (Bird 1946: 597). Cuestión que para Willey, citado por Bittman (1984), no es así, sino que corresponderían a los descendientes empobrecidos de los atacameños, idea que vuelve a proponer una denominación basada en estratificaciones sociales. Situación que en parte aprueba Villalobos, señalando que “*los llamados indios changos serían simplemente agrupaciones costeras de los indios del interior o aborígenes lugareños subordinados y mezclados con ellos*” (Bittman 1984: 112-113).

Finalmente Bittman nos dice que las denominaciones camanchacas y pro-anches, junto a uros, desaparecieron hacia finales del siglo XVII y que gradualmente la de Chango se generaliza y aparentemente, reemplaza a los otros hasta hoy, en que todavía se les dice Changos a los pescadores y orilleros de la costa norte de Chile, así como también en el sur de Perú; aunque la autora no tiene información sobre la antigüedad del término en esas costas.

### ***Camanchacas***

La reseña más antigua que se conoce para esta denominación, aparece en un relato hecho por españoles sobre la expedición que hizo Francis Drake a la actual región de Antofagasta. El informe es de 1579 y comenta cómo los piratas ingleses encontraron en una isleta a cuatro indios Camanchacas; también en el siglo XVI, fray Reginaldo de Lizárraga informa que los Camanchacas habitaban entre el Loa y Copiapó. Para el siglo XVII se

encuentran las referencias que veíamos en el Libro de Varias Ojas, ahí se usa para denominar a personas de Cobija y Tocopilla.

Hay una reflexión bien interesante que entrega Bittman (1984), y es que no se conoce la forma en que se transmite la denominación, ni para los camanchacas, ni las otras denominaciones; no se sabe si es a través de la madre, del padre, o de ambos. En las inscripciones de matrimonio aparecen anotados sólo uno de los contrayentes, ambos, o a veces a los hijos y no a los padres, o a los padres, sin que se le asigne a los hijos. En esto nuevamente ronda la idea de que las designaciones étnicas en realidad estarían sujetas a la evaluación y asignación por parte de quien escribía los documentos, y no necesariamente por las identidades propias de los indígenas. Podríamos especular por ejemplo, que en el caso en que se les asignaba un etnónimo a los padres y no a los hijos, era para “cristianizar” a esos niños y que dejaran de ser “salvajes”. O al contrario, en el caso en que los hijos aparecían bajo una denominación étnica, a diferencia de los padres, podría ser para subrayar que aún no estaban bautizados y que en algún momento deberían estarlo.

Existe además una vinculación supuesta entre la palabra camanchaca y changos. Ésta estaría dada primeramente por la derivación de camanchaca a camanchaco, presentada por Cúneo Vidal, quien indica que en lo sucesivo de camanchacos se pasó a camanchangos y de ahí a changos, que fue el nombre que quedó y con el cual se denominó a todas esas poblaciones (Bittman 1984; Castro 2001). Bittman también nos indica que hay datos avalando que la denominación camanchacas se habría aplicado, o por lo menos estado presente, en la costa del sur de Perú. Esta referencia, aunque pequeña, aparece en un documento que está en el Museo Británico, Londres, donde aparece un relato proporcionado al Capitán Francisco de Cadres por un indio nombrado Chepo, de unos 115 o 120 años de edad, quien le comenta acerca de otro indígena llamado D. Sebastián Camanchac que se encontraba en unas islas en el sur de Perú con otros indios y que hablaban la lengua de este D. Sebastián. Dato bastante importante, ya que indicaría que los Camanchacas estaban en esa zona en condición de extranjeros o que por lo menos se distinguían como grupo lingüístico. La autora concluye,

*...parece que los camanchacas se dedicaron prioritariamente a la explotación de los recursos del mar y que se desplazaron a lo largo de la costa aunque su punto de origen es, por el momento, desconocido. Es posible naturalmente, tal como lo siguiere Lizárraga, el documento referido a la Serena, y Cúneo-Vidal, que los camanchacas conocidos en la Colonia, representen grupos huidos a las caletas aisladas, quizás, por motivos de las exigencias de los españoles. (Bittman 1984: 128).*



## Cierre

Hay un par de cosas de este capítulo que me gustaría destacar. Primero, como la mayor cantidad de textos que hacen referencia a los habitantes de la costa, principalmente escritos por viajeros, colonos, comerciantes o expedicionarios, tienden a homogeneizar a las poblaciones. La actitud colonialista y etnocentrista, no permitió distinguir características particulares; y si en algún momento (paradójicamente), se hicieron distinciones, fue respecto a etnónimos utilizados para distinguir individuos, pero que no hacen alusión a un origen claro, dejando la posible heterogeneidad de los costeños bajo muchas dudas. En este sentido, las investigaciones arqueológicas se contraponen, ya que desde sus posibilidades intentan distinguir grupos a partir de los vestigios encontrados en los diferentes sitios, a pesar de que muchos de los artefactos sean similares o derechamente iguales.

Lo otro, que se desprende de esto último, es recalcar que una investigación como la que se desarrolla aquí, no apunta a desentrañar los orígenes perdidos de una etnia en particular, lo que no implica que no se trate el tema y sus limitantes, sino que aspira a describir la continuidad de un modo de vida milenario, en parte de la existencia de un sujeto actual, a quien, tal vez irónicamente, tampoco podremos encasillar en una etnia determinada.

## ORILLERO EN COBIJA

Este capítulo muestra las reflexiones y resultados a partir del trabajo etnográfico. Hasta el momento hemos realizado tres terrenos en Cobija, lugar que es y seguirá siendo nuestro asentamiento base. El primero comenzó el día 3 de agosto de 2005 y finalizó el 10 del mismo mes. El segundo fue entre el 11 y el 20 de octubre, de ese mismo año. Y el tercero, desde el 22 al 28 de octubre de 2006.

### *Descripción del entorno*

En Cobija la señora Fresia, profesora en Tocopilla, generosamente nos arrienda su casa de veraneo. Es una casa sencilla de madera, con tres piezas, sin agua y sin luz. Está a pocos metros del mar, en la primera terraza, lo que facilita la búsqueda de agua con baldes, necesaria para el baño y los lavados de loza. Desde el segundo terreno, el proyecto adquirió un generador de electricidad, que nos permitió tener luz y energía para cargar teléfonos, pilas o encender computadores. La casa está ubicada en el sector norte de Cobija, a unas tres cuadras de la caleta y de la mayoría de las casas de los lugareños. Está junto al camino antiguo, que fue parte de la carretera hasta el año sesenta y entre lo que queda de algunos murallones de adobe de las construcciones antiguas. Cruzando el camino frente a la casa, en unas pequeñas cuevas que hay en el murallón de la terraza que sigue, se encuentra la aguada de Cobija. Descrita en varios de los documentos consultados, aún tiene agua pero está llena de basura y nadie la utiliza. La vida que ahora genera, se asoma en forma de cañas y en pájaros que llegan a tomar agua y vuelan rápido.

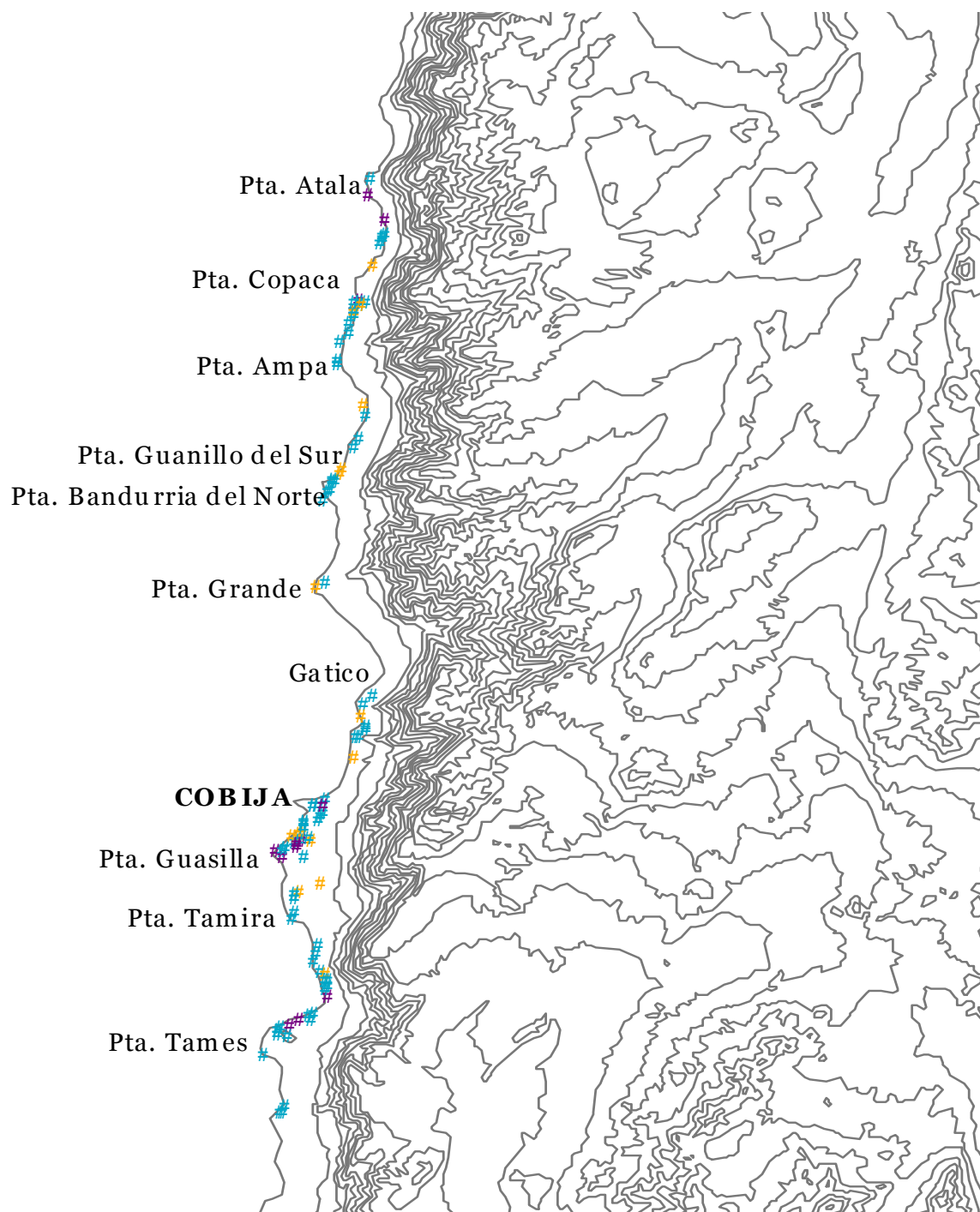
En la terraza de más arriba, hay dos grandes casas de veraneo que contrastan fuertemente con el paisaje y con las construcciones ligeras de los buzos y las ruinas. Una es amarilla y la otra azul. Según nuestros entrevistados sus dueños son una jueza y un médico de Tocopilla. Nunca las hemos visto ocupadas, pero de la azul una vez salía música clásica, produciendo una sensación bien particular cuando pasabas cerca y se mezclaba con el

sonido del camino de tierra y el ruido del mar. Al lado de la casa amarilla está el sitio que desde el tercer terreno los arqueólogos y arqueólogas están excavando.

Desde nuestra temporal casa se ve la bahía principal, donde flotan los botes de los pescadores y buzos. La Punta Castilla, que delimita a caleta Cobija por el sur, es la extensión de tierra y rocas que la forman y protege. Al inicio de la punta hay unas construcciones más recientes abandonadas y saqueadas, que eran propiedad de una familia reconocida de Tocopilla, los Mandacovic. En la playa de la bahía está el antiguo muelle del puerto Cobija, del que sólo quedan en pie algunos fierros oxidados y vigas de madera, que ahora sirven para colgar los pescados que traen después de la faena diaria. Frente a la playa de la bahía, donde llegan los botes, está el sindicato de buzos y pescadores. Es una construcción antigua que les fue cedida por la Gobernación Marítima y que originalmente, se cuenta, era parte de la aduana existente en el puerto. Ahora sus maderas están rotas, el techo a medias y en la pieza más grande hay unas bancas y una pizarra donde se deben hacer las reuniones sindicales. Al sur de Punta Castilla siguen varias playas, pero no hay construcciones, quedan los rastros de un par de casas abandonadas, cercanas a la aguada de ese sector. Hacia allá se va a orillar preferentemente, pues son varios los buenos lugares antes de llegar a la última playa accesible, la del Mulato.

Un poco más al norte de nuestra casa también hay otra bahía. Un poco más abierta y donde no hay construcciones. Ahí van buzos a resuello a mariscar, la mayoría son de Tocopilla y van en camioneta de a tres o cuatro, seguramente porque es más rocosa y calma y porque también está más lejos del territorio de los cobijanos. Después de esa bahía hay unas playas estrechas y acantilados. Se podría decir que ahí termina Cobija.

*Mapa del área de trabajo perteneciente al proyecto fondecyt n° 1050991 “El desierto costero y sus vinculaciones con las tierras altas. De Cobija a Calama”*



## Don Manuel Olivares Mercado

### *Cómo lo conocimos*

Ya instalados, al día siguiente de haber llegado por primera vez a Cobija, Vicky nos indicó a Marcela Romo y a mí, que somos los antropólogos del proyecto, que nuestra tarea ese día era mostrarnos. Si bien en otros estudios etnográficos en que había participado, el mostrarse era parte conciente de la situación, nunca me lo había planteado como un ejercicio en sí. Recibir la indicación me sorprendió, pero luego entendí que permitía que el proceso de incorporación al cotidiano de los lugareños, estuviera mediado por la visión de ellos sobre nosotros, antes de que nos acercáramos a preguntar. Me quedé con la idea de que eso equilibraba las relaciones. Por su parte, los arqueólogos y arqueólogas se iban a recorrer las cercanías de Cobija hacia el norte, a visitar a la señora Fresia a Tocopilla y a recorrer algunos senderos hacia el interior. Los más jóvenes iban a la costa.

Comenzamos a deambular. Llegando a la caleta, de una de las pequeñas casas, que son básicamente piezas de tabiques de madera, apareció un hombre pequeño que nos saludó amistosamente y nos invitó a acercarnos. Llevaba puesto un gorro de lana, ropa de algodón sencilla y tenía una barba canosa de pocos días. Nos acercamos. Estaba con una mujer que hojeaba un diario sentada junto a una mesa de comedor.



El comedor era casi al aire libre, con un techo que cubría del sol, aunque en ese momento estaba nublado, y con dos separaciones que hacían de murallas. Una de ellas era un mueble de living, en el costado sur, de esos de madera con repisas y cajones. Sobre él había algunas fotos, un reloj y una radio que funcionaba conectada a una batería de auto. Hacia el oeste hay un tabique de madera, donde hay pegadas fotos de mujeres que salen en la televisión posando en traje de baño, junto a una bandera de

Cobreloa, unos dibujos de Jesús, la Virgen María y un calendario del año. Frente al tabique hay otra pieza pero con puerta, que nos damos cuenta que es la cocina. El señor nos saluda y se presenta, se llama Manuel Olivares Mercado y rápidamente nos cuenta que vive en Cobija desde 1977. Era muy amable y se veía dispuesto a compartir. Según lo que nos habló, me dio la impresión de que estaba enterado de quienes éramos, o por lo menos tenía una idea sobre lo que andábamos haciendo (en un lugar pequeño, la voz corre rápido). Sobre todo, cuando casi espontáneamente nos contó que él había conocido a Bente Bittmann, que siempre andaba con un perrito y que la Gobernación Marítima le prestaba la casa que ahora es el sindicato, para que se quedara. Otro relato que contó y me hizo pensar que sabía bien cuál era nuestro interés, es que un día haciendo el hoyo para su baño, de repente sintió que topaba algo duro con la pala, entonces se dio cuenta de que eran los restos de un indio, que desenterró junto a unas vasijas. Eran unos cántaros negros y grandes y otros más chicos. Dijo que los restos los había metido en una caja y los había enterrado un poco más lejos, pero que ya no recordaba bien dónde. Las vasijas las había regalado.

La mujer escuchó un momento la conversación y después se despidió. Don Manuel nos ofreció pescado, unos que tenía colgando y que le habían regalado sus amigos buzos. Uno bien feo que se llama Peje Perro, un Chalaco y un Apaño. Agarró el Peje Perro y lo faenó para que lo lleváramos. También el Apaño. Nos estaba contando que



también salían en la pesca Congrio Colorado y Negro, Rollizo y Lengüado, cuando de repente apareció otra persona. El Tumba, un buzo crespito y con tatuajes, que medio indolente nos saludó con un movimiento de cabeza. Él había sido la primera persona con que hablamos el día que llegamos a Cobija, aparentaba la misma indiferencia. Se sentó y se quedó hojeando el diario y escuchando lo que hablábamos. Mientras pelaba y fileteaba los pescados, don Manuel nos cuenta que los Pinto son los más antiguos que hay en Cobija, los padres de ellos por lo menos. El padre trabajaba en una mina frente a Cobija, y al igual que

muchos, también había trabajado en el mar, situación que es bastante común en estas costas. Don Manuel también lo había hecho. Nos contó que él se dedicaba a orillar; es decir, a mariscar, recolectar huiros y pulpear por la orilla. Ése era su trabajo desde que llegó a Cobija, trabajo que había aprendido desde muy chico, porque él era de la zona. Sus padres eran de Gatico y él había vivido ahí y en Tocopilla, lugares donde había aprendido a orillar. Al saber de su oficio o modo de subsistencia, inmediatamente lo asocié a los objetivos de mi investigación, que aunque no estaban determinados, si tenían como lineamiento general el intentar ver posibles relaciones entre las poblaciones actuales y las que habían vivido en Cobija. Lo anoté en mi libreta como tema para profundizar.

Don Manuel continuó siendo muy amable, creo que podríamos habernos quedado todo el día con él conversando, pero como la idea era mostrarse además de no ser tan insistentes, por lo menos en un comienzo, nos despedimos y le agradecemos mucho su hospitalidad y los pescados de regalo. Dijo que nos volviéramos a ver. En ese momento pensé que iba a ser una persona importante para nuestra investigación, lo que a medida que pasaban los días se fue confirmando, ya que nadie nos recibió y estuvo dispuesto a entablar conversaciones como él. Además, al seguir conociendo su modo de vida, mi interés por trabajar con él fue creciendo y mostrándose como una gran alternativa para llevar a cabo la investigación. En este sentido, debo decir que no sólo para mi trabajo don Manuel ha sido una persona importante, sino que de sus conocimientos el proyecto en general se ha visto beneficiado, pues siempre ha tenido buena disposición para responder las inquietudes de cualquiera de los integrantes de nuestro equipo.

### ***Breve historia de vida***

De las primeras conversaciones que tuvimos con don Manuel junto a Marcela y de las varias horas que pasé con él en los terrenos, lo que motivó mi interés por conocer la forma en que vivía, no era simplemente su oficio de subsistencia que lo ligaba a los habitantes tradicionales de la costa desértica, sino que él representara la coexistencia de una dualidad, o más bien de un tránsito, entre el ser cazador recolector y la vida en las ciudades

y los imaginarios que por ellas circulan. Sentarme a conversar con él sobre las sesiones fotográficas de Tunick o sobre las canciones que bailaba en alguna fiesta tocopillana y después verlo capturar pulpos, golpearlos en la cabeza, para luego transformarlos en dinero, eran experiencias que en principio parecían ajenas, pero que iban delineando una realidad particular y concreta, que antropológicamente parecía interesante y valiosa de describir y difundir. En este sentido, este modo de vida no sólo le pertenece a él, sino que es una posibilidad que otras personas también han escogido. Como su hermano Ricardo, a pesar de que él vive en la ciudad, u otros orilleros que hemos conocido. Sin embargo, las dificultades y sacrificios que este tipo de vida conlleva y las otras posibilidades de explotación marítima, como el buceo, están haciendo desaparecer el oficio de orillero. Situación que también posiciona a este estudio como documentación de esta manera de habitar el litoral, que toma elementos culturales milenarios y los complementa con los requerimientos y opciones actuales.

Es por esto, que los objetivos generales de la investigación van más allá de las circunstancias de don Manuel, esenciales para comprender el fenómeno, y en parte explican por qué no he querido realizar una Historia de Vida con él, sino más bien tomar ciertos elementos de su biografía, que den cuenta del recorrido de un sujeto que creció en la zona con las distintas experiencias que eso implica, en cuanto a la movilidad y a los recursos de subsistencia, para así poder plantear ideas más generales.

Expongo por lo tanto, a continuación, un resumen biográfico con los aspectos que considero relevantes:

Don Manuel Olivares Mercado, nació en Tocopilla en 1946. Sus padres, Domingo Olivares Gallardo y su madre (nunca nos dio su nombre,) se habían conocido en Gatico. Localidad que está a unos pocos kilómetros al norte de Cobija y que en algún momento fue un puerto relevante para la minería, donde además había una fundición. Su papá era originario de Ovalle y su mamá gatiqueña. Sin embargo, los padres de ella no eran originarios de Gatico, sino que inmigrantes como muchas de las personas de esta zona. Su



papá, Benito Mercado, era argentino, y su mamá, Rosa Araya, al parecer de Tierra Amarilla. Ese abuelo de don Manuel era panificador en Gatico.

Los padres de don Manuel se casaron en Gatico por la iglesia. Su papá trabajaba en la mina Toldo, ubicada en los cerros cercanos, donde vivieron unos 4 años junto a sus dos hijos mayores, Ricardo y Domingo. Luego se trasladaron a Tocopilla. Ahí nació don Manuel y cuatro hermanos más. Viven unos 4 o 5 años en Tocopilla, después su familia vuelve a Gatico un tiempo corto y vuelven a vivir a la Mina Toldo, donde se quedan un par de años. Bajan de la mina y vuelven a Gatico. Don Manuel tiene 6 o 7 años, es 1953. Ahí hace la enseñanza básica con los carabineros y aprende a mariscar con su padre.

Está siete años en Gatico, hasta que se vuelve a Tocopilla para terminar la escuela. Sin embargo, en Tocopilla alcanza a estar sólo un año en la escuela y se sale porque su tío, Guillermo Araya, se lo llevaba a vivir a la oficina salitrera Vergara. El tío y su señora no podían tener hijos y ya habían criado a su hermano Carlos Olivares, entonces le ofrecieron a sus padres que también se lo podrían llevar a él. Don Manuel tiene 14 años. En Vergara estudia en forma particular con una profesora, las clases son en la casa de ella. Don Manuel trabajaba durante el día con su tío Guillermo y su tío Gilberto, llevando y vendiendo pan en la oficina Pedro de Valdivia. Su tío era panadero en una panificadora en Vergara pero además tenía un hornito en su casa, con el que hacía pan en sus tiempos libres, que después vendían para aumentar sus ingresos. Entonces don Manuel llegaba como a las 4 y media, 5 de la tarde, se cambiaba de ropa, tomaba onces y después se iba a la casa de la profesora a estudiar. Estuvo como tres o cuatro años, hasta que su mamá lo manda a buscar. Tiene 16 años aproximadamente. Al parecer hace hasta como segundo o tercer año de la enseñanza media.

Se vuelve con su familia a Gatico y ahí está un par de años. No continúa estudiando, se pone a trabajar. Su familia se va, a Antofagasta su madre y hermanos, y su papá a Tocopilla. Él se queda solo en Gatico. Al poco tiempo vuelve a la oficina Vergara, tiene 17 años aproximadamente, pero esta vez vuelve a casa de su tía Nancy, la hermana chica de

los Araya. Ella hacía dulces y él se los vendía, también vendían fruta. Está como un año en ese lugar.

Luego baja de la pampa y se va nuevamente a Gatico, vive en la mina Toldo al parecer como 7 meses, trabaja de minero. Tiene 18 años. Después se va a la Planta Cobija a trabajar. Ahí junta dinero para irse al servicio militar. Trabaja un año. Entra al Servicio Militar en Calama, tiene 19 años. Lo hace entre los años 1965 y 1967, sale a los 21. Hace la Campaña en Chiu-Chiu. Le toca un gran paro que hubo en Chuquicamata el año '66 durante el gobierno de Frei. El ejército los lleva a Chuqui para hacer presión sobre los mineros que no querían trabajar, según cuenta su incidencia en el conflicto no fue represiva. Tiene un buen recuerdo del Servicio Militar.

Después de terminar el Servicio vuelve a Gatico. Su familia ya no vive ahí, entonces vive solo en hostales. Tiene 21 años. Trabaja de orillero, mariscando, unos 2 años. También trabaja recolectando fierros en lo que había sido la fundición de Gatico, para luego vendérselos a un señor que los vendía en Michilla, otro pueblo minero. Hace los dos trabajos, lo del fierro se puede considerar parte de la recolección.

Después comienza su estadía en Antofagasta. El año 1969. Primero llega a vivir a la casa de una hermana y después se va a casa de su madre. Está 10 años viviendo en Antofagasta. Trabaja para la CORFO, unos 3 o 4 años, algunas veces hacia el interior, como ayudante de sondajes que se hacían cerca del Salar de Atacama, más arriba de Toconao. Después trabaja con un contratista, Mario Reyes, que tenía una empresa constructora y que se dedicaban a hacer poblaciones, arreglos de casas, y otras cosas, él trabajaba de ayudante mecánico. Después trabajó en la Coca-Cola armando las cajas en que se ponían las botellas, que en ese momento eran de madera. Ahí trabaja unos tres meses solamente pues tuvo problemas con uno de los jefes. Luego vuelve a trabajar con Mario Reyes de forma intermitente, pues dice que por períodos se va a la playa, incluso que ya tenía su ranchito en Cobija.

De los 10 años en Antofagasta, se puede entender por lo que cuenta, que los últimos dos está yendo y volviendo de la playa. Entre esos, el '77 seguramente, se vuelve a Gatico, pero está un tiempo corto junto a su hermano Ricardo. De ahí se van juntos a la Planta Cobija, una planta de tratamiento de mineral que está unos pocos kilómetros al norte de Cobija, y viven en unas casitas que había ahí. También vive ahí el Zapallito Loco, otro huirero. Pescan, orillean, Ricardo saca pejesapos, y don Manuel va a vender la producción a Antofagasta. En ese par de años en que está en continua transición entre la playa y Antofagasta, vuelve a trabajar aunque sea por poco tiempo, en la constructora de Mario Reyes. Así lo dice en una de las entrevistas,

*“trabajé varias veces, me cancelaban, trabajaba 4 meses, 5 meses. Me venía. Después me venía pa acá pa la playa y después llegaba allá y me decía el Igor, el que era contador, oye Bartolo (así le decían), las vacaciones grandes que te dai. Ya, trabaja no más. De repente los dejaba botados, me venía pa la playa, a trabajar aquí a la playa. Ya tenía yo mi ranchito yo ya po”*

(don Manuel, C.6 mem p.11)

Finalmente, en 1978 llega a Cobija junto a Ricardo. Dice que llegan caminando por el camino de abajo. Vienen detrás de los huiros, porque en Cobija varaba mucho huir, además de que tenían amigos y conocidos viviendo ahí. También se quedaron porque había entrada hasta abajo, lo que hacía más productiva la recolección y venta del huir, aunque no más liviana. Se instala en Cobija, arma su ranchito, su casa. Sin embargo, sigue yendo y volviendo de Antofagasta. El año '79, cuando se cumplen los 10 años del período antofagastino, se queda finalmente en Cobija. Desde ese momento, su actividad principal de subsistencia es orillar. Aún así, cuenta también que durante unos años estuvo haciendo visitas intermitentes a su tío Willy (Guillermo Araya), que se había ido a Antofagasta y había puesto una panadería donde a veces don Manuel trabajaba de panadero, o simplemente lo iba a ver y llevaba pescados y mariscos para venderlos allá. Viajes que continuó haciendo, pero con un asentamiento claro en Cobija. De todas formas,

actualmente cuando se declara la veda del pulpo, también pasa períodos en Antofagasta donde su madre, en los cuales va y vuelve para vender mariscos o pescados, y para ver cómo está su casa.

## **Cazar, recolectar, extraer. Convertir en dinero**

### ***Descripción trabajo y equipo***

El trabajo, oficio o modo de subsistencia nombrado orillar, es también conocido en la zona y por el mismo don Manuel, como mariscar o changuear. Sin embargo, estas últimas denominaciones tienen ciertas implicancias que hacen preferible optar por el primer nombre. Mariscar, es utilizado coloquialmente para nombrar el trabajo en la orilla, pero pone el énfasis en la extracción de mariscos y no hace referencia directa a la caza del pulpo, la pesca con lienza o la recolección de huiros, que deben ser especificadas cada vez que se ocupa ese término. Por su parte changuear, si bien incluye todas las actividades de la persona que vive en el litoral, al estar vinculado al imaginario de los indios changos tiene para esta investigación un par de limitaciones. Primero, si bien la investigación trata sobre los pueblos originarios y su herencia, su objetivo es la descripción de sujetos que no son necesariamente descendientes de esas etnias y que se han apropiado de un modo de subsistencia que complementan con sus propias cargas culturales, generando un modo de vida distinto. Es por eso que para denotar esta distancia, se prefiere no utilizar la denominación Chango. Y la otra razón, quizás la más importante pues reafirmó la primera, fue la disposición de don Manuel respecto a que lo relacionaran con los changos. Podría decir que esto demarcó un momento en el trabajo etnográfico con don Manuel, pues en un comienzo fue él quien casi automáticamente hizo referencia a su trabajo como changuear, así como también a unas alpargatas que nombró changas. Como se puede ver en estos diálogos,

*M: don Manuel; I: Investigador*

*M: Entonces yo les digo a ellos, puta por qué me sacaron la aguja niños, quién me la tiene. Me la regalaron esa aguja a mí, un viejito me la regaló. Vino pa acá una vez, me dijo, Manuel te voy a dejarte esta agujita pa ti me dijo, pa que cosai las arpargatas. Porque también era Chango, también es Chango él. Mariscador.*

*I: ¿Le dicen Chango a los mariscadores?*

*M: Claro.*

(Transcripción Cinta 1 del Proyecto, primer terreno, p.2)

*I: Oiga ¿y a los que pulpean, le dicen Chango? A la gente que pulpea y marisquea, le dicen Chango.*

*M: Esa palabra Chango viene muy antigua, porque Chango López de allá de Antofagasta, son los que andan por la orilla, así con arpargatas, mariscando, le dicen Chango. Son Changos.*

(Trans. C. 1 Proy. p. 11)

Posteriormente este discurso cambia tajantemente, sin tener nunca una respuesta concreta del por qué, pues tocar el tema se transformó en algo medio conflictivo y fue conveniente para la relación no insistir.

*I: ¿Por eso le dicen changas a las zapatillas que tiene? Esos zapatos que se mete al agua usted.*

*M: Yo no le digo changas, yo le digo alpargatas no más. No digo changas, digo alpargatas no más.*

*I: Pero usted dijo la otra vez que le decían changas algunos ¿o no?*

*M: Si po, siempre dicen que son changas, cualquier hueón que esté, llega a la calle, estas son las changas dice, no sé, yo me imagino, yo las conozco por alpargatas no más. No las conozco por changas. Las conozco por alpargatas no más yo. Las alpargatas son otras no más, son azules, esas son alpargatas.*

*I: ¿No pero las otras que teje usted de perlón?*

*M: Ahí le digo alpargatas no más yo po. No le digo changas.*

(C. 1 mem p. 10-11)

Al buscar una explicación sobre este cambio en el discurso, sin contar con su respuesta, lo lógico es pensar que no quería aparecer como un “indio”, o aparecer como alguien que vive como un “indio”, por lo que se desligaba de cualquier relación.

*I: ¿Ya no hay? ¿Y qué sabe usted de los indios que habían acá?*

*M: Ni los conozco.*

*I: Pero no sabe ná.*

*M: Los únicos indios que conozco son los que dan en las películas no más po. Esos hueones que salen en las películas, los actores esos que se pintan de indio.*

(C.2 mem p. 2)

En definitiva esta diferenciación, además de ser explícita, sirvió para ajustar la mirada que esta investigación pretende dar sobre la vida de orillero. Partiendo por la denominación, que creo más precisa. Es por eso que me parece importante exponerlo, ya que existe una tendencia (¿exotista?), así como yo la tuve en un comienzo, de querer asociar a los habitantes de la costa con los changos o habitantes prehispánicos, de una manera demasiado directa, lo que no es correcto y puede generar distorsiones en los análisis.

Orillar consta de cuatro actividades. Tres de las cuales tienen una finalidad principalmente comercial, lo que no implica que no tengan otras significaciones. Estas son la recolección de huiros, la extracción de mariscos y la caza del pulpo. La cuarta es la pesca con lienza desde la orilla, pero ésta es una actividad realizada en forma intermitente y casi como algo especial. La producción es muy baja y no se venden bien, y además cuando don Manuel tiene ganas de comer pescado los buzos le regalan. Por lo tanto, su valoración está dada principalmente por aspectos recreativos, por ejemplo para compartir con personas que están de visita.



El dinero que recibe don Manuel, es por lo tanto generado por la venta de los kilos de huiros que logra juntar, los kilos de mariscos que extrae, principalmente lapas, y de los pulpos, que también le compran por kilos. La producción la vende al intermediario entre ellos y las conserveras de Tocopilla, que es llamado rematador. En Cobija hay una rematadora, la señora María Pinto, pero también llegan otros rematadores de Tocopilla que a veces ofrecen un mejor precio. Los huiros tienen otros compradores y su venta es

distinta, ya que es una producción más lenta, se van juntando de a poco y durante tiempos largos. Una vez que se ha juntado una buena cantidad (don Manuel habla de toneladas), se avisa a Tocopilla para que el comprador vaya en camioneta a Cobija.

Como todo trabajo de explotación marítima, hay aspectos generales que determinan las salidas a trabajar. Sin embargo, como el orillar se desarrolla únicamente en la franja intermareal y con escasos recursos tecnológicos, su independencia respecto a lo climático es menor. Es así como las condiciones del tiempo que alteran las potencias de las mareas, hacen muy difícil trabajar en la orilla incluso con marea baja. Las rocas, que son la fuente de explotación, quedan bajo el agua impidiendo el acceso a los animales. Para los días con tiempo regular, las horas de marea baja son las adecuadas para salir a trabajar.

*Claro nosotros trabajamos aquí en la baja, somos mariscadores, los mariscadores trabajan acá en la pura baja. El mariscador trabaja en la pura baja, el buzo puede trabajar con baja, con llena. Que anda más afuera.*

(don Manuel; C.1 mem p.1)

Don Manuel determina sus tiempos mediante observaciones directas de las variaciones de las mareas. Se para en uno de los bordes de su terreno y mira un instante cómo revientan las olas en la Punta de Castilla. Entonces comprueba cuánto está “blanqueando” (la espuma) sobre las rocas y con eso hace el cálculo para definir la partida. Las jornadas de trabajo duran de cuatro a seis horas, y los horarios dependen de la marea baja.

El ánimo y la salud de don Manuel es otro factor importante para determinar las salidas. Hay veces que no tiene ganas de salir o no se siente muy bien y opta por quedarse. Lo que demuestra las libertades que da el trabajo de orilla, específicamente, y en general los trabajos en el mar, pues los buzos también hacen uso de esta regalía cuando por ejemplo han estado festejando la noche anterior.



*Y eso, acaso voy po, a veces no voy po. Si a mi no me gusta sacrificarme tanto, si no me sacrifico tanto. Si no me sacrifico tanto, yo trabajo como un deporte esta cuestión no más po. Como un pasatiempo no más po, claro que también el fuerte mío es el trabajo en el huiro. Claro, el huiro puedo ir en la noche a sacarlo, 11, 12 de la noche porque está varao. ( don Manuel, C.1 mem p.2)*

Hay que poner atención a esta cita, sobre todo cuando don Manuel dice que él trabaja como un deporte o un pasatiempo, pues no sólo confirma las libertades que da este trabajo, sino que al buscar las razones de esta condición, recuerda lo que Llagostera (1993 1989]) comentaba acerca del carácter sui generis del mar como medio de producción y de cómo ese carácter no logra generar una maraña social compleja, como si lo hace la producción de la tierra. Por tanto, al tomar esta idea y aplicarla al caso de los individuos, se observa como aparece la posibilidad de llevar un modo de vida que también genera menos controles y obligaciones, lo que en otra conversación es interpretado por don Manuel como una vida “aventurera”. Me parece importante subrayar esto, pues al asociarlo a su historia de vida, sirve para comprender la ruptura que hizo con la vida urbana y de cómo el modo de subsistencia orillero fue fundamental para lograrla y sostenerla.

Cuando don Manuel sale a orillar (sin incluir la pesca), lleva a cabo las tres actividades principales conjuntamente. Va mariscando, pulpeando y juntando huiro en los mismos recorridos. Llega a una playa, si hay huiros los recoge y junta y después se dirige a las rocas para comenzar a pulpear y mariscar. El equipo que utiliza se podría dividir, en herramientas que son comunes para todas las actividades, las que permiten el acceso a los lugares de explotación y para la acumulación y traslado de la producción; y las herramientas específicas para cada una de las actividades. Casi todo el equipo es fabricado por él mismo. Los distintos fierros, los recipientes, incluso las alpargatas de perlón que dice saber tejerlas. Lo mismo ocurre con las reparaciones, desde la bicicleta hasta el filo de las herramientas.



Dentro del *equipo común* se encuentra la bicicleta, que facilita el acceso a las playas más lejanas y que además permite cargar con el resto de los materiales. En la parte de atrás tiene una pequeña parrilla, donde lleva un bidón de plástico cortado a la mitad, que le sirve para cargar algunos materiales, pero por sobre todo para llevar lo capturado.



También la ropa se considera parte del equipo común. Consiste en un pantalón de algodón, un par de poleras para el frío, que se puedan manchar con la tinta que lanzan los pulpos, un gorro de lana y para los pies, que están la mayor parte del tiempo en el agua, un par de calcetines, unos soquetes de goma de los que utilizan los buzos y unas alpargatas o changas, hechas de perlón que sirven para adherirse mejor a las rocas y que son características de los orilleros. Completa esta parte del equipo el chinguillo, que es una malla que se amarra a la cintura y en la cual va depositando los pulpos y los mariscos que va capturando.



Para la recolección de huiro no hay un equipo especial, ya que la actividad es básicamente recolectar y hacer pequeños montones, pero si se utilizan marcas que diferencian la propiedad de los montones. La marca de don Manuel son piedras que tengan manchas blancas. Entonces, junta un montón de huiros y les coloca una piedra encima. Para otros las marcas son algún pedazo de plástico, o hueso o piedras sin color. Es destacable como se respetan las marcas, pues una vez que va el comprador de huiro, cada uno sabe bien dónde dejó sus montones y cuáles son los montones de los demás.



Para mariscar es una la *herramienta específica* que se utiliza. El chope. Este es un fierro de unos 30 o 40 centímetros, que tiene una de sus puntas curva y la otra levemente doblada. En la mitad lleva una tira de goma amarrada que sirve para tomarlo. Las diferencias de las curvaturas de las puntas permiten hacer palanca, dependiendo de la posición del marisco. Cuando no lo está utilizando lo lleva dentro del chinguillo, y cuando



va pulpeando y mariscando, lo lleva en una de las manos junto con otro de los fierros.

En cambio el pulpear requiere de tres fierros más. Uno es el cangrejero, fierro de unos 70 centímetros, con una de sus puntas aguzadas y la otra con una empuñadura, y que es utilizado para cazar los cangrejos que luego sirven de carnada para el pulpo. Se corretean los cangrejos entre medio de las rocas, se clavan con la punta del fierro y luego se les azota sobre las rocas para que mueran. El otro fierro es el cebador, de un metro y 30 centímetros aproximados. En una de sus puntas lleva amarrado un anzuelo grande, donde se clava el cebo, en este caso un cangrejo, y en la otra tiene una



empuñadura de goma. Éste es el más largo, pues es el que se introduce en las cuevas donde se esconde el pulpo y permite tomar una distancia apropiada para que el animal no te vea y se espante. El pulpo huele y observa el cangrejo y lo agarra con sus tentáculos, entonces se



le arrastra hacia la salida de la cueva y cuando está a distancia se utiliza el otro fierro. El pulpero. Éste mide aproximadamente un metro y tiene una punta curva y aguzada. En el otro extremo tiene una empuñadura de goma. La idea es que cuando el pulpo está suficientemente afuera de la cueva, arrastrado por el cebador que se maneja con la mano izquierda, se acerca lentamente el pulpero hasta estar lo necesariamente cerca, para que de un movimiento rápido y fuerte se enganche el pulpo y se saqué de la cueva. Después se pone sobre una roca y se la da fierrazos entremedio de los ojos hasta aturdirlo. Luego se mete en el chinguillo.



*Fierro Pulpero*

### *Convertir en dinero*

La primera vez que acompañé a don Manuel a orillar, mientras arreglábamos las cosas para irnos, comenzó a llenar con agua el recipiente donde lleva los pulpos. Le pregunté por qué y me dijo que así los animales se hinchaban y cuando se los pasaba a los rematadores pesaban más. Miré el movimiento agonizante de los tentáculos del pulpo que estaba encima y tomé mi bicicleta. Veinte minutos después estábamos en el sindicato entremedio de los buzos, esperando el turno para que la rematadora de Cobija pesara las lapas y los pulpos.

La jornada se completa con la venta de la producción al rematador. Este intermediario entre las compañías conserveras de Tocopilla y los pequeños productores, compra según un precio fijo por kilo para cada especie y después vende a los empresarios, con lo que obtiene una ganancia. En Cobija durante muchos años los rematadores eran de Tocopilla y por lo tanto su relación con los cobijanos era totalmente comercial, lo que permitía el abuso en los precios. Esto cambió hace unos dos o tres años, cuando los integrantes del sindicato de pescadores y buzos de Cobija, armaron una microempresa y

comenzaron a ser sus propios intermediarios, incluso para los no sindicalizados como don Manuel. Sin embargo, por distintas razones y versiones, la microempresa quebró, quedando nuevamente el puesto de rematador a disposición. Es en ese instante, hace un año aproximadamente, que la señora María Pinto, una de las hermanas de la familia más



antiguas de Cobija, invierte y se hace cargo del puesto. Dos factores, según lo que ella cuenta, permiten que se haga rematadora. Primero que ya tenía experiencia en la microempresa, lo que además le daba acceso a los contactos que habían establecido con los

### ***Don Manuel y rematadores***

compradores de Tocopilla, y segundo que su pareja Germán Espejo, cobijano que trabaja en la minera de Michilla, le ayudó a invertir en una camioneta para poder echar a andar el negocio.

*Claro, si ya me conocían todos, ya impuesto internos, Sernapesca, los marinos, me conocían todos que yo trabajaba por la empresa acá. Porque ellos venían dos veces a la semana a revisar las cuentas y todas las custiones en la empresa po, y yo tenía que mostrarle los papeles, los documentos, todo.*

(María Pinto, C.4 mem p.7)

La gran ventaja de que haya un rematador en Cobija, es que al existir un vínculo más cercano, el trato supera lo netamente comercial y ofrece algunas ventajas como la posibilidad de préstamos de dinero o que la señora María les haga compras en Tocopilla, como bencina o comida. En palabras de la propia señora María el asunto funciona así,

*La plata a cada uno que me entregaron los kilos que son, y ahí ellos me encargan la mercadería, por ejemplo la gasolina, los víveres, así que yo voy anotando al tiro cuánta gasolina lo que me encargaron, todo eso, por persona, y le descuento y después yo le digo al niño, tu me encargaste pan, me encargaste todo esto, carne, biscotec, me encargaste 10 luquitas de gasolina, toma, esto salió. Entonces los kilos de pulpo son cuántos, 73 kilos. Descontando esto, te queda esto le digo yo. (señora María Pinto, C.4 mem p.9)*

Además la otra ventaja es que la señora María les compra lapa y culenque, que es fundamental cuando en noviembre comienza la veda del pulpo, pues son los mariscos que pueden explotar. Hace poco llegó un rematador de Tocopilla que en vez de ofrecer 1000 pesos por kilo de pulpo, como lo hace la señora María, ofreció 1100.

*Y la gente está consciente en eso, que uno se gana 100 pesitos, pa eso uno es rematador. Pero yo no soy ambiciosa, que les digo yo, sabís que esto acá, no, los dejo no más po. Si son la voluntad de ellos, si la mercadería son de ellos, su embarcaciones, ellos pueden vender la mercadería adónde ellos quieran, si están pagando más, yo tampoco, yo no puedo ser, no le puedo obligar que me vendan, porque yo también tengo embarcaciones, así que yo también me subo al bote y mañana llegará y llega otro, y no po, yo le vendo al que me paga más po. Por qué, porque el bote es mío...[Claro que] cuando termina la veda del pulpo, la gente queda de para [...] el otro rematador, no le compra lapa. Se va, los deja solos.*

(María Pinto, C.4 mem p.9-10)

Algunos se cambiaron, incluyendo a don Manuel, pero eso significa que pierden las garantías que da la señora María. Lo que para ella es irreversible, pues no está dispuesta a aguantarlo una vez más.

*Ah no po. Les digo que no, no más. No les aguanto más ya. Si ya dos veces ya. Se cambiaron, que les lleve la mercadería el que le compró los pulpos no más po. Si yo trabajo con la gente que me entregaron hasta el final conmigo. Porque la lapa es la única producción que van a tener pa, pa los meses hasta marzo. La Lapa, el Culenque.*

(María Pinto, C.4 mem p.10)

Esta situación sirve de ejemplo, para describir los puntos conflictivos entre la relación orillera productiva y las exigencias del libre mercado. Don Manuel pareciera aplicar la misma concepción de perseguir los mayores recursos existentes a la obtención de dinero, dejando de lado las abstracciones que la economía mercantil impone y que tienen implicancias a más largo plazo. Ahora bien, esto no necesariamente genera un desajuste en el proceder económico de don Manuel, y es lo que esta investigación intenta comprender, pues pareciera que está incorporado a su modo de vida y que dentro del entramado de posibilidades que ofrece el libre mercado, sus nociones cazadoras recolectoras logran encontrar una salida al conflicto.

De todas formas, la relación de don Manuel con la señora María tiene tantos años, que no se quiebra por el cambio de rematador. La señora María me comentó que igual ella está dispuesta a comprarle alguna mercadería si don Manuel se lo pedía. Así mismo, don Manuel considera que tiene siempre la opción de pedirle préstamos en dinero a la señora María, que luego tiene que pagar según lo que vaya trabajando, lo tiene incorporado como parte de su proceso económico.

## **Orillando: relato observación participante**

Eso de que el agua acá es más tibia es discutible. Por lo menos los dedos gordos de los pies ya no los siento. Me agacho frente a una cueva que parece de pulpo, acerco el cebador. Sale un tentáculo y abraza el cangrejo, después otro, siento el peso del animal en el Cebador y la emoción que alerta para matar. Lo arrastro a la salida de la cueva y comienzo a ver el resto de su cuerpo que se enreda sobre el cebo. Acerco lentamente el Pulpero hasta quedar cerca. Lo meto y saco rápido intentando enganchar al pulpo. Fallo en el intento. El pulpo suelta el cebo y se esconde en la cueva. Vuelvo a respirar.

Busco a don Manuel a las 9 de la mañana como me había dicho. Terminamos saliendo como a las 10, después de que tomara desayuno y que bajara la marea. Se toma dos tazas de té y pan con margarina. Entre medio conversamos con la grabadora puesta. Trato de que me cuente acerca de su vida como mariscador, pero se hace difícil, es demasiado conciso y no se explaya mucho, tengo que insistir para obtener algunas respuestas (fijándome en no ser imprudente), no fluye. Masca el pan con margarina y da sorbos a su tazón de té, mira como al horizonte, no tiene muchas ganas de responder. Finalmente me detengo y espero que termine el desayuno, dejando el desarrollo de la conversación a su parecer. Le da pedazos de pan a uno de los varios perros que tiene alrededor. Después que termina de comer nos preparamos para irnos. Tomamos las bicicletas, cargamos los implementos para el pulpeo y de a poco me va contando cómo se llaman. Un fierro largo con un anzuelo grande en la punta se llama Cebador, sirve para poner la carnada y engañar al pulpo para que salga de su cueva. Otro es el Pulpero, que es más corto y con forma de gancho en la punta, se ocupa para atrapar al pulpo cuando con el Cebador ya se le ha hecho salir lo suficiente de su escondite. Uno más corto y recto con punta, se le llama Cangrejero y sirve para atrapar los cangrejos que son utilizados de cebo. Y por último uno llamado Chope, que es pequeño y curvo en la punta y que sirve para mariscar, para arrancar los mariscos de las rocas. También lleva una malla para ir guardando los pulpos que se llama Chinguillo, aunque luego me dice que los buzos le dicen Chinguillo, pero que él también le dice malla simplemente. Algo con los nombres me llama la atención. Me parece que trata de mantener cierta distancia con eso. Creo que está



incómodo con que lo acompañe. Así, al no darle importancia al nombre más local del objeto y describirlo con la nominación general, produce cierto quiebre y distancia. Estoy pensando sobre todo en que anteriormente, al mostrarme las zapatillas de perlón que ocupa para pulpear dijo que se llamaban Changas, pero luego se desdijo. Comentó que todos le decían alpargatas no más y se acabó lo de Changas, hay ahí algo también con las proyecciones hacia lo indígena. Estas son ideas que hay que ponerles atención en la medida que se vayan repitiendo, no son concluyentes.



Partimos, yo detrás de él y sus seis perros. Nos dirigimos hacia las playas del sur de Cobija, en dirección a Punta Guasilla. Me llama mucho la atención imaginar dos bicicletas sobre el macizo costero y desértico, sin nadie alrededor, dirigiéndose a realizar una actividad tan

cotidiana para don Manuel y tan novedosa para un ciudadano. En Punta Guasilla nos detenemos junto a una roca que hay en la playa. Ahí dejamos las cosas. Don Manuel dice que es su refugio, yo lo asocio a los aleros tan comentados por los arqueólogos, pues la roca tiene uno pequeño. Tiene ahí una bandeja con algunas cosas como recipientes de plástico y parte de la ropa para trabajar, el pantalón y unas poleras.

Después va a cangrejear, a capturar los cangrejos que luego utilizará como carnada. Lo acompaño. Salta de una roca a otra y persigue a los cangrejos que rápidamente corren a esconderse. Don Manuel los clava con el Cangrejero y luego los golpea sobre las rocas para que se mueran, los va metiendo en el Chinguillo. Después de recolectar unos diez o doce, dice que nos vamos. Cuando nos estábamos yendo, se da cuenta que uno de sus perros tiene enredada en una pata la camiseta que algún buzo bromeando le había puesto. No



podía caminar bien. Don Manuel me pasa el Chinguillo y dice que espere. Partió a ayudarlo y le sacó la camiseta. Describo esto porque es una constante en él estar preocupado de sus perros, son parte importante de su vida.

Volvemos al refugio donde don Manuel saca del borde de la roca un pedazo de alfombra. La estira y comienza a cambiarse de ropa sobre ella. Pantalones, polera,



calcetines, soquetes de buzo (de goma) y las Changas. Se amarra el Chinguillo a la cintura.

Volvemos a tomar las bicicletas y seguimos avanzando hacia el sur, hacia la última playa, El Mulato. Dejamos las bicicletas en la parte alta y bajamos a la playa. Ahí, don Manuel ve hartos huiros varados y comienza a juntarlos y amontonarlos, me dice que para venir a buscarlos luego. Cuando terminó con eso, se dirigió hacia el norte por los roqueríos, pulpeando. Yo lo acompañaba, lo seguía y lo observaba. De repente me dijo que fuera por arriba y que llevara las bicicletas un poco más allá, me pareció que no le agradaba mucho que anduviera siguiéndolo. Le hice caso y llevé las bicicletas hacia donde me había dicho. Una vez allí, bajé nuevamente a los roqueríos y lo acompañé junto con los perros, que lo siguen y se acuestan y lo esperan. Le fue mal en ese sector, no sacó ningún pulpo. Subimos y tomamos las bicicletas para ir a una playa un poco más al norte. Ahí si que pilló pulpos, como seis. Recorrimos esos roqueríos un par de horas.

Se acercaba a las cuevas donde podría haber pulpos y movía en la entrada el Cebador con el cangrejo en la punta. De repente unos tentáculos se asomaban desde la cueva y tomaban el cebo, lo envolvían con el resto de los tentáculos y don Manuel se los iba alejando para que fueran sacando todo el cuerpo de la cueva. Cuando el pulpo ya estaba lo suficientemente afuera, acerca lentamente el Pulpero y en forma rápida y precisa enganchaba al pulpo y de un tirón lo sacaba. El pulpo quedaba enganchado, movía y tensaba los tentáculos. Don Manuel lo ponían en un roca y le daba con el fierro Pulpero entre medio de



los ojos para aturdirlo. Una vez que el pulpo ya no se movía ágilmente, lo tomaba y lo echaba dentro del Chinguillo que llevaba colgando en la cintura.



Don Manuel se ponía contento cada vez que pillaba un pulpo, me miraba y se reía, lo mostraba a la cámara cuando le sacaba fotos. Mi presencia comenzaba, al parecer, a no molestarle.

Después volvimos a la playa de Punta Guasilla, donde está el refugio. Ahí siguió pulpeando una hora más aproximadamente y sacó unos cuatro o cinco más. Después nos cambiamos de ropa, arreglamos las cosas y volvimos a Cobija. Antes de irme a la casa le comenté, y sorprendentemente me costó como cuando uno quiere decir algo y le da mucha vergüenza, que si me iba a enseñar a pulpear. Sentí que él también se aproblemó un poco y me dijo que le costaba porque él andaba trabajando, pero que si quería veríamos mañana. Me fui cansado y con algo de esperanza, él se quedó arreglando la producción antes de llevarla donde la señora María para que la pesara.

Al pasar a buscar hoy a don Manuel, le pregunté si se acordaba del trabajo que le había dicho el terreno pasado que quería hacer, pensando en la resistencia que había sentido ayer de su parte. Me dijo que no. Le conté de nuevo entonces y me dijo que qué podía decir él de su vida y algo como que no le gustaba que la gente se metiera en la vida personal de los otros y que, de soslayo, no le gustaba que los demás creyeran que él vivía como indio. Ahí se me produjo un quiebre, aunque preferí no indagar más. Fue como un rayado de cancha que a la larga sirvió mucho, pues creo que él se desahogó de una idea que lo estaba molestando respecto a mis intenciones y yo tomé conciencia de no relacionarlo más con el tema indígena. Todo esto ocurría mientras cambiábamos la cámara de la bicicleta; después tomó desayuno, me convidó una taza de té. De repente apareció don Ricardo, su hermano que también trabaja en la orilla. Hablaron algunas cosas generales hasta que don Manuel lo invitó a tomar desayuno. De inmediato don Ricardo le dijo que si, como si estuviera

esperando la invitación. Rápido sacó la silla debajo de la mesa y se sentó sonriente, su estado habitual. Los dos esperaban la marea baja. Nos quedamos conversando.

Al rato, don Manuel me dijo que tenía un fierro Pulpero y un Cebador, pero más cortos, para que yo pulpeará. No fue muy efusivo, yo tampoco aunque me dieron ganas de ponerme a saltar. Estoy casi seguro que no le agrada alterar su soledad mientras esta trabajando, así que me siento, en secreto, honrado. Le agradezco y tomo los fierros como las primeras herramientas de un aprendiz. Callado y atento lo sigo.

Hicimos la misma rutina que ayer, y de nuevo me impresiona estar yendo a pulpear. Nos cambiamos de ropa en el refugio y yo me ofrecí para ir a cangrejear. Mientras lo hacía, apareció don Ricardo que también perseguía cangrejos por las rocas. Conversamos un poco.



Creo que me demoré, seguro debido a mi inexperiencia, así que desde el refugio don Manuel me hizo señas que él partía y que fuera después hacia el sur. Arreglé un poco las cosas y partí. Lo ubiqué en una de las playas.

Estuve pulpeando solo un rato, obviamente no saqué nada, ni vi un pulpo. Repetí de memoria lo que había visto ayer, cómo don Manuel lo hacía. Nada. Pasado un rato me acerqué a don Manuel y lo acompañé a cierta distancia. En un momento me preguntó que si quería sacar un pulpo chico que él había visto. Por supuesto le respondí. Le acercas el cebo y lo sacas y lo enganchas. Algo así de conciso me dijo. Me acerqué e intenté sacarlo. Le ponía el cebo en la entrada de la cueva y esperé que se asomara. De repente, vi salir con rapidez un par de tentáculos que agarraron el pedazo de cangrejo. Intenté entonces atraerlo hacia fuera, cuando ya estaba un poco más a la vista intenté engancharlo pero no pude. No hubo caso, el pulpo después de ese intento no salió más. Le conté a don Manuel que se rió de mis esfuerzos. Continué caminando sobre las rocas, dentro del agua. Entonces me acerqué a una entrada bajo unas rocas que me pareció era una cueva. Empecé a moverle el cebo, salió un tentáculo y después otro, esperé, esperé que se agarrara bien al cangrejo y comencé a sacarlo, despacio pero con fuerza, porque

tiraba bastante. Pero se dio cuenta y volvió a esconderse. Entonces llamé a don Manuel que andaba ahí cerca. Él vino, y con su Pulpero empezó a seducir al pulpo, lo logró sacar y cuando ya estaba a la vista lo enganchó y sacó de un tirón. Me dijo que el pulpo era mío. Creo que está fue la clase magistral que me hizo don Manuel, el resto obviamente debía correr por mi cuenta.



Continuamos un rato más. Don Manuel mientras iba revisando cuevas, iba también sacando lapas y metiéndolas en el Chinguillo junto a los pulpos capturados. Intenté sacar otro pulpo, pero tampoco pude. Llegó el momento en que don Manuel dijo que nos íbamos y nos fuimos. En el refugio, mientras nos cambiábamos de ropa, apareció don Ricardo que venía como con once pulpos según él. Mientras don Manuel se cambiaba de ropa comenzó a pensar en voz alta acerca de adónde íbamos a ir mañana a pulpear, me sentí incluido. Me contó entonces que dependiendo de cómo estuviera la mar él escogía el lugar. Si estaba muy mala, en general iba hacia el lado de Cobija, que siempre es más calmado. Sino, va hacia las playas del sur. Llegamos a Cobija y nos despedimos. Quedamos para mañana.



Hoy encontré a don Ricardo arreglando, o preparando mejor dicho, un auto viejo que tiene estacionado en su terreno. Zapallo le dice, porque esta de color naranja debido a todo el óxido que acumula. Es un Opel como de finales de los sesenta o principios de los setenta. Lo prepara pues la moto con que él trabaja se ha quedado en pana y necesita un vehículo para ir a pulpear. Lo acompañé un rato y después me fui donde don Manuel.

Empieza la rutina entonces. Básicamente la misma actividad de ayer y antes de ayer. Esto no quiere decir que sea todo igual, ni que no haya cosas que observar ni reflexionar.

Estuvimos pulpeando una cantidad de horas equivalentes a los otros días. Sacó unos seis pulpos. Yo tuve dos oportunidades, pero no logré sacarlos. Me parece, a modo de excusa claro está, que el Pulpero que yo ocupó está poco filoso. Mi destreza también.

De vuelta don Manuel me contó que cuando entra mala mar él no puede trabajar, ni los buzos tampoco. Me dice que él trabaja como diez días en el mes. En el verano está mejor la mar, pero que casi no trabaja ya que por una parte se imponen las vedas y porque también se dedica a andar con los



turistas, marisquea con ellos y les regala lapas o cosas así, y así ellos le dan mercadería y con eso se mantiene. Esto hay que considerarlo en cuanto al trabajo y las formas de subsistencia, obviamente, pero también me hace asociarlo automáticamente a los sistemas de intercambio entre las poblaciones antiguas de la costa y las poblaciones del interior, que bajaban a intercambiar sus productos por pescados secos y otros frutos del mar.



Ya en su casa, don Manuel conversa cariñosamente con sus perros chicos, se preocupa como si fueran niños, lo siento más relajado que los otros días. De hecho nos hemos venido a comer un pulpo de los que sacó hoy, tal como habíamos quedado. Yo fui a la casa y llevé unas papas y mayonesa. Dice que lo va a preparar a la griega, que es cocido en olla a presión primero, y después frito con ajo y con cuero. Esperamos que se haga el pulpo. Estamos escuchando un casete que puso en la radio que conecta a una batería de auto, es música de sobremesa como él me ha dicho. Me parece que hace un par de días que ya habla con garabatos sin problema, sobre todo desde hoy, lo que creo indica más relajo y cercanía.

Hoy pasé a buscar a don Manuel, después de recorrer el sendero que sube la cordillera de la costa. Estaba Marcela y el cabezón Leo con él. Algo cuchichearon y don Manuel me hizo una broma que no entendí bien. Partimos al rato. Lo mismo de los otros días, pero en una playa diferente, más cercana al refugio. Dos cosas remarcables: don Manuel estuvo cantando durante la jornada una canción del Chapulín Colorado, lo que me hace involucrarlo a la vida de ciudad que en algún momento ha tenido y también a la idea de que en realidad, a pesar de ser Cobija un lugar bastante aislado, de igual manera están al tanto de lo que pasa. Recuerdo también que don Manuel siempre pide el diario cuando va alguien a comprar a Tocopilla y él encarga mercadería, así como también hace visitas a Tocopilla a menudo. Lo segundo, es que muchas veces me cuenta cosas de manera dialógica, me refiero que en forma de diálogo. Por ejemplo, cuando nos volvíamos me dijo que no sabía que iba a hacer con los huiros que tenía acumulados, se quedó pensando, y dijo que los iba a ocupar como leña para cocinar pulpos, para que cuando fuera a Antofagasta, venderlos cocidos, así los vendía más caros. Entonces le pregunté a quién y ahí actuó un diálogo entre el posible comprador de algún restorán y él. La manera en que se lo ofrecería, el acuerdo del precio, etc.

Mientras pulpeábamos, don Manuel sacó un Apretador con el Chope y se lo comió. Me ofreció, pero no me dio el cuero etnográfico para tal hazaña, él obviamente se burló de mi delicadeza. Según él, mañana puede amanecer mala la mar y ahí no trabaja, puede que vayamos a las playas de más al norte de la casa. Cuando nos veníamos del refugio le pasé una naranja, y me dijo: “y eso qué es” como haciéndose el desentendido, “qué va a ser” le dije, “un pulpo”, imitando el tipo de humor que él ocupa conmigo, entonces se rió y me dijo “estai aprendiendo”. Termina la jornada.

Al día siguiente almorzamos juntos con don Manuel y después nos arreglamos para ir a pulpear. Tomamos las bicicletas y los equipos. Partimos, pero saliendo de Cobija hacia el sur, a la bicicleta en que yo andaba se le cortó la cadena, así que me tuve que devolver. Don Manuel fue solo, quedamos de arreglar la bicicleta en la tarde. Lamentable, no lo supe en ese momento, pero ésa era la última oportunidad que iba a tener para ir a pulpear,

después el clima hizo imposible las salidas y el terreno se terminó. Me quedé con las ganas de sacar un pulpo y golpearlo entremedio de los ojos.

### **Cómo aprendieron a orillar**

Para lograr una caracterización acabada del orillero, es necesario también conocer la manera en que se han recibido los conocimientos de las técnicas de explotación marítima. Esto para establecer el vínculo con las poblaciones originarias, o más precisamente con su herencia, y así poder reflexionar acerca de cómo las poblaciones actuales, sin una ascendencia indígena local, han tomado esos saberes para incorporarlos a sus vidas mestizas.

Sin embargo, esta fue una tarea bastante difícil. Lograr que don Manuel y otros entrevistados me precisaran cómo, cuándo y con quién habían aprendido a orillar, mariscar o pulpear, fue engorroso. Costó definir en los relatos las situaciones, personajes o parientes involucrados en los procesos de aprendizaje, ya que por un lado se apelaba mucho a lo autodidacta del asunto, en apariencia, así como también a la confrontación de versiones, particularmente de los hermanos Olivares. No obstante, junto al relato de Danilo Araya, hermano mayor de los Pinto, finalmente se logró identificar los rasgos principales del proceso, que creo se pueden generalizar para la vida de otros orilleros.

Al releer las entrevistas y escribir sobre esto, pienso que la dificultad se debió principalmente a que ese aprendizaje era tan “natural”, o estaba tan unido al cotidiano de las personas de la costa, fueran de los pueblos-ciudades o de las caletas, que la incorporación era casi automática. No había una persona y momento particular, sino que eran varios instantes de la vida, en el cual intervenían no sólo los familiares más cercanos, sino que distintos personajes del entorno. Es quizás por esto que el aprendizaje autodidacta aparecía como la respuesta más inmediata, ya que al no haber un momento y educador precisos, el aprendizaje dependía de los contactos que los individuos realizaban o estaban expuestos. La insistencia y búsqueda de distintas maneras de enfocar las preguntas, para



obtener una visión completa del proceso, fueron un ejercicio necesario para evocar y despejar esos recuerdos.

Danilo Araya llegó con sus padres desde Ovalle en 1950. Tenía ocho meses de edad. Sus padres se instalaron en Cobija cuando ahí sólo vivía Jorge Azocar, guardia de unos galpones de una empresa minera y otro viejo llamado Ariste. Cuenta que andaban otros viejos mariscando pero que iban por el día, amigos de Jorge y Ariste. Hasta el año '60 vivieron cerca de la costa (la casa de los Pinto ahora está arriba junto a la autopista), cuando la carretera que pasaba por abajo, la cambiaron al lugar actual. Su padrastro, el señor Pinto, trabajó de minero en un principio y unos años después se dedicó a las actividades marinas.

Su acercamiento al mar durante su niñez, durante los '50s y '60s, lo describe como algo asombroso, como un mundo aparte. Otro paisaje, lleno de algas, mariscos y peces, de tamaños nunca más vistos.

*Quando la mar secaba, como quedaban las lapas en las rendijas de las piedras. Y nosotros íbamos por sacar lapas más grandes, íbamos pa allá pa adonde fueron el otro día a los pulpos ustedes, pa allá pal otro, pa allá. A pie, pero traíamos unas, así las lapas y así gruesa la carne.*

(Danilo Araya, C.2 mem p.7)

*Qué manera de haber locos, no nos demoramos na en sacar una recachás de locos, oye me decía el cabro, qué manera de haber loco y el agua se veía azul, negra, café pa allá, verde.*

(Danilo Araya, C.2 mem p.10)

Se metían sólo con traje de baño a mariscar y bucear, sin lentes para mirar debajo del agua, pero eran tantos los mariscos que se hacía fácil. Cuando le pregunté acerca de

cómo habían aprendido, me respondió que con los viejitos que habían y que iban a Cobija a mariscar,

*Con viejos, que habían. Que trabajaban así a la vista [...] Que venían de allá de Hornito, de Michilla, allá habían más viejos que trabajaban en la playa [...] Claro, eran primitivos ya po, le estoy hablando de viejos que deben haber tenido 50 y tal vez un poquito más po, porque ya eran bien viejos ya po [...] Viejos muy llevados a sus ideas, no les gustaba conversar con nadie... [¿y cómo les enseñaban entonces?] Es que como trabajábamos juntos, andábamos en las almejas, en las lapas, y en los erizos, más que se trabajó en los erizos. Así que los veíamos cómo buceaban, así que ahí comenzamos.*

(D. Araya, C2 mem p.8)

Con esos viejos aprendieron en un comienzo a mariscar, a orillar, y en un segundo momento a bucear a resuello. Sin embargo, al tiempo se cansaron de trabajar sin lentes, pues el agua salada les hacía muy mal para los ojos, incluso cuenta que muchos de esos viejos terminaban medios ciegos. Esto cambió la segunda mitad de los '60, cuando llegaron los lentes y el traje de goma, que después se complementó con la aparición del compresor de aire a principios de los '70.

Con don Ricardo Olivares, el hermano mayor de don Manuel, fue difícil conocer las formas en que había aprendido. Es necesario comentar que don Ricardo es muy bueno para crear y “adornar” recuerdos, de hecho es distinguido por eso entre sus conocidos. Hasta él mismo en alguna conversación me lo comentaba con gracia. Basándose en su origen gatiqueño y costero, me insistió durante mucho rato que él había aprendido solo a orillar, sin la ayuda de nadie, y es más, que había inventado el pulpear con dos fierros. Conociéndolo, me costó creerle, sobre todo por las conversaciones con Danilo y con don Manuel, además que él mismo se ríe cuando cuenta algo que no es muy serio. Entonces insistí, me reí con él y le dije que le iba a tener que creer no más. Se reía.

Casi al final de la conversación y después de haber alcanzado los datos que buscaba, comentó algo que me hizo mucho sentido y que en cierto aspecto daba crédito a su autoreferencia. El valor de la naturaleza en el aprendizaje.

*Porque la mar uno va aprendiendo por la misma cuestión de la naturaleza del mar. Porque ya me aclimaté ya, en ella. Estoy aclimatado en ella ya, entonces sé la baja, el tumbo grande, puedo estar dando la espalda, pero estoy sintiéndola, estoy escuchándola si viene grande el tumbo. Y cuando viene grande el tumbo hace, quiijjjjjjjjj, unas rellenas, hace así quiijjjjjjjj, y usted está de espalda, una remensa rellena, usted sale arrancando. Y el tumbo revienta primero, antes de llegar a donde está nosotros el tumbo grande [...] No, el que nace en eso, lo sabe de memoria. Si la misma naturaleza le va enseñándole a uno.*

(Ricardo Olivares, C.5 mem p.13)

Teniendo en cuenta estas ideas, uno puede ver cómo la relación con el mar por sí sola entrega conocimientos que posibilitan una disposición particular, lo que don Ricardo llama aclimatarse, que van moldeando las prácticas de las personas y guiándolas en su comprensión del medio para la subsistencia. Esto posiblemente aviva la idea del aprendizaje autodidacta. No obstante, este conocimiento que es fundamental en el proceso de aprendizaje de los costeros, no es suficiente para un individuo, requiere además de los conocimientos técnicos creados y acumulados durante largos períodos en esa relación, lo que indiscutiblemente tiene que ser transmitido. Por lo tanto, tenía acceder a esos referentes opacados por la valoración de la “aclimatación”.

Probé con el tema de la religión que es tan importante para don Ricardo. Si ya me había dicho que el Señor tenía hace mucho tiempo gente orillando, cómo no conoció alguno. Están todos muertos, me dijo y cambió de tema. Mucho rato después y cuando ya me estaba dando por vencido, comenzó a hablar de los pulpos. Le pregunté cuál era el más

grande que había visto. Uno enorme que había sacado su hermano, siete kilos me dijo. Y lo asoció a un recuerdo adolescente, cuando había salvado a un mariscador de ahogarse.

*Yo una vez salvé al Zamudio una vez allá en el 14. De un pulpo. Me decía Zamudio, mira negrito, yo estaba cabro, estaba cabrito todavía. Llevaba un tarro de anchoas, pa pescar, mira negrito, veí esa piedra bola que está ahí, me dijo, grande. Claro. Ahí tengo un pulpo. No estis bromeando. No te estoy diciendo, tengo un pulpo hueón. Sale pa allá hueón.*

(Ricardo Olivares, C.5 mem p.10)

El 14 es el kilómetro 14 para el lado de Tocopilla. Y Zamudio era un mariscador viejo para él en esa época, tenía unos 56 años, que se metía calato a mariscar sólo con un saco y pillaba los pulpos con la mano. Lo agarraba y dejaba que el pulpo se pegara y cuando lo tenía firme lo sacaba de la cueva.

*Espérate no más. Le metió la mano, y lo pescó el pulpo po. Lo pescó y me dijo, quiubo negro, ya estoy tramado con el pulpo. Claro, yo me fui po, me voy yo. Me hizo con la otra mano no más. Y me fui yo po, a tirar lienza a un caletón, me puse a tirar lienza. Ya llevaba como 8 cabrillas así más o menos ya, ya después no pude pescar ya po ñor. Estaba llenando la mar po ñor. [...] Qué me pasa que no puedo pescar, como que me estuviera llamando el Zamudio, que chucha me pasa hueón. ¿No lo tendrá agarrado el pulpo todavía? Chucha, eché todas las hueás pa dentro mierda, las cabrillas, toda la cuestión al bote y tiré la anchoa. Ya era tarde ya, eran como las 6 de la tarde ya. [...] Y cuando veo Zamudio estaba, purrr, haciendo globitos pue ñor [...] Estoy calao negro, ¡suelta el pulpo! Si lo tengo suelto negrito, me decía, y se metía la mar. Y se veía el ramal pue ñor. Y me dan los monos a mi por la chucha, tiro la cagá por allá, y me saco toda la ropa, calato no más también yo [...] Y le puse la mano aquí en el sobaco no más, y le puse las*

*dos patas en la piedra. Ya me dijo. Tenía harta fuerza yo en ese tiempo, y ya estaba. Y yo con las patas yo ahí [...] así estiraó así, ¡tun! Al agua pato mojado entero, hasta la cabeza yo con él, los dos. [...] Y se me desmayó pue iñor. Se desmayó. Se desmayó de cansancio tanto vadear con el animal pue iñor.*

(Ricardo Olivares, C.5 mem p.11)

Por fin aparecieron pensé. Le pregunté si habían más mariscadores viejos como el Zamudio, y me dijo que si, que el Guatón Muralla, que era mariscador de Caleta Buena, una caleta que está al norte de Cobija.

*Piluchos, cara de palo. Andaban piluchos por todas, hasta por afuera andaban piluchos, por los caminos. Claro, si antes no había mucha gente, había menos gente, si antes había menos gente. Se tapaban con un saco no más, y el poto al aire, y con un chope no más.*

(Ricardo Olivares, C.5 mem p.12)

Si esto era a mediados del siglo pasado, entonces es muy probable que estos mariscadores estuvieran extrayendo básicamente para el consumo personal. Lo de las conservas, me contaba Danilo Araya, partió como a finales de los sesenta, en los setenta. Y la explotación industrial del pulpo como a principios de los ochentas, me dijo don Ricardo, ochenta y dos, ochenta y tres. Así es que el pulpo lo sacaban para comer. Otro dato importante que me dio, es que de esos dos mariscadores, sólo el Guatón Muralla vivía en la playa, en un pircado que le ponía calaminas arriba, “tiempos antiguos”. Zamudio en cambio tenía su casa en Tocopilla, algo muy parecido a lo que el mismo don Ricardo hace hoy. Pero lo relevante eran las referencias, aunque pocas, de la forma en que mariscaban esos viejos, para de esa manera asociarlos a la etapa anterior de la tradición mariscadora orillera, que las personas de la edad de don Ricardo recogieron y siguieron elaborando. Imaginar a esos viejos desnudos caminando por la playa con un saco en una mano y con el

chope en la otra, complementa el seguimiento del orillero que vengo haciendo y además me hace pensar que el desarrollo de esta tradición, se había mezclado con el avance del tapado del cuerpo. Desde los viejos calatos, hasta los buzos con trajes de goma. Aunque ésa es otra historia.

Pero volvamos a don Manuel. He querido partir con los análisis de las otras entrevistas para poder cruzar la información con lo que don Manuel me ha dicho. Lo primero es que él también partió de la base de que había aprendido solo. Me lo dijo cuando le conté que su hermano Ricardo me había dicho que él le había enseñado. “Qué me iba a enseñar...payaso ése. Si aprendí cuando tenía nueve años, yo aprendí solo” (don Manuel O., C.7 mem p.1), me dijo. Otra vez, pensé. Así que le contra pregunté de inmediato. ¿Pero mirando a quién? Y fue aliviador escuchar que a otros mariscadores.

*M: don Manuel; I: Investigador*

*M: Gallos que están muertos ya po.*

*I: ¿Cómo se llamaba el viejito con que aprendió?*

*M: Noo, eran varios. Yo aprendí con los mariscadores de Tocopilla, de Tocopilla, también eran gatiqueños. Los Rojas. Le decían el Tino a uno.*

*I: Con él aprendió usted.*

*M: No, no aprendí, pero a ellos los miraba cómo trabajaban, estaba cabro yo, perico no más. Se metían, sacaban erizos y cuánta hueá.*

*I: ¿Aprendió puro mirando no más entonces?*

*M: Si po, mirando cómo trabajaban ellos. Después pesqué el chope yo...es lo mismo si tu vai a una hacienda por ahí, a cuánto se llama esa cuestión de, adónde pasa el arao todo, pa sembrar papas, pa sembrar tomates, pa sembrar qué sé yo. Es lo mismo, mirai tu cómo se hace y aprendis po.*

(don Manuel O., C.7 mem p.1-2)

Como se puede ver en este diálogo, si bien está la tendencia a considerar el aprendizaje como autodidacta, la diferencia está en que les entrega protagonismo a los mariscadores más viejos. Aunque niega que haya aprendido con ellos y se limitara a decir que había aprendido sólo mirando. ¿Cuánta diferencia hay en ello? Entonces recorro al trabajo de campo y me acuerdo que don Manuel tampoco me dio mucha instrucción cuando lo acompañé a orillar. A lo más un par de frases cortas, y un pulpo pequeño que me cedió para intentar sacarlo. Sin embargo, si a mi me preguntaran con quién había aprendido, rápidamente diría que con él.

Me parece que en esto influyen dos situaciones. La primera, y que más adelante vuelve a aparecer, tiene que ver con el orgullo de quién domina un oficio, sobre todo si de él depende su subsistencia, y que tiene además una relación directa e individual con la naturaleza. Cuando se dan esas condiciones que implican mucha autonomía, pienso que el orgullo, no necesariamente expresado en forma negativa, le resta crédito a las influencias externas. Y lo segundo, es que con estas apreciaciones de don Manuel, especialmente cuando hace la analogía del que aprende en el campo con el arado, refuerza lo que ya he escrito sobre lo dicho por don Ricardo y la relación con la naturaleza. Es decir, hasta cierto punto es real lo del aprendizaje autodidacta, pues hay mucho de observación y además en este caso, de imitación, que en gran medida dependen de las habilidades individuales.

Otro aspecto relevante que surgió del cruce de información, es lo relacionado con la caza del pulpo. Actividad fundamental para los orilleros actuales, pues como escribía, es uno de los productos que da más dinero. Sin embargo, la caza del pulpo sólo se hizo en

forma comercial cuando abrieron las conserveras que lo demandaron, a principios de los años ochenta. “Se sacaba pulpo, claro, pero pa comer, na pa vender, 4, 5 pulpos, había re mucho pulpo. Es que no había fábricas de pulpos.” (don Manuel O., C.7 mem p.2). Esto es significativo, pues me atrevo a decir que la comercialización del pulpo generó el último cambio en las técnicas y en el equipo de los orilleros, ya que se necesitó hacer más efectiva la caza del animal. Cambio que fue realizado por la generación de don Manuel y que se puede interpretar como un aporte a la tradición orillera milenaria. Esto es interesante además, pues es una contribución hecha por una población mestiza, inmigrante, sin parentesco con la tradición, pero que la recibió y que por distintas razones, de mercado en este caso, ha sido capaz de hacerla evolucionar.

Ahora bien, expongo esto en el apartado del aprendizaje, pues don Manuel no creó la caza del pulpo con dos fierros, el Pulpero y el Cebador, y don Ricardo tampoco, a pesar de su insistencia. “Antes era de otra forma. Así con...un pedazo de cangrejo al cebador no más y listo” (don Manuel O., C.7 mem p.2) y antes, como contaba don Ricardo, los sacaban incluso con la mano. La de los dos fierros, fue una técnica que aprendieron por medio de buzos u orilleros antofagastinos. Lo que no es muy difícil de suponer, pues probablemente fue en Antofagasta, principal centro comercial de la región, donde comenzaron a comprar pulpo industrialmente.

*Yo aprendí a trabajar así, porque yo sabía que en Antofagasta trabajaban igual po. Con dos fierros, los cabros me dijeron a mi po. Allá en Antofagasta trabajan con dos, con dos...le ponen un cebador en la punta, un gancho, pero y trabajai con el otro lo clavai. Con dos fierros.*

(don Manuel O., C.7 mem p.3)

Pareciera que aprendió solo, que sólo necesitó escuchar cómo lo hacían. Pero siguiendo la lógica del aprendizaje por observación, le pregunté si había aprendido mirando en Antofagasta,



*No, no aprendí en Antofagasta, en Antofagasta allá trabajaban así. Yo primero trabajaba sin cangrejo po. Con el puro gancho sacaba pulpo, pero fue, a ver...ése día llegó un compadre que es buzo, que es de Coloso. Anda pa Coloso no más, y ahí te dai cuenta que ahí está uno que le dicen el Tiritón, se llama Roberto. Llegó aquí, pescó un fierro ahí de esos, de esos, anilló dos fierros de esos de cuestión de, de, de, pal sol, cuánto se llama...quitasol, unos fierros que son así aceraos, delgaditos. Pescó dos de esos, los anilló, y estaba mi hermano acá po, el Carlos. Fueron pa allá pa la punta. Se llevó, hizo un cebador y llevaba el gancho. Y con eso sacó 9 pulpos, en un dos por tres. Oye hueón tan rápido que sacaste pulpo, le dijo. ¡Chei! ¿Cómo lo hiciste? Si yo trabajaba antes así po, si la gente trabajaba así pa allá pue ñor. Y después, y después, de eso yo, después de eso empecé a usarlo.*

(don Manuel O., C.7 mem p.3)

Nuevamente aparecía otro que había transmitido conocimiento. Sin embargo, cuando le pregunté en qué año había sido, don Manuel titubeó y me dijo que el año pasado no más. Y que el Tiritón no le había enseñado, que él ya trabajaba con dos fierros. El Tiritón lo único que había hecho era confirmarle que en Antofagasta trabajaban hace tiempo de esa forma. No me convenció. Pero volví a pensar en el orgullo como pilar de su existencia orillera, como necesidad para alguien que vive solo y prácticamente al día.

## Vinculaciones urbanas

Al conocer a alguien que vive en la playa y de la manera en que lo hace don Manuel, los prejuicios inmediatamente lo sitúan como un sujeto que a penas mantiene vínculos con la ciudad. Circunscrito a las mareas y la preocupación diaria por cazar y extraer. Sin embargo con él, esa tendencia se fue acabando rápidamente, primero al ver las fotos de modelos televisivas pegadas en su comedor, la bandera de Cobreloa y los comentarios de noticias nacionales; y luego con la cantidad de recuerdos de su vida citadina y el reconocimiento de su imaginario, que incluye tanto de la costa como de la urbe.

Don Manuel nace en una ciudad, o pueblo grande en ese momento, Tocopilla 1946. Y como se exponía en su historia de vida, pasó la mayor parte del tiempo, hasta más o menos los treinta años, deambulando por distintos pueblos o ciudades como Antofagasta, Tocopilla, Gatico, la oficina salitrera Vergara y Calama. Ha sido un sujeto urbano durante por lo menos la mitad de su existencia. Hizo su educación escolar básica completa, incluso tomando clases particulares lo que es bastante “de las ciudades”. Trabajó también en Antofagasta en una compañía como la Coca-Cola y alcanzó a vivir los últimos períodos de esas urbanizaciones aisladas que eran las salitreras. En sus recuerdos aparecen continuamente las experiencias de su vida urbana, como pololeos, plazas, fuentes de soda, campeonatos de fútbol. Sin embargo, hay que recalcar que la costa ha sido una presencia constante en su vida, y que si bien por períodos estuvo alejado (servicio militar o su estadía en Vergara), siempre volvió, estableciendo una transición entre la ciudad y “la playa”. Esto dependiendo entre otras cosas de sus posibilidades de trabajo. En esa época era lo urbano su centro y la playa la alternativa, lo que cambia al instalarse definitivamente en Cobija, donde por fin encuentra un lugar para hacerlo propio. De esta forma, en su discurso la ciudad surge como un espacio que es opción en su devenir. Esta incorporada a un ciclo mayor que involucra desde las vedas de los mariscos y el pulpo, las condiciones climáticas, hasta la visita a familiares o idas a comprar y encuentros con amigos.

Esta dualidad urbanidad-playa y su reflejo práctico, que es la transición entre estos dos polos y que varía su intencionalidad según la etapa de la vida de don Manuel, son parte

del diagnóstico que guía los objetivos de este estudio. Describir de qué manera se constituye la vida de un sujeto que está en esa situación. Y es por eso que también me parece importante hacer hincapié en el giro que hace, al quedarse viviendo en la playa después de haber pasado por la mayoría de las experiencias de sus contemporáneos y cercanos, que hicieron su vida en la ciudad. Explicaciones para esto se pueden buscar en el carácter de don Manuel, sus vivencias y sus relaciones personales, pero lo considero un aspecto muy privado, y como no es una historia de vida lo que aquí se propone, lo relevante es destacar esa decisión como el quiebre que lo posicionó en esa instancia limítrofe, en la que adopta la tradición de la subsistencia costera como modo de vida, sin abandonar del todo lo urbano. Lo que deja al descubierto no sólo este hecho, sino que también genera una reflexión, en torno a las potencialidades de los sujetos, que crecen en contextos en los que aún perviven tradiciones culturales precolombinas, pero que tienen un origen mestizo-nacional.

### ***Conexiones con la urbe***

Se pueden establecer las conexiones con lo urbano y su contexto, en dos niveles. Uno que se desarrolla en el imaginario de don Manuel y otro en los recorridos concretos que hace por la ciudad. Hago esta separación como modelo explicativo, pues obviamente el imaginario no desaparece cuando visita la ciudad, así como la ciudad no desaparece en Cobija.

Respecto de su imaginario, he identificado cuatro vías principales y externas, por las cuales se alimenta. Una es la compra del periódico que siempre pide a las personas que van a Tocopilla, la ciudad más cercana, y de donde se provee de las noticias locales, regionales y nacionales, en sus distintos ámbitos. Otro medio es la radio, donde además de noticias y comentarios, escucha la música nueva que está circulando, lo que le permite conocer a los artistas populares que están de moda, así como también escuchar canciones viejas que le hacen recordar otros momentos. La televisión es otra vía por la cual se conecta, pero de forma muy restringida, ya que él no tiene televisor y sólo tiene acceso cuando va a ver algún partido de fútbol a la casa de los Pinto u otros vecinos. Y la última, es a través de las

conversaciones que tiene con personas que lo visitan, que le cuentan acerca de lo que pasa en la ciudad y sobre otros conocidos que don Manuel no ve hace tiempo. Su hermano Ricardo, en este sentido, es una de las personas que más le pone al día con noticias y comentarios de sus parientes y conocidos.

En cuanto a las visitas que hace a la ciudad, a Tocopilla la más cercana y a Antofagasta, ocurren básicamente por dos razones. La primera es por necesidades de aprovisionamiento de mercadería o para hacer algún trámite. Éstas las efectúa con cierta regularidad y son por el día. Toma el bus en la carretera a Tocopilla en la mañana, o a mediodía, y se vuelve a la tarde noche. En esas ocasiones va al supermercado, visita amigos, hace los trámites que tenga que hacer, y a veces se queda en alguna fuente de soda tomando cerveza, o viendo algún partido de fútbol. Son ocasiones relativamente especiales, ya que en general es la señora María, en su labor de rematadora quien le compra abarrotes, por lo que casi siempre tiene otro motivo para “ir a puerto”. Algún trámite específico, ver fútbol, e incluso simplemente las ganas de visitar.

La otra razón importante que lo lleva a la ciudad tiene un carácter más estacional y es debido a las vedas, principalmente la del pulpo, que tiene el siguiente ciclo. Se levanta de marzo a mayo, se impone de junio a julio, se vuelve a levantar de agosto a octubre, para luego de noviembre a febrero imponerse nuevamente. Al quedar sin la venta del pulpo, don Manuel pasa parte de esos períodos en la casa de su madre en Antofagasta, especialmente la veda de noviembre a febrero, que es muy larga y no le permite resistir la falta de entrada monetaria. Sin embargo, si bien se instala en Antofagasta, don Manuel está en movimiento entre la ciudad y Cobija. Lleva mariscos y pescados a Antofagasta para venderlos y tener dinero para su estadía y aportar a la casa materna, y también vuelve para ver cómo está su casa, porque teme que al ausentarse tanto tiempo le entren a robar. Como mucha de su familia vive en Antofagasta, varios hermanos y hermanas, encuentra bastante apoyo para pasar esos meses de inactividad pulpera. Él es el único de la familia que vive en la playa, y aunque no me lo haya dicho directamente, genera entre sus hermanos un trato especial, seguramente fundado en que lo ven más expuesto. Incluso uno de ellos tiene un negocio de fletes y a veces le da trabajo para que se mantenga esos meses.

Un aspecto característico de estos viajes a la ciudad, por el día o períodos, es que don Manuel se arregla para ir. Cambia su aspecto de hombre de la playa, por otro que se mueve en la ciudad sin llamar la atención. Se baña, se afeita, se pone ropa limpia. Este encuentro que grafica la pertenencia de don Manuel a esos dos mundos, y más que una transformación en la que se deja de lado parte de lo que se es, demuestra una capacidad de ubicarse que es propia de quien conoce los contextos. Para describir la forma en que don Manuel se desenvuelve en la ciudad, presento a continuación parte del relato sobre la visita que hicimos juntos a Tocopilla.

### *Ida a Tocopilla*

En la foto aparece don Manuel con los brazos en jarra, frente a su casa de infancia en Tocopilla. Es pequeña y de madera. Tiene una ventana enrejada y una puerta alta y



verde. Don Manuel esta entre las dos. La fachada está pintada rosado pálido, la pintura y la madera están desgastadas. Los marcos de la ventana, que son dos, arriba y abajo, son de color café. Por entremedio de los barrotes se cuelan pedazos de una cortina blanca. En la cornisa de una ampliación al costado derecho, está puesta una antena para televisión satelital,

un perro camina en el vértice inferior derecho.

Desde que los objetivos de la investigación estuvieron claros, se hizo importante acompañar a don Manuel a Tocopilla, para ver cómo se desenvolvía en la ciudad. Así que a penas llegamos al tercer terreno, le pedí que fuéramos. Afortunadamente coincidió con que don Manuel quería ir a preguntarle a un senador, por la posibilidad de obtener una pensión, ya que se había enterado que a otro orillero amigo suyo, se la habían gestionado. El partido

político no le importaba mucho, en principio era uno de la Concertación, pero cuando no pudimos encontrarlo me dijo que buscáramos al de la Derecha. Tampoco apareció.

Paso a buscar en camioneta a don Manuel. Está bañado, afeitado y vestido con ropa limpia. Pienso en la analogía con la preparación antes de ir a orillar y en su capacidad de participar en los que para mí, son mundos tan distintos. Vamos por la carretera hacia Tocopilla, lo primero que me dice es que no me vaya tan rápido, le vi cara de preocupado, así que bajé la velocidad. Un poco más adelante pasamos por un lugar y se acordó que había vivido ahí con su familia cuando niño. No lo recordaba hace mucho. Su papá trabajaba en una mina costera y ellos vivían en una casita donde había unas vinchucas enormes. Al pensar en la cantidad de lugares en que su familia vivió, refuerza la idea de la movilidad, no sólo de don Manuel y su familia, sino que en general de la gente que vive en esta costa. Cuando pasamos por Gatico, recordó algunos lugares como la cancha de fútbol, la panadería, el hospital. Y al pasar junto al cementerio, saludó con la mano, me dijo que saludaba a los muertos. Volvió a hacerlo frente a una animita del camino, que era de alguien conocido. Me iba indicando las minas en que él había trabajado, o sus hermanos y papá. Cuando entramos a Tocopilla nos pararon los carabineros, revisaron los documentos.

Lo primero que hicimos fue visitar a un eléctrico. Don Manuel me indicaba las calles por las que tenía que ir, se notaba que las conoce bien. Subimos hasta llegar a una calle, podría decir típica, con casas viejas sin patios delanteros, de esas en que las murallas del frente, y por lo tanto alguna ventana, dan a la calle. Nos estacionamos y cruzamos a la otra vereda, don Manuel tocó una puerta. Se entreabrió y apareció un tipo gordo de anteojos que se subía los pantalones. Cuando reconoció a don Manuel se sonrió y nos dejó pasar. Amigo Ortiz le dijo don Manuel. El amigo Ortiz, como le decía don Manuel, lo miró y se rió. Le preguntó si le había traído los mariscos que le había prometido la vez anterior. Don Manuel se ríe y le dice “no amigo Ortiz, la mar ha estado muy mala” y que no ha podido salir a mariscar. “Ah, usted siempre tiene una chiva”, le dice el eléctrico y se vuelve a reír. Entonces don Manuel se sonríe y se trata de justificar. Don Manuel le llevaba una radio pequeña que se le había echado a perder. Ortiz desarma la radio y le echa una mirada. Le dice que esas radios se deterioran siempre al lado del mar, que el aire salino les corroe los

transistores. De pronto aparece una araña en el aparato. Moviendo sus ocho patas lo más rápido posible intenta arrancar. Sin embargo Ortiz la inmoviliza con el destornillador y la mira. Sin pronunciar palabra, toma un pequeño frasco con rociador y moja al animal que de a poco se desvanece. Don Manuel y yo nos quedamos mirando en silencio. El gordo acomodó sus lentes y lanzó el bicho hacia atrás. Le dice a don Manuel que se la deje, a ver si encuentra un repuesto. Entonces don Manuel le pregunta por una radio más grande que quisiera comprar. Ortiz le muestra una que no han ido a buscar, a don Manuel le interesa. Quedan de acuerdo, pasará otro día a ver si el aparato tiene arreglo.

Nos subimos a la camioneta y fuimos a estacionar más cerca del centro, del supermercado. Íbamos a la oficina del senador Gómez a ver lo de la posible jubilación. Mientras caminamos por la avenida principal, don Manuel va saludando gente. Mujeres, hombres, viejos y jóvenes. Pienso en lo que me ha contado de su vida en Tocopilla. Los pololeos en la plaza, algunas fiestas, Tocopilla de los años 50 y 60. Se mueve bien don Manuel en la ciudad. Nos dirige. Se cruza con una señora de unos 50 años, quizás más joven, bien arreglada. Le pregunta cómo ha estado, conversan sobre gente en común, yo saludo y espero. Cuando



se despiden, don Manuel me dice que ésa es la amiga que me había contado antes, con la que se junta a veces cuando viene a Tocopilla. Es muy amable con él, lo invita a comer y conversan. Pienso un poco en la efusividad con que me lo cuenta y me parece que es la satisfacción de tener una amistad a pesar de las diferencias. Una mujer “arreglada” y un hombre que vive en la playa. Conciente de su posición social un tanto al margen, debe valorar mucho tener un amiga como ella. Lo afirmo, pues otras veces también me ha mostrado el valor que tienen para él algunas amistades distantes a su entorno. Como si a pesar de su opción por el aislamiento relativo, la conexión con esa otra realidad se mantuviera debido a una especie de nostalgia por la vida citadina, que cuando la hace recuerdo, lo ubica de manera distinta en su vida costera.

Llegamos a la oficina del senador. Estuvimos tocando un momento, nadie abrió así que nos fuimos. Al pasar, un viejo que estaba sentado en un escaño junto a otros veteranos, y que al parecer conocían a don Manuel, le dijo que el senador andaba dando vueltas, que viniéramos más tarde. Seguimos caminando y don Manuel se encontró con otra mujer, más joven, de unos 40 años. Se saludaron amablemente y ella le contó que su abuela se había muerto hace unos días. Después don Manuel me contó que la abuelita de ella había sido compañera en el colegio de su mamá.

Le propongo a don Manuel que me acompañe a ver internet, acepta. Nos sentamos frente al computador y le empiezo a mostrar las, para mi, maravillas de la red. Él no se



convence. Pero mire le digo, si aquí uno puede ver hasta el diario. “Pero para eso te lo compras en la esquina” me dice, “pero si aquí es gratis” le digo yo. “Chei! claro, pero tenís que comprarte un computador primero”, me responde, “y eso no es na gratis”. Le encuentro la razón. Termino de ver mis correos y nos vamos.

Después lo invito a comer unas empanadas, me cuenta de un lugar y vamos hacia allá. Cuando llegamos lo saludan y lo vuelven a molestar porque no ha traído los mariscos que ha prometido. Don Manuel se vuelve a disculpar diciendo que la mar está muy mala. Además le recuerda al dueño de la amasandería que le debe un par de empanadas de la vez anterior. El dueño lo corrobora. Le pedimos 4 empanadas y dos bebidas. En realidad no están muy buenas, tampoco para don Manuel que alega disimuladamente que no están frescas, pone caras de malestar. Le pregunto al dueño de la amasandería dónde puedo hacer copias de llaves, que es uno de los pedidos para el equipo y me dice que en el mercado. Terminamos de comer y vamos para allá.



Cuando vamos pasando frente a la plaza, nos damos cuenta que hay unas actividades de los estudiantes. Don Manuel dice que esos cabros en vez de estar haciendo problemas deberían estar estudiando, aunque no era una protesta sino que una actividad de jóvenes emprendedores. Seguro se refería a “la revolución de los pingüinos” que había sido hace unos meses, de la que obviamente estaba enterado. Veo pasar a su hermano Ricardo que vive aquí. Va con una mujer, don Manuel me cuenta que es su señora. Vamos a saludarlo le digo, me dice que no quiere, entonces yo me acerco y saludo a Ricardo y a su mujer. Le cuento que ando con don Manuel y apunto adónde está. Lo saluda con la mano. Quedamos de acuerdo para conversar cuando vaya a Cobija y nos despedimos. Después don Manuel me dice que no se acercó a saludarlo porque no le gusta su cuñada, porque es algo así como “estirada”. Vuelvo sobre el tema de las relaciones con las personas que no pertenecen a su entorno playero, pero en este caso en forma negativa, pues al parecer esa cuñada lo discrimina, pues no le gusta la forma de vida que lleva.



Antes de ir al mercado, pasamos nuevamente por la oficina del senador. No había nadie. Entramos al local donde copian llaves. Mientras las hacían, don Manuel comenzó a preguntar por unas fotografías antiguas que había en las vitrinas. Eran varias. La señora que atendía le dijo que ellos coleccionaban fotos y cosas antiguas. Don Manuel le contó que él conocía a algunas personas que salían en la foto de un equipo de fútbol. Se pusieron a hablar de personas conocidas que tenían en común, a pesar que ellos no se ubicaban, aunque al final conversando, se llegaron a ubicar relativamente. Le dijeron a don Manuel que si tenía fotografías antiguas que se las llevara, que ellos estaban armando una colección.

Después nos fuimos al supermercado. Ahí cada uno partió a comprar lo suyo. Como yo tenía que comprar más cosas, don Manuel me esperó a la salida. Fuimos a la camioneta, subimos las compras y partimos a buscar un lugar para almorzar. Terminamos en un local

que anunciaba pejesapos, pescado del que habíamos hablado mucho pero que yo no había comido. Entramos y pedimos, pero nos dijeron que no había. Aceptamos quedarnos para no seguir dando vueltas. El almuerzo fue simple y el negocio más o menos. Don Manuel, que es agudo, también opinó lo mismo, incluso estaba algo molesto.



Cuando salimos del restorán, le propuse a don Manuel que fuéramos a la casa donde había crecido para que me la mostrara. Me dijo que bueno y me indicó el camino. Me cuenta que ahí viven unas sobrinas de él, junto con una de sus hermanas. La casa está en una parte alta, me pareció una típica calle inclinada de puerto. Se veía el resto de Tocopilla. Es una casa pequeña, de madera desgastada. Con una puerta verde. Don Manuel saluda a sus sobrinas y sobrinos nietos, ellas le preguntan cómo ha estado y se queda conversando un momento. Yo recibo una llamada desde Cobija para que por favor pase a hacer unas compras más. Entonces don Manuel se pone frente a la casa para que lo fotografíe. Nos despedimos y nos vamos.

Volvemos al supermercado y alcanzo a comprar las últimas cosas, los negocios cierran en Tocopilla pasada la hora de almuerzo y no abren hasta las 4. Vamos al último encargo que teníamos, comprar bencina para la camioneta y los generadores eléctricos. Además de llenar los bidones con agua. Los bidones, de agua y bencina, quedaron sueltos en la parte de atrás de la camioneta, así que comenzamos a buscar un cordel para amarrarlos. En la bomba fue imposible, recorrimos las calles tocopillanas preguntando y viendo si encontrábamos un cordel para no andar con los bidones dando saltos. No encontramos, hasta que don Manuel me dijo que fuéramos a la caleta, que ahí él le iba a pedir a sus amigos pescadores. Dicho y hecho. Alcancé a llamar a la Paula para saber a qué hora los pasaba buscar y don Manuel apareció con un cordel. Amarramos los bidones y partimos.

Al volver por la carretera, me siguió indicando lugares. Le pregunté por qué no se había casado. No se había dado, me dijo, que a lo mejor su vida sería otra, no estaría en la

playa. Después le pregunté qué se sentía primero, si chileno, tocopillano, antofagastino o cobijano. Me preguntó si lo estaba hueviando. No, le dije y me reí. Entonces me dijo que él era chileno y después se sentía nortino, de la II región. Entonces le pregunté cuál era la mejor caleta de esta zona; me dijo que Cobija. Creo que se lo pregunté porque estaba diciendo lo mala que era una caleta que acabábamos de pasar. Cobija era mejor, según él, porque era más resguardado y más grande.

En otro momento me dijo que ya estaba un poco aburrido de vivir en la playa, era mucho trabajo. Le pregunto por qué no se va a vivir a la ciudad entonces, y me responde que se necesita más plata, no como en la playa. Me cuenta también, que hace algún tiempo le ofrecieron una pega de cuidador en Antofagasta, le pagaban bien, pero después le empezaron a decir que tenía que limpiar baños y ese tipo de cosas que no le gustan, así que lo desechó. Además me comentó que cuando muriera su mamá, pensaba que esa casa iba a quedar para él, así que probablemente se iría a vivir a Antofagasta. Esto podría ser relativamente luego, ya que la mamá de don Manuel tiene como 90 y algo de años.

Pasé a Cobija a dejar a don Manuel y las bolsas de las compras. Partí a Caleta el Fierro a buscar a Paula y Alberto.

Volví a Cobija.

## DISCUSIÓN

Si bien los datos establecidos en esta investigación, ayudan a comprender el modo de vida de un cazador recolector contemporáneo de la costa de Antofagasta, también es cierto que es posible seguir estudiando el tema e intentar descubrir nuevos aspectos que complementen lo aquí descrito, y permitan generar conocimientos más amplios sobre un fenómeno que no se circunscribe únicamente a la costa antofagastina, sino que es propio de la extensa costa desértica, y en términos más generales, de los procesos que viven gran parte de los habitantes de los países latinoamericanos. La disponibilidad de herencias culturales precolombinas, y las necesidades actuales de los sujetos que habitan estas costas y otras zonas de nuestro continente, requieren de un análisis mayor, para el cual este estudio representa sólo una entrada.

En ese sentido, la atención de este trabajo no se dirige hacia los descendientes directos de las poblaciones originarias, ni a lamentar el deterioro o transformación “destruccionista” de sus culturas, sino que apunta a resaltar las condiciones de vida de los sujetos que somos fruto del cruce producido en América, revelando las posibilidades que nos provee nuestra condición mestiza y describiendo cómo operan las elecciones tomadas, consciente o inconscientemente, en la forma en que actuamos. De todas maneras, esto implica necesariamente conocer lo que la ascendencia indígena nos ha legado y tratar de distinguir en el presente, cómo la hemos reutilizado en nuestra compleja y heterogénea formación como sujetos nacionales, que siempre ligada a concepciones foráneas, poca atención han puesto a esta condición.

Sin embargo, tengo presente que esta reflexión se apoya en una distinción metodológica, pues obviamente dentro de los procesos de aprendizaje (en un sentido amplio), los diferentes rasgos culturales se transmiten indistintamente y muchas veces es difícil seccionarlos en búsqueda de orígenes, sobre todo si asumimos que esa mixtura es lo que nos constituye. Aún así, la apuesta es entonces, observar, detectar y describir, las

particularidades que permitan analizar la manera en que nuestra posición, ha permitido ir conformando lo que somos.

Específicamente, el estudiar la forma en que don Manuel hace su vida, permite exponer un caso concreto en que esta mezcla entre formas de vidas tradicionales y contemporáneas, sobreviven en medio de las condiciones que hoy imponen nuestras sociedades. El orillero encarna esta realidad con bastante nitidez, pues sus lazos con las formas de subsistencia precolombinas aún son evidentes, a pesar de que don Manuel no sea descendiente directo de las culturas que las crearon; y por otro lado, su incorporación al mercado nos permite observar cómo sobrevive un modo de vida, que en principio se muestra tan contradictorio al contexto en que se desenvuelve.

No obstante, la existencia del orillero se está haciendo cada vez menos sustentable. Junto a la preponderancia del buceo como actividad lucrativa, que permite una incorporación mayor al sistema capitalista y sus ofrecimientos, y la industrialización de las labores extractivas, hay que tomar en cuenta la conectividad que ha establecido el desarrollo económico de nuestro país, que permite la circulación de productos e imaginarios que están forjando nuevas necesidades, que hace 10 ó 20 años atrás, estas poblaciones jamás tuvieron. Los requerimientos de los actuales contextos socioculturales, son ajenos a un modo de vida que es materialmente precario y basado en una producción dirigida más a la subsistencia (aunque implique la obtención de dinero), que a la obtención de un capital dirigido a satisfacer necesidades mayores. Néstor García Caclini hace una descripción breve y precisa de este fenómeno,

*La transnacionalización del capital, acompañada por la transnacionalización de la cultura, impone un intercambio desigual de los bienes materiales y simbólicos. Hasta los grupos étnicos más remotos son obligados a subordinar su organización económica y cultural a los mercados nacionales, y éstos son convertidos en satélites de la metrópolis, de acuerdo con una lógica monopólica (García Canclini 1986 [1982]:38)*

Si bien, el interés de García Canclini apunta hacia los grupos étnicos, es aplicable al modo de vida orillero, a pesar que como ya he expuesto éste se encuentra en un espacio particular, pues ha crecido y tiene una relación más larga con las dinámicas del capital, y a su vez un vínculo con las etnias originarias mediante la reutilización de su legado; constituyendo así, un conjunto de patrones culturales y hábitos que sin pertenecer directamente a una etnia, se ven afectados por estos procesos,

*La diversidad de patrones culturales, de objetos y hábitos de consumo, es un factor de perturbación intolerable para las necesidades de expansión constante del sistema capitalista. Al ser absorbidas en un sistema unificado todas las formas de producción (manual e industrial, rural y urbana) son reunidas, y hasta cierto punto homogeneizadas, las distintas modalidades de producción cultural (de la burguesía y el proletariado, del campo y la ciudad). La homogeneización de las aspiraciones no implica que se igualen los recursos. (García Canclini 1986: 38-39)*

Es por esto que además es importante comprender y registrar esta forma de vida, pues como dice el autor, la homogeneización de las aspiraciones y la imposibilidad de que una forma de vida como ésta las satisfaga, la hará desaparecer junto a los últimos orilleros que van quedando. Y si algo subsiste de ella, que seguramente serán las técnicas, lo hará como una actividad recreativa para un puñado de personas, que luego volverá a su casa a continuar con sus trabajos y horarios.

En este sentido, también se desprende de la investigación que hay una correspondencia generacional con el ser orillero. No conocí ni he sabido de orilleros que tengan menos de 60 años aproximadamente, y esto se puede deber al desarrollo de la explotación marítima hacia el mercado, pues la difusión del buceo a finales de los '60 produjo un cambio importante, al cual no todos se incorporaron. Si pensamos en los

orilleros que aspiraron a los incipientes ofrecimientos de la modernidad en los sesentas y que no tuvieron la posibilidad de acceder a los medios de producción para bucear, por falta de capital, de conocimientos o porque simplemente al no ser una técnica tan divulgada, no habían entre sus iguales dueños de botes, motores y compresores de aire con los que asociarse, no les quedaron más opciones que continuar trabajando en la orilla, o dedicarse a otras labores para generar el dinero necesario para integrarse a esa otra vida. En la mayoría de los casos fue la minería, como para don Manuel en algún momento, así como también el ejercicio de otros oficios. Un ejemplo inverso de esto es Danilo Araya, el hermano mayor de los Pinto que tiene 50 años. Él en su niñez se crió orillando, pero alcanzó a convertirse en buzo pues con su familia pudieron acceder a personas que tenían los conocimientos y los instrumentos necesarios. Por otra parte, actualmente los jóvenes tienen un vínculo mucho mayor con la vida que se da en las ciudades, y por tanto su objetivo es ganar dinero para consumir los mismos productos que utilizan los ciudadanos, dándoles una valoración impensada para alguien como don Manuel. A ninguno se le ocurriría vivir como orillero.

### **Algunas perspectivas para la caracterización del orillero**

Como ya establecí en el marco metodológico, este es un estudio de caso y como tal describe una parcialidad de un fenómeno en el que hay más involucrados. Y aunque la mayoría de los pormenores con los que se construye este trabajo, están sujetos a lo que don Manuel accedió a mostrarme, también pude ampliar mis conocimientos con otros orilleros con los que tuve contacto en los terrenos y con los relatos de personas cercanas a ellos como los buzos, pescadores o rematadores. Por tanto, si bien es cierto que el aporte de más investigaciones podría aumentar la cantidad de información y quizás producir conocimientos más específicos, creo que lo expuesto en este estudio muestra los rasgos principales y permite comprender esta forma de vida. De esta manera, para hacer inferencias que operen a una escala mayor, he establecido algunos puntos de vista que me parecen relevantes para caracterizar a estos cazadores recolectores contemporáneos, o quizás mejor dicho, orilleros.

Lo primero es saber que se trata de personas que no son descendientes, por lo menos directos, de los pueblos originarios de esta zona. Pues como ya lo indicaba Latcham a comienzos del siglo veinte, si bien aún existían algunas familias conocidas con el nombre de Changos, repartidas en ciertos puntos de la costa desértica, habían perdido su relativa “pureza de raza”; lo que prefiero interpretar más como una pérdida de la continuidad cultural. Ese tipo de familias desaparecieron o se disolvieron en los procesos socioculturales que se desarrollaron en el norte de nuestro país, influenciados la mayoría por la explotación minera. Latcham también lo anunciaba,

*El descubrimiento de minas de cobre en la cordillera de la costa y la consiguiente habilitación de numerosas caletas antes apenas conocidas ha motivado la desaparición de la mayor parte de las tribus, o su absorción en la masa general de la población (Latcham 1910: 64)*

Si consideramos que ese era un proceso que ya se estaba dando a comienzos del siglo veinte, concretando la desaparición y absorción de las últimas familias changas, es claro que la ascendencia orillera no es directamente precolombina. La minería continuó y continúa siendo factor importante de inmigración, lo que por ejemplo en el caso de don Manuel, fue motivo para que su familia se trasladara de la cuarta a la segunda región. Sin embargo, lo interesante es que estas poblaciones inmigrantes fueron depositarias de algunas de las creaciones indígenas, lo que nos lleva a la siguiente característica. El vivir en estas costas, permitió el acceso y la transmisión de conocimientos elaborados durante miles de años.

El capítulo de información arqueológica, donde se rastrea hasta casi diez mil años atrás la explotación longitudinal del océano, muestra la persistencia en la costa desértica, particularmente en la zona de arreísmo absoluto, de este modo de subsistir que a pesar de las variaciones que ha sufrido, aún podemos reconocer. Varias características de esa acumulación de conocimientos han logrado prevalecer en este territorio, sobreviviendo



incluso a la desaparición de los grupos que las crearon, demostrando así una precisión y eficacia, notables. Es como si las tecnologías creadas fueran parte del paisaje, dispuestas ahí para ser transmitidas, independientemente del origen de los habitantes que han ido llegando. En este sentido, es importante destacar el tema de cómo se transmitieron esos conocimientos.

Como expuse en el capítulo Orillero en Cobija, fue muy difícil que los entrevistados me indicaran cómo habían aprendido a orillar. Es más, apareció siempre como aprendizaje autodidacta, aunque asomaran en las respuestas vinculaciones con viejos orilleros. Quise entonces comprender esa posición, por la relevancia del orgullo en los trabajos duros y solitarios, y sobre todo por la importancia del lazo con la naturaleza en ese proceso, que en gran medida es individual a pesar de la compañía experimentada. Esta idea la corroboré luego con una afirmación de Service, que plantea que “Estas cosas se aprenden por imitación, y generalmente en el contexto en que se utilizan esos conocimientos; las técnicas de caza se aprenden yendo a cazar con compañeros más experimentados” (Service 1973:81); y pude comprenderla más cabalmente con las distinciones que hace Tim Ingold (2001 [1996]) en su artículo “El forrajero óptimo y el hombre económico”.

Para este autor, hay dos cosas que precisar en cómo aprenden los cazadores su oficio. Primero, que no hay un código de procedimientos explícito, que diga los movimientos a ejecutar en distintas circunstancias; y segundo, que no es posible separar en la práctica, la relación del novicio con otras personas, de su relación con el medio ambiente no humano.

*Mientras se desplaza, es instruido sobre lo que debe buscar y se le llama la atención sobre pistas sutiles que de otro modo posiblemente no notaría: en otras palabras, es guiado en el desarrollo de una conciencia perceptiva sofisticada de las propiedades del ambiente que lo circunda y de las posibilidades de acción que ofrece. (Ingold 2001: 54)*

Propone que ese *know-how* se obtiene por observación e imitación. Observar es atender activamente las acciones de otros y no incorporar una copia de informaciones específicas; e imitar es alinear esa atención con el movimiento de la propia orientación práctica, hacia el medio ambiente. De esta forma, plantea que el enlace de percepción y acción se comprende mejor como un proceso de enhabilitación que como uno de enculturación, ya que “no se trata de una transmisión de representaciones, como implica el modelo de enculturación, sino de una *educación de la atención*” (Ingold 2001: 55). Finalmente las instrucciones para el aprendiz, sólo logran ser significantes en su compromiso con el medio ambiente.

Estas concepciones me permiten por lo tanto, argumentar cómo es que esta forma de subsistencia ha perdurado, y la han logrado adquirir, transmitir e incluso reformular, sujetos que no tienen una ascendencia indígena. Pues si tomamos en cuenta la distinción de Ingold, entre enculturación y enhabilitación, podemos interpretar que no es necesario el respaldo de toda una cultura y sus representaciones para transmitir ese grupo de conocimientos técnicos, pues al basarse en la *educación de la atención*, dependen mucho de la relación que el “enhabilitado” tiene con el medio ambiente, y de cómo es capaz de desplegar lo que observó e imitó en un momento dado, más que con la pertenencia a un grupo específico.

Puedo deducir entonces, que los viejos cazadores recolectores de las últimas familias changas, se fueron mezclando con las poblaciones allegadas, y que bastaron sólo unos cuantos aprendices que optaran por la abundancia marina y por su consiguiente autosuficiencia, para lograr que esas nociones persistieran y fueran traspasadas a las siguientes generaciones de orilleros. Mientras las sociedades originales desaparecían, la reutilización de su subsistencia aseguró un tipo de vida paralelo a las necesidades que comenzaron a aparecer. Una descripción de Sahlins sirve para completar esta idea,

*Es como si las superestructuras de estas sociedades hubiesen sido corroídas quedando sólo la roca desnuda de la subsistencia y, puesto que la producción*

*misma se realiza con facilidad, la gente dispone de mucho tiempo para sentarse sobre la roca y hablar de ella.* (Sahlins 1983: 53)

Los orilleros también han ido reformulando esos conocimientos adquiridos. Y esa reformulación, está asociada a otra característica importante: su vinculación permanente con los elementos y dinámicas de la sociedad contemporánea. La mayoría de ellos, de los que supe y conocí, han sido criados en los pueblos o ciudades de la zona, siendo partícipes del sistema de educación estatal, de los procesos históricos<sup>5</sup>, o de las modas que los iniciales medios de comunicación de masas traían desde el centro. Ya en la adultez, teniendo otros trabajos u oficios en las ciudades, como los hermanos Olivares, en algún momento deciden echar mano de las técnicas y modo de vida aprendida en la niñez, y de ese modo aprovechar la potencialidad de su independencia (relativa), para así no estar completamente inmersos en las redes sociales, que por diferentes motivos, no les acomodaban. Sin embargo, el haber sido criados y hecho gran parte de sus vidas en los centros urbanos, no sólo les dejaron recuerdos y tendencias, sino también relaciones familiares y amistosas importantes, que los ligan permanentemente a esos lugares. Hay incluso quienes como don Ricardo Olivares, viven en la ciudad y van a “la playa” a trabajar durante el día.

De igual modo, está el ya comentado factor económico en esta relación. La subsistencia, si bien se nutre de la recolección y la caza, finalmente es convertida en dinero para comprar víveres y satisfacer otras necesidades, que los hace parte de las dinámicas del mercado. Ahora bien, esto que parece ser tan contradictorio, ha sido fuente de transformación de las técnicas de recolección y caza, y debe ser destacado, pues ha permitido la durabilidad de esta forma de subsistencia, o en el caso de don Manuel, de su modo de vida. Por ejemplo, la demanda de las industrias conserveras ha generado cambios significativos, como el paso de uno a dos fierros para cazar el pulpo y la incorporación de medios de movilización como la bicicleta, los que han logrado hacer más eficiente la

---

<sup>5</sup> Por ejemplo, estando en Gatico don Manuel miró lo que queda de un muelle y recordó a Fidel Castro saltando desde ahí hacia la playa, cuando visitó el norte. O también el recuerdo de las salitreras en su niñez.

producción y por tanto la obtención de dinero. Es muy probable que sin esas transformaciones, el orillero ya hubiese desaparecido pues no sería sustentable. Es posible entonces, desde mi perspectiva, proponer que las transformaciones en las técnicas de subsistencia, independientemente que sean motivadas por el mercado, hace que los orilleros dejen de ser sólo depositarios de un cúmulo de conocimientos, y los convierta en integrantes activos de la milenaria tradición desértica costera.

Posicionados en una situación fronteriza, compartiendo ámbitos con modos de vida diferentes que entran en conflicto y cambian, los orilleros esperaran la baja para escudriñar las rocas por última vez muy pronto. Cuando ya no haya aprendices que quieran obviar la ilusión de las necesidades infinitas.

## BIBLIOGRAFÍA

- Aceves, Jorge  
1999 Un enfoque metodológico de las Historias de Vida. *en* *Proposiciones 29: Historias y relatos de vida: investigación y práctica en las ciencias sociales*. Pp. 45-51, ed. SUR, Santiago.
- Arriaza, Bernardo  
2003 [1995] *Cultura Chinchorro: Las momias artificiales más antiguas del mundo*. M. Oñate, trad. Santiago, Chile: Editorial Universitaria.
- Barth, Fredrik  
1976 [1969] Introducción. *en* *Los grupos étnicos y sus fronteras: la organización social de las diferencias culturales*. F. Barth, ed. Pp. 9-49. México D. F., México: Fondo de Cultura Económica.
- Bird, Junius  
1946 The Historic Inhabitants of the North Chilean Coast. *en* *Handbook of South American Indians*. Smithsonian Institution, ed. Pp. 595-97, Vol. II. Washington DC, USA: Bureau of American Ethnology.
- Bittmann, Bente  
1979 Cobija y sus alrededores en la época colonial (1600-1750). *en* *Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile 1977*. Pp. 327-64, Vol. II. Santiago, Chile: Kultrún.
- 1984 El Programa Cobija: Investigaciones Antropológico - multidisciplinarias en la Costa Centro Sur Andina: Notas Etnohistóricas. *en* *Contribuciones a los Estudios de los Andes Centrales S. Masuda*, ed. Pp. 101-49. Tokio: Universidad de Tokio.
- Boccara, Guillaume  
1999 Antropología diacrónica: dinámicas culturales, procesos históricos y poder político. *en* *Lógica Mestiza en América*. G. Boccara y S. Galindo, eds. Temuco, Chile: Instituto de estudios indígenas, Universidad de la Frontera.
- Bouysse-Cassagne, Therese  
1975 Pertenencia étnica, status económico y lenguas en Charcas a fines del siglo XVI. *en* *Tasa de la Visita General de Francisco de Toledo*. D.N. Cook, ed. Pp. 312-28. Lima, Perú: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Castro, Victoria  
1997 *Huacca Muchay Evangelización y Religión Andina en Charcas de Atacama la Baja*, Universidad de Chile.
- 2001 *Atacama en el tiempo. territorios, identidades, lenguas*. (Provincia El Loa, II Región). *en* *Anales de la Universidad de Chile: Anales de la Universidad de Chile*.
- García Canclini, Néstor  
1986 [1982] *Las culturas Populares en el capitalismo*. Ciudad de México: Nueva Imagen.
- Geertz, Clifford  
1997 [1988] *El antropólogo como autor*. A. Cardin, trad. Barcelona, España: Paidós Ibérica.

- 
- 2003 [1973] La interpretación de las culturas. A. Bixio, trad. Barcelona, España: Gedisa.
- Gundermann, Hans  
2001 El método de los estudios de caso. *en* Observar, escuchar y comprender. Sobre la tradición cualitativa en la investigación social. M.L. Tarrés, ed. Pp. 251-88. México D. F., México: El Colegio de México-Miguel Ángel Porrúa.
- Hammersley, Martyn y Paul Atkinson  
1994 [1983] Etnografía. Métodos de investigación. M. Aramburu, trad. Barcelona, España: Paidós Ibérica.
- Hidalgo, Jorge  
1978 Incidencias de los patrones de poblamiento en el cálculo de la población del Partido de Atacama desde 1752 a 1804. Las revistas inéditas de 1787-1792 y 1804. *en* Estudios Atacameños 6. Pp. 53-111, San Pedro de Atacama.
- Ingold, Tim  
2001 [1996] El Forrajero Óptimo y el Hombre Económico. *en* Naturaleza y Sociedad: perspectivas antropológicas. P.D.y.G. Pálsson, ed. Pp. 37-59. Ciudad de México: Siglo veintiuno.
- Latcham, Ricardo  
1910 Los Changos de las costas de Chile. Santiago, Chile: Imprenta Cervantes.
- Llagostera, Agustín  
1979 Ocupación humana en la costa norte de Chile asociada a peces local-extintos y a litos-geométricos: 9680 ± 160 a. p. *en* Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile. Pp. 93-113, Vol. I. Santiago, Chile: Kultrún.
- 
- 1982 Tres dimensiones en la conquista prehistórica del mar, un aporte para el estudio de las formaciones pescadoras de la costa sur andina. *en* Actas del VIII Congreso de Arqueología Chilena. Santiago, Chile: Kultrún.
- 
- 1993 [1989] Caza y pesca marítima (9.000 a 1.000 a. C.). *en* Prehistoria. V.S.F. Jorge Hidalgo L., Hans Niemeyer F., Carlos Aldunate del S., Iván Solimano R., ed. Pp. 57-79. Santiago, Chile: Andrés Bello.
- 
- 2005 Culturas costeras precolombinas en el Norte chileno: secuencia y subsistencia de las poblaciones arcaicas. *en* Biodiversidad Marina: Valoración, Usos y Perspectivas ¿Hacia dónde va Chile? E. Figueroa, ed. Pp. 107-48. Santiago, Chile: Editorial Universitaria.
- Marcus, George y Michael Fischer  
2000 [1986] La antropología como crítica cultural. Un momento experimental en las ciencias humanas. E. Sinnott, trad. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Martínez, José Luis  
1990 Asentamientos y acceso a recursos en Atacama (s. XVII). *en* Serie Nuevo Mundo: Cinco siglos. Pp. 13-62. Santiago, Chile: Departamento de Ciencias Históricas Universidad de Chile.
- 
- 1998 Pueblos del Chañar y el Algarrobo. Los Atacamas en el siglo XVII. Santiago, Chile: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.

- Moragas, Cora  
 1982 Túmulos funerarios en la costa sur de Tocopilla (Cobija) II Región. *en* Chungará 9, Arica.
- 1995 Desarrollo de las comunidades prehispánicas del litoral Iquique-desembocadura río Loa. *en* Hombre y Desierto 9 (I). Pp. 65-80.
- Moseley, Michael  
 1975 Chapter 4. Food, laws, tools, and people. *en* The Maritime Foundations of Andean Civilization: Cummings Publishing Company, Menlo Park, California.
- Mostny, Grete  
 1952 Una tumba de Chiuchiu. *en* Boletín del Museo Nacional de Historia Natural. Pp. XXVI (1):1 55, Santiago.
- Muñoz, Iván; Arriaza, B.; Aufderheide, A.  
 1993 El Poblamiento Chinchorro: nuevos indicadores bioantropológicos y discusión en torno a su organización social. *en* Acha 2 y los Orígenes del Poblamiento Humano en Arica. Arica, Chile: Universidad de Tarapacá.
- Murra, John  
 1964 Una apreciación etnológica de la Visita. *en* Visita hecha a la Provincia de Chucuito por Garcí Diez de San Miguel el año 1567. Pp. 421-42. Lima: Ediciones de la Casa de la Cultura del Perú.
- 1975 Formaciones económicas y políticas del mundo andino. Lima, Perú: Instituto de Estudios Peruanos.
- Nuñez, Lautaro  
 1983 Paleoindio y Arcaico en Chile. Diversidad, secuencia y procesos. México D. F., México: Escuela Nacional de Antropología e Historia. Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Nuñez, Lautaro y Cora Moragas  
 1977-78 Ocupación arcaica temprana, en Tiliviche, norte de Chile (I Región). *en* Boletín del Museo Arqueológico de La Serena 16. La Serena, Chile: Museo Arqueológico de La Serena.
- Rosaldo, Renato  
 1991 [1989] Cultura y Verdad. Nueva propuesta de análisis social. W. Gómez, trad. México D. F., México: Grijalbo.
- Sahlins, Marshall  
 1983 [1974] Economía de la Edad de Piedra. E.M.y.E. Fondevila, trad. Madrid, España: Akal.
- Schiappacasse, Virgilio y Hans Niemeyer  
 1984 Descripción y análisis interpretativo de un sitio arcaico temprano en la quebrada de Camarones. Publicación Ocasional, 41. Santiago, Chile: Museo Nacional de Historia Natural.
- Service, Elman  
 1973 Los cazadores. M.J. Buxó, trad. Barcelona, España: Editorial Labor.
- Téllez, Guido  
 1990 Cobija, Lamar y el Mar de Bolivia. *en* Camanchaca 12/13. Pp. 93-96.
- Wachtel, Nathan

2001 [1990] El regreso de los antepasados. Los indios urus de Bolivia, del siglo xx al xvi. L. Ciezar, trad. México D. F., México: Fondo de Cultura Económica.

Zlatar, Vjera

1983 Replanteamiento sobre el problema Caleta Huelén 42. *en* Chungará 10. Pp. 21-28. Universidad de Tarapacá.